AGATHA CHRISTIE

MALDAD BAJO EL SOL

Selecciones de Biblioteca Oro

Una playa estupenda y un hotel lujoso. Reina la paz, la alegría y la despreocupación. Sin embargo la naturaleza humana es la naturaleza humana. Caldo de cultivo en el que la codicia se agita, hierven las pasiones y los vapores de la maldad se filtran por todas partes, bajo el sol. Aquí la maldad parece concentrarse en Arlene, a la que todos desean. Mujer fatal, que acaso castigo por su carácter licencioso, aparece estrangulada junto al mar. Se trata de un asesinato, pero todos los posibles sospechosos tienen coartada. Sin embargo, el detective Hércules Poirot ve más allá de las apariencias. Se percata de que aquel es un crimen minuciosamente planeado y cronometrado…

Agatha Christie

Maldad bajo el sol

Hércules Poirot - 23

ePub r2.0
Titivillus 10.06.16

Título original: *Evil Under the Sun*
Agatha Christie, 1941
Traducción: E. M. A.
Ilustración de portada: Tom Adams

Editor digital: Titivillus
Primer editor: Ormi (EPG r1.0) Poe (EPL r1.0)
ePub base r1.2

Para John
En memoria de nuestra última temporada en Siria

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ALBERT: Maître del hotel Jolly Roger.

BARRY: Mayor del ejército, retirado.

BLATT, Horace: Financiero acaudalado.

BREWSTER, Emily: Rentista.

CASTLE: Dueña del Jolly Roger Hotel, sito en el lugar de la acción de la novela.

COLGATE: Inspector de policía.

DARNLEY, Rosamund: Célebre modista londinense.

GARDENER, Odell C.: Y su esposa, turistas norteamericanos.

GEORGE: Criado, del nombrado hotel.

HAWKES: Agente.

HENRY: Barman, del citado hotel.

KELSO: De la agencia de viajes Cook's.

LANE, Rvdo. Stephen: Pastor protestante.

MARSHALL, Kenneth: Capitán y casado en segundas nupcias con Arlena.

MARSHALL, Linda: Hija del primer matrimonio de Kenneth.

NARRACOTT, Gladys: Camarera del hotel Jolly Roger.

NEASDON: Médico forense.

PHILLIPS: Sargento de policía.

POIROT, Hércules: Famoso detective belga.

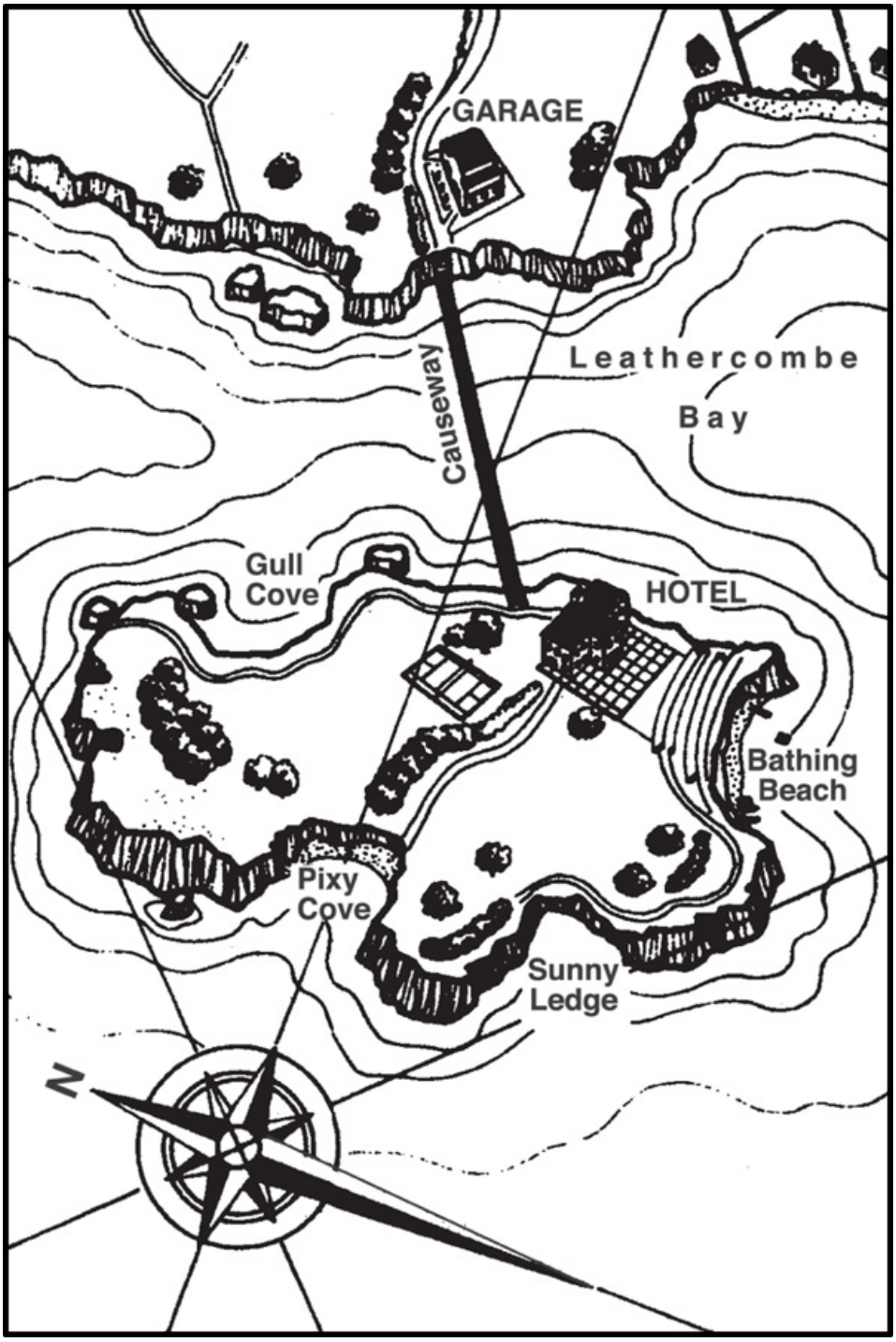
REDFERN, Cristina: Esposa de,

REDFERN, Patrick: Comerciante.

STUART, Arlena: Ex actriz, bellísima esposa de Kenneth Marshall.

WENTON: Coronel y jefe de policía.

WILLIAM: Jardinero, del repetido hotel.


GARAGE
Causeway
Leathercombe
Bay
Gull
Cove
HOTEL
Bathing
Beach
Pixy
Cove
Sunny
Ledge
N

Capítulo I

1

Cuando el capitán Roger Angmering, en el año 1872, edificó una casa en aquella isla frente a Leathercombe Bay, se atribuyó a uno de sus rasgos de excentricidad. A un hombre de buena familia, como él era, le correspondía una decorosa mansión, levantada en medio de amplios prados, con algún riachuelo murmurador, a ser posible.

Pero el capitán Roger Angmering tuvo solamente un gran amor: el mar. Por eso edificó su casa (casa de macizas paredes y espaciosas ventanas) sobre el pequeño promontorio barrido por los vientos y frecuentado por las gaviotas.

El capitán no se casó; el mar fue su primera y última esposa, y a su muerte, la casa y la isla pasaron a un primo lejano. El primo y sus descendientes se preocuparon muy poco del legado, y la casa y los terrenos quedaron casi abandonados.

En 1922, cuando se puso de moda el culto al mar durante las vacaciones y las costas de Devon y Cornawall no fueron ya consideradas como demasiado cálidas para pasear en el verano. Arthur Angmering no halló comprador para su incómoda casona de Georgia, pero, en cambio, consiguió un buen precio por los terrenos adquiridos por el capitán Roger.

La vetusta finca fue ampliada y embellecida. Una calzada de cemento unió el continente a la isla. Toda su superficie se llenó de «paseos» y «rincones». Se trazaron dos pistas de tenis y diversas y soleadas terrazas que descendían hasta una pequeña bahía frecuentada por yolas y esquifes. El Jolly Roger Hotel, la Isla de los Contrabandistas y la Leathercombe Bay surgieron triunfalmente a la vida. Y desde julio hasta septiembre (con una corta temporada por

Pascuas) el Jolly Roger Hotel estaba generalmente atestado hasta las buhardillas. Fue ampliado y mejorado en 1934 con la adición de un espacioso comedor y algunos cuartos de baño más. Los precios subieron.

La gente decía:

«¿Ha estado usted alguna vez en Leathercombe Bay? Hay allí un hotel muy alegre en una especie de isla. Todo muy confortable, y nada de excursiones y "Robinsones". Buena cocina y demás. Debe usted ir».

Y la gente iba.

2

Hospedábase en el Jolly Roger una persona importantísima (en su propia estimación, al menos). Hércules Poirot, resplandeciente en su traje blanco ánade, con un sombrero panamá echado sobre los ojos y sus bigotes abundantemente engomados, se recostaba en una especie de mecedora perfeccionada, mientras contemplaba la playa de los bañistas. Una serie de terrazas conducían a ella desde el hotel. En la playa había patines acuáticos, botes de lona y goma, pelotas y juguetes. De la orilla arrancaba un gran trampolín y tres embarcaderos a diferentes distancias.

De los bañistas, algunos estaban en el mar, otros tendidos al sol y los demás untándose generosamente el cuerpo con aceite.

En la terraza inmediatamente superior, los bañistas se sentaban a charlar del tiempo, de la escena que tenían delante de las noticias de los periódicos de la mañana y de otros temas no menos interesantes.

A la izquierda de Poirot fluía de los labios de *mistress* Gardener un incesante chorro de palabras mientras las manos de la dama movían vigorosamente las agujas haciendo punto, un poco más allá, su marido, Odell C. Gardener, tendido en una hamaca, con el sombrero echado sobre la nariz, lanzaba de vez en cuando una breve afirmación cuando era requerido a ello por su amante esposa.

A la derecha de Poirot, *miss* Brewster, una mujer atlética, de pelo grisáceo y de agradable rostro curtido, hacía malhumorados comentarios. Las voces de *miss* Brewster y de *mistress* Gardener

recordaban a un perro de pastor cuyos cortos y estentóreos ladridos fuesen interrumpidos por el incesante chillar de un Pomerania.

—Yo le dije a mi esposo —estaba diciendo *mistress* Gardener— que está bien viajar y conocer muchos sitios, pero que después de todo, ya hemos recorrido toda Inglaterra y que lo que ahora necesitábamos era un lugar tranquilo, la orilla del mar, como sedante para nuestros nervios. ¿Verdad que esto es lo que dije, Odell? Precisamente *sedante*. Un sedante es lo que necesitamos. ¿No es cierto, Odell?

Mister Gardener contestó desde detrás de su sombrero:

—Sí, querida.

Mistress Gardener prosiguió con su tema.

—Cuando se lo mencioné a *mister* Kelso, de la Agencia Cook's… (Él nos arregló todo el itinerario y nos dio tantas facilidades, que yo no sé lo que habríamos hecho sin él). Bien, pues como iba diciendo, cuando se lo mencioné, *mister* Kelso dijo que no podíamos hacer cosa mejor que venir aquí. Un lugar de lo más pintoresco, dijo, retirado del mundo, y al mismo tiempo muy cómodo y agradable en todos los aspectos. *Mister* Gardener preguntó entonces cómo andaba esto de condiciones sanitarias. Recuerdo, *mister* Poirot, que una hermana de *mister* Gardener fue a parar a un hospedaje muy cómodo y muy alegre, y en el mismo corazón de un parque; ¿pero querrá usted creer que no tenía más que un water? Esto, naturalmente, hizo que *mister* Gardener desconfiase de estos lugares retirados del mundo, ¿verdad, Odell?

—¡Oh, sí, querida! —confirmó *mister* Gardener.

—Pero, *mister* Kelso nos tranquilizó en seguida. La sanidad, dijo, era absoluta y la cocina excelente. Ahora estoy segura que es así. Pero lo que más me gusta de este sitio es su intimidad… ya sabe usted lo que quiero decir. Como es un lugar pequeño nos hablamos todos, y todo el mundo se conoce. Si tienen algún defecto estos ingleses, es que son un poco adustos hasta que le tratan a uno un par de años. Aparte de eso, nadie es más amable. *Mister* Kelso nos habló de la gente tan interesante que viene aquí, y veo que tenía razón. Está usted, *mister* Poirot, y *miss* Darnley. ¡Oh! No sabe usted lo que me emocioné al enterarme de quién era usted, ¿verdad, Odell?

—Cierto, querida.

Hércules Poirot levantó las manos rechazando aquellas palabras. Pero no fue más que un gesto de cortesía. El chorro de palabras de *mistress* Gardener continuó incontenible.

—Cornelia Robson me habló mucho de usted. *Mister* Gardener y yo estuvimos en Badenhof en mayo. Cornelia nos habló de aquel asunto de Egipto en el cual Linnet Ridgeway halló la muerte. Ella dijo que era usted maravilloso y yo estaba sencillamente rabiando por conocerle, ¿no es cierto, Odell?

—Sí, querida.

—*Miss* Darnley es también una mujer maravillosa. Compro muchas de mis cosas en la casa Rose Mond, que es como ella se llama comercialmente. Sus trajes son muy elegantes. Tienen un corte admirable. El traje que yo llevaba anoche se lo compré a ella. Es una mujer encantadora en todos los aspectos.

—Y de porte muy distinguido —añadió el mayor Barry, sentado un poco más allá de *miss* Brewster, que había tenido hasta entonces clavados sus saltones ojos en las bañistas.

—Tengo que confesarle una cosa, *mister* Poirot —prosiguió *mistress* Gardener—. Me emocionó mucho conocerle a usted, pero fue principalmente porque acababa de llegar a mi conocimiento que se encuentra usted aquí… *profesionalmente*. ¿Comprende a lo que me refiero? Yo soy terriblemente sensible, como *mister* Gardener podrá decirle, y no sé si podría resistir el verme mezclada en un crimen de cualquier clase.

Mister Gardener se aclaró la garganta.

—Sí, *mister* Poirot —dijo—, mi esposa es extraordinariamente sensible.

Las manos de Hércules Poirot se agitaron en el aire.

—Permítame asegurarle a usted, *madame*, que me encuentro aquí con el mismo fin que ustedes, para distraerme, para descansar, para pasar las vacaciones. La idea de un crimen no ocupa ni un momento mi imaginación.

—La Isla de los Contrabandistas —intervino *miss* Brewster— se presta poco al hallazgo fúnebre de un «cuerpo».

—Eso no es exactamente cierto —replicó Poirot—. Mírelos allí, tendidos en filas. ¿Qué son? No son hombres ni mujeres. No hay nada personal en ellos. ¡No son nada más que… cuerpos!

—Algunos pertenecen a muchachas muy bonitas —comentó el

mayor Barry.

—¿Pero qué atractivo hay en ellos? ¿Qué misterio? Yo soy viejo, de la vieja escuela. Cuando yo era joven nos enseñaban apenas los tobillos. ¡Qué emocionante el atisbo de unas espumosas enaguas! La suave turgencia de una pantorrilla una rodilla una liga rizada.

—¡Es usted un degenerado! —exclamó humorísticamente el mayor Barry.

—Son mucho más razonables las cosas ahora —dijo *miss* Brewster.

—¡Oh, sí, *mister* Poirot! —convino *mistress* Gardener—. A mí me parece que nuestros muchachos y muchachas llevan hoy día una vida más natural y saludable. Se pasan todo el día juntos y… y… —*mistress* Gardener enrojeció ligeramente— y no piensan en nada de lo que pensaban antes.

—¡Ya lo sé y me parece deplorable! —dijo Hércules Poirot.

—¿Deplorable? —protestó *mistress* Gardener.

—¡Sí, deplorable suprimir toda ilusión, todo el misterio! ¡Hoy todo está *standardizado*! —indicó con una mano las recostadas figuras de los bañistas—. Eso me recuerda muchísimo La Morgue París.

—¡*Mister* Poirot! —exclamó *mistress* Gardener, escandalizada.

—¡Cuerpos tendidos sobre losas como reses de carnicero!

—Pero, *mister* Poirot, ¿no serán esas palabras demasiado rebuscadas?

—Sí, es posible —admitió Poirot.

—Así y todo —añadió *mistress* Gardener, manejando las agujas con energía— estoy de acuerdo con usted en un punto. Esas muchachas tendidas al sol se exponen a que les crezca pelo en piernas y brazos. Se lo he dicho así a Irene… a mi hija. «Irene, le dije, si te tiendes al sol de ese modo, te nacerá pelo por todas partes: pelo en los brazos, pelo en las piernas, y pelo en el pecho, ¿y qué parecerás entonces?». ¿Verdad, que se lo dije, Odell?

—Sí, querida —contestó *mister* Gardener.

Guardaron todos silencio, quizá representándose mentalmente a Irene cuando hubiese ocurrido la profecía.

—Se me ocurre una cosa —dijo *mistress* Gardener, enrollando su labor de punto.

—¿Qué, querida? —preguntó *mister* Gardener.

—¿Quiere venir a tomar un refresco, *miss* Brewster? —preguntó la dama.

—Ahora no, gracias.

Los Gardener se alejaron hacia el hotel.

—¡Los matrimonios americanos son admirables! —comentó *miss* Brewster.

3

El sitio de *mistress* Gardener fue ocupado por el Reverendo Stephen Lane.

Mister Lane era un clérigo alto y vigoroso, de unos cincuenta años. Su rostro estaba tostado por el aire libre y sus pantalones de franela gris eran de un corte muy chabacano.

—¡Maravilloso país! —exclamó con entusiasmo—. He ido desde Leathercombe Bay hasta Hartford, y he vuelto por la escollera.

—Día de mucho calor hoy para caminar —dijo el mayor Barry, que nunca paseaba.

—Pero es un buen ejercicio —intervino *miss* Brewster—. Todavía no he hecho hoy mi sesión de remo. No hay nada como el remar para los músculos del estómago.

Los ojos de Hércules Poirot se posaron con cierta tristeza en la protuberancia que ocupaba el centro de su persona.

Miss Brewster, al notar la mirada, añadió bondadosamente:

—Se desharía usted pronto de eso, *mister* Poirot, si remase usted un rato todos los días.

—¡Gracias, *mademoiselle*! ¡Detesto las embarcaciones!

—¿Las embarcaciones pequeñas?

—¡Las embarcaciones de todos los tamaños! —Cerró los ojos y se estremeció—. El movimiento del mar no es agradable para mí.

—¡Pero si el mar está hoy tan tranquilo como un estanque!

—En el mar no existe realmente eso que llaman calma —replicó Poirot con convicción—. Siempre hay movimiento.

—El mareo no es más que cuestión de nervios —opinó el mayor Barry.

—Usted tiene sangre de marinero —dijo el clérigo sonriendo.

—Sólo me mareé una vez… ¡y fue cruzando el Canal! No hay

que acordarse de ello, es mi lema.

—El mareo es verdaderamente una cosa muy extraña —intervino *miss* Brewster—. ¿Por qué unas personas sienten sus efectos y otras no? Es un misterio. Además, en el asunto nada tiene que ver la salud ordinaria del sujeto. Personas muy enfermizas son buenos marineros. Alguien me dijo en cierta ocasión que el fenómeno guarda alguna relación con nuestra médula. Hay también personas que no pueden resistir las alturas. Para eso yo soy muy buena, pero *mistress* Redfern es todavía mucho peor. El otro día, en el sendero entre las rocas que conducen a Hartford, se aturdió por completo y tuvo que agarrarse a mí. Según me contó, en cierta ocasión se inmovilizó a mitad del camino en aquella escalera exterior de la catedral de Milán. Al subir no le había pasado nada, pero al bajar se sintió atacada de vértigo.

—Entonces hará bien en no bajar por la escalera de la Caleta del Duende —observó Lane.

Miss Brewster hizo un gesto de espanto.

—Yo también me vería apurada para bajarla —declaró—. Aquello está bien para los jóvenes. Los hermanos Cowan y la señorita Masterman suben y bajan por allí y se divierten de lo lindo.

—Ahí viene *mistress* Redfern de tomar su baño —anunció Lane.

—A *mister* Poirot le será simpática —observó *miss* Brewster—. No es de las que toman baños de sol.

La joven *mistress* Redfern se había quitado el gorrito de goma y se ahuecaba el cabello. Era de un rubio ceniza y su piel tenía ese tono pálido que casa tan bien con aquel color. Sus piernas y brazos eran muy blancos.

—Parece un poco extraña entre las otras —dijo el mayor Barry con una risita ahogada.

Envolviéndose en su larga bata de baño, Cristina Redfern atravesó la playa y subió los escalones de la terraza. Su rostro tenía una expresión de seriedad poco natural a sus años. Sus manos y pies eran pequeños y delicados.

Al llegar a la terraza sonrió a todos y ocupó una de las hamacas.

—Ha conquistado usted la buena opinión de *mister* Poirot —dijo *mistress* Brewster—. No le gusta la gente tostada por el sol. Dice que son como reses puestas a secar o algo parecido.

Cristina Redfern sonrió melancólicamente.

—¡Ojalá pudiera tomar baños de sol! —dijo—. Pero no consigo ponerme morena. Sólo me salen rojeces por todo el cuerpo y pecas espantosas en los brazos.

—Mejor es eso que no que le salga a una pelo hasta en la planta de los pies, como le sucede a Irene, la hija de *mistress* Gardener —dijo *mistress* Brewster, y en contestación a la interrogadora mirada de Cristina, prosiguió—: *Mistress* Gardener ha estado en gran forma esta mañana. No ha parado de charlar un momento. «¿No es verdad, Odell?».

«Sí, querida».

Hizo una pausa y continuó:

—Me hubiera gustado, *mister* Poirot, que le hubiese usted seguido la corriente un poco. ¿Por qué no lo hizo? ¿Por qué no le dijo usted que se encuentra aquí investigando un asesinato particularmente horrendo, y que el asesino, un maniático homicida, se encuentra a no dudar entre los huéspedes del hotel?

Hércules Poirot suspiró.

—Mucho me temo que se lo hubiese creído —dijo.

El mayor Barry ahogó una risita:

—No tengo la menor duda.

—Yo no creo —intervino *miss* Brewster— que ni siquiera *mistress* Gardener hubiese creído en un crimen escenificado aquí. ¡Este no es lugar apropiado para encontrar un «cuerpo»!

Hércules Poirot se agitó ligeramente en su asiento.

—Pero ¿por qué no, *mademoiselle*? —preguntó—. ¿Por qué no puede encontrarse lo que usted llama un «cuerpo» en la Isla de los Contrabandistas?

—No lo sé —dijo Emily Brewster—. No es este sitio apropiado para. —Se interrumpió, encontrando dificultad para expresar su pensamiento.

—Es un sitio romántico, si —convino Hércules Poirot—. Todo respira paz. Brilla el sol. El mar es azul. Pero olvida usted, *miss* Brewster, que la maldad se encuentra en todas partes bajo el sol.

El clérigo se agitó en su asiento. Se inclinó hacia delante. Sus ojos intensamente azules se iluminaron.

Miss Brewster se encogió de hombros.

—Oh, naturalmente que me doy cuenta de eso, pero así y todo.

—¿Así y todo, esto sigue pareciéndole un lugar inapropiado para

un crimen? Olvida usted una cosa, señorita.

—La naturaleza humana, supongo.

—Eso, sí. Eso, siempre. Pero no es eso lo que iba a decir. Iba a hacerle notar que aquí todos estamos de vacaciones. Emily Brewster le miró con expresión interrogadora.

—No comprendo —dijo.

Hércules Poirot agitó enfáticamente el dedo índice en el aire.

—Supongamos que tiene usted un enemigo. Si lo asesina usted en su piso, en su despacho, en la calle… tendrá usted que justificar el empleo de su tiempo. Pero aquí, a la orilla del mar, no es necesario que nadie justifique nada. Usted está en Leathercombe Bay, ¿por qué? ¡Caramba!, es agosto, uno va a la orilla del mar en agosto, está uno disfrutando sus vacaciones. Es muy natural que esté usted aquí, que *mister* Lane esté aquí, que el mayor Barry esté aquí y que *mistress* Redfern y su esposo estén aquí. Porque en Inglaterra es costumbre ir a la orilla del mar en agosto. No hay que dar más explicaciones.

—Bien —admitió *miss* Brewster—; esa es ciertamente una idea muy ingeniosa. ¿Pero qué me dice de los Gardener? Esos son americanos.

Poirot sonrió.

—Hasta *mistress* Gardener, como nos dijo, siente la necesidad de calmar los nervios. Y como viven ahora en Inglaterra no tiene otro remedio que pasar una quincena a la orilla del mar… como buenos turistas y nada más. Ella disfruta observando a la gente.

—¿A usted le gusta también? —murmuró *mistress* Redfern pausadamente.

—Confieso que sí, señora.

—Y me parece que sabe usted observar más que los demás —añadió ella, pensativa.

4

Hubo una pausa. Stephen Lane se aclaró la garganta y dijo con cierta solemnidad:

—Me interesa, *mister* Poirot, algo que dijo usted hace un momento. Fue casi una cita del *Ecclesiastés*. —Hizo una pausa y

recitó con voz campanuda—: «Sí, también el corazón de los hijos de los hombres está lleno de maldad, y la locura está en su corazón mientras viven». —Su rostro se iluminó con un resplandor fanático —. Me alegré de oírle a usted decir que, en nuestros días, nadie cree en la maldad. Es considerada, a lo sumo, como una mera negación del bien. El mal, dice la gente, lo hacen aquellos que no conocen nada mejor, que son más dignos de lástima que de censura. Pero, *mister* Poirot, el mal es *real*. ¡Es un *hecho*! Y creo en el mal como creo en Dios. ¡Existe! ¡Es poderoso! ¡Recorre la tierra!

Se calló. Su respiración se había, hecho más premiosa. Se enjugó la frente con un pañuelo.

—Perdonen —dijo—. Me he dejado llevar por un arrebato.

—Comprendo sus sentimientos —dijo Poirot con calma—. Y estoy de acuerdo con usted hasta cierto punto. El mal recorre la tierra y puede ser reconocido como tal.

El mayor Barry se aclaró la garganta.

—Hablando de este asunto, recuerdo que algunos faquires de la India…

El mayor Barry llevaba en el Jolly Hotel el tiempo suficiente para que todos se pusiesen en guardia contra su fatal tendencia a embarcarse en largas historias indias. Tanto *miss* Brewster como *mistress* Redfern se apresuraron a interrumpirle:

—¿Es su marido aquel que nada, *mistress* Redfern? ¡Qué magnífica es su brazada! Es un estupendo nadador.

Mistress Redfern, por su parte, exclamó:

—¡Oh, miren! ¡Qué botecito más encantador con las velas rojas! Es *mister* Blatt, ¿verdad?

El bote de las velas rojas cruzaba en aquel momento el extremo de la bahía.

—Fantástica idea la de las velas rojas —rezongó el mayor Barry; ahora se había alejado la amenaza de la historia del fakir.

Hércules Poirot miró con curiosidad al joven que acababa de llegar a la orilla nadando. Patrick Redfern era un magnífico ejemplar humano. Enjuto, bronceado, con anchas espaldas y estrechas caderas, emanaba de su persona una especie de satisfacción y alegría pegadizas… una nativa sencillez que le hacía querer de todas las mujeres y de la mayoría de los hombres.

Permaneció un momento en la orilla, sacudiéndose el agua y

levantando una mano en alegre saludo a su esposa.

—¡Ven aquí, Pat! —le gritó ella.

—Allá voy.

Se alejó un poco para recoger la toalla que había dejado sobre la arena.

Fue entonces cuando pasó por delante de todos una mujer que bajaba del hotel a la playa.

Su llegada despertó toda la expectación de una entrada en escena.

Además, caminaba como si no lo supiese. Sin conciencia aparente. Parecía que estaba demasiado acostumbrada al invariable efecto que su presencia producía.

La mujer era alta y delgada. Llevaba una sencilla bata blanca, sin espalda, y lo que se veía de su piel tenía un bello bronceado. Era perfecta como una estatua. Sus cabellos eran de un llameante castaño rojizo, ligeramente rizados sobre el cuello. Su rostro tenía aquella leve dureza que aparece cuando han llegado y se han ido los treinta años, pero el efecto del conjunto de su persona era de juventud… de soberbia y de triunfante vitalidad. La expresión de su rostro tenía una inmovilidad de china, más acentuada por la inclinación de los azules ojos. Sobre la cabeza llevaba un fantástico sombrero chino de cartón verde jade.

Fue tal el efecto que produjo su persona, que todas las demás mujeres de la playa parecieron de pronto borrosas e insignificantes. Y con igual inevitabilidad, la mirada de todos los hombres presentes la siguieron.

Los párpados de Hércules Poirot aletearon, y su bigote tembló apreciablemente. El mayor Barry se incorporó y sus ojos saltones abultaron aún más con la excitación. A la izquierda de Poirot, el Reverendo Stephen Lane lanzó el aliento con un ligero silbido y se irguió nervosamente.

El mayor Barry musitó:

—Arlena Stuart, así se llamaba antes de casarse con Marshall… La vi en «Come and Go» poco antes de que abandonase la escena. Algo digno de admirarse, ¿verdad?

—Es bonita… sí —dijo Cristina Redfern, lentamente y con frialdad—. ¡Pero tiene algo de la belleza de la fiera!

—Hace poco hablaba usted de la maldad, *mister* Poirot —dijo

bruscamente Emily Brewster—. ¡Esa mujer aparece ahora ante mi imaginación como una personificación del mal! Es mala si las hay. Sé, desgraciadamente, muchas cosas de esa mujer.

—A mí me recuerda una muchacha de Simla —dijo el mayor Barry en tono reminiscente—. Tenía también el cabello rojizo. Era la mujer de un subalterno. ¡Los hombres andaban locos por ella! ¡Ya todas las mujeres, por supuesto, les habría gustado sacarle los ojos! En más de un hogar voló por su causa el frutero de las manzanas.

Acompañó el comentario de una maliciosa risita y añadió tranquilamente:

—El marido era un buen sujeto. Adoraba la tierra que ella pisaba. Nunca vio nada… o fingió que no lo veía.

—Esas mujeres son una amenaza, una amenaza para… —dijo Stephen Lane con voz vibrante de indignación.

Se calló. Arlena Stuart había llegado a la orilla del agua. Dos jóvenes, poco más que unos muchachos, se pusieron en pie bruscamente y la siguieron. Ella los acogió, sonriente.

Su mirada se deslizó más allá, hacia el sitio donde estaba Patrick Redfern.

Fue, pensó Hércules Poirot, como observar la aguja de una brújula. Patrick Redfern se desvió, sus pies cambiaron de dirección. La aguja tiene que obedecer las leyes del magnetismo y gira hacia el Norte. Los pies de Patrick Redfern le llevaron hacia Arlena Stuart.

Ella se detuvo, sonriéndole. Luego avanzó lentamente a lo largo de la playa, por el lado de las ondas. Patrick Redfern la acompañó. Ella se tendió junto a una roca, Redfern se dejó caer sobre la arena a su lado.

Cristina Redfern se puso bruscamente en pie y se dirigió hacia el hotel.

5

Después de su marcha reinó un corto silencio, algo violento. Emily Brewster lo rompió al fin:

—¡Pobre muchacha; la compadezco! Llevan solamente casados uno o dos años.

—La muchacha de Simla, de que hablé antes —intervino el

mayor Barry—, destrozó un par de matrimonios felices.

—Hay un tipo de mujer —dijo *miss* Brewster— que gusta de destrozar hogares. —Guardó silencio, y añadió al cabo de unos minutos—: ¡Patrick Redfern es un imbécil!

Hércules Poirot no dijo nada. Seguía contemplando la playa, pero no miraba a Patrick Redfern y Arlena Stuart.

—Voy a recoger mi esquife —anunció *miss* Brewster, levantándose.

El mayor Barry fijó con franca curiosidad en Poirot sus ojos de pescado:

—Bien, Poirot —dijo—, ¿en qué piensa usted? No ha abierto usted la boca. ¿Qué opina de la sirena? ¿Demasiado bonita?

—Es posible —contestó Poirot.

—Usted es perro viejo. ¡Conozco a los franceses!

—¡Yo no soy francés! —replicó Poirot fríamente.

—Bien, pero no me diga que no tiene usted una mirada para las mujeres bonitas. ¿Qué le parece ésa?

—Que no es joven —contestó Poirot.

—¿Y eso qué importa? ¡Una mujer tiene la edad que representa! Y ésta lleva los años maravillosamente.

Hércules Poirot hizo un gesto de asentimiento.

—Sí —dijo—; no hay que negar que es bonita. Pero no es la belleza lo que importa, a fin de cuentas. No es la belleza la que hace que todas las cabezas (excepto una) se vuelvan en la playa para mirarla.

—Comprendo, querido amigo, comprendo —afirmó el mayor no muy convencido, y de pronto preguntó con repentina curiosidad—: ¿Qué, está usted mirando tan fijamente?

—Estoy mirando la excepción —contestó Hércules Poirot—. Al único hombre que no levantó la cabeza cuando ella pasó.

El mayor Barry siguió con la mirada hasta posarla sobre un hombre de unos cuarenta años, muy tostado por el sol. Tenía un rostro agradable y sereno y estaba sentado en la arena fumando una pipa y leyendo el «Times».

—¡Oh, aquél! —exclamó el mayor—. Aquél es el marido. Es Marshall.

—Lo sabía —dijo Hércules Poirot.

El mayor Barry rio entre dientes. Él también era un solterón.

Estaba acostumbrado a pensar en el *marido* desde tres ángulos solamente: como el *obstáculo*, como el *inconveniente* o como la *salvaguardia*.

—Parece buen muchacho —dijo—. Tranquilo, reposado… ¿Habrá venido ya mi «Times»?

Se puso en pie y se encaminó hacia el hotel.

La mirada de Poirot se trasladó lentamente al rostro de Stephen Lane.

Stephen Lane observaba a Patrick Redfern y Arlena Marshall. De pronto se volvió hacia Poirot. Brillaba una luz fanática en sus ojos.

—Esa mujer —dijo— es la maldad hecha carne. ¿Lo duda usted?

—Es difícil asegurarlo —contestó lentamente Poirot.

—¿Pero es que no siente usted en el aire, en torno suyo, la presencia del Mal?

Hércules Poirot asintió inclinando lentamente la cabeza.

Capítulo II

1

Cuando Rosamund Darnley vino a acatarse a su lado, Hércules Poirot no intentó disimular su complacencia.

Como había dicho en diversas ocasiones, admiraba a Rosamund Darnley más que a ninguna de las mujeres que había conocido. Le gustaba su distinción, las graciosas líneas de su figura, el aire altivo de su cabeza. Le encantaban las suaves ondas de sus oscuros cabellos y la delicada ironía de su sonrisa.

Vestía un traje azul marino con adornos blancos. Parecía muy sencillo debido a la costosa severidad de su corte. Rosamund Darnley, con el nombre de «Rose Hond Ltda.», era una de las modistas más conocidas de Londres.

—No acaba de gustarme este lugar —dijo—. Yo no sé por qué he venido aquí.

—¿No había usted estado nunca?

—Sí, hace dos años, por las Pascuas. No había tanta gente entonces.

—Algo la preocupa a usted —dijo Poirot, mirándola atentamente —. ¿No es cierto?

Ella asintió. Se quedó mirando el balanceo de uno de sus pies.

—He encontrado un fantasma —dijo—. Eso es lo que me pasa.

—¿Un fantasma, señorita?

—Sí.

—¿El fantasma de qué… de quién?

—Oh, el fantasma de mí misma.

—¿Fue un fantasma doloroso? —preguntó suavemente Poirot.

—Inesperadamente doloroso. Figúrese que me hizo retroceder

muchos años en mi vida —hizo una pausa, distraída. Luego continuó—: Imagínese mi infancia… ¡No, no puede usted! ¡No es usted inglés!

—¿Fue una infancia muy inglesa? —preguntó Poirot.

—¡Oh, increíblemente inglesa! El paisaje: una casona destartalada, caballos, perros, prados bajo la lluvia, fuego en la chimenea, manzanas en el huerto, falta de dinero, telas antiguas, trajes de noche que duraban años y años, un jardín descuidado, con margaritas y amapolas que semejaban grandes banderas en el otoño…

—¿Y usted deseaba retroceder a aquellos tiempos? —preguntó Poirot.

—No se puede retroceder. Eso nunca —contestó la joven.

—Pero hubiera deseado recorrer ese camino de un modo muy diferente.

—Me interesa usted —dijo Poirot.

—¿De veras? —rio Rosamund Darnley.

—Cuando yo era joven (y desde entonces, señorita, ha pasado mucho tiempo) estaba de moda un juego titulado: «Si usted no fuese usted, ¿quién querría ser?». Nosotros, los jóvenes, escribíamos las respuestas en los álbumes de las muchachas. Los álbumes tenían cantos dorados y estaban encuadernados en cuero azul. La contestación, señorita, no era realmente muy fácil de encontrar.

—No… supongo que no —dijo Rosamund—. Ahora se correría un gran riesgo. A uno no le gustaría convertirse en Mussolini o en la Princesa Elizabeth. En cuanto a nuestros amigos, sabe uno demasiado de ellos. Recuerdo que en cierta ocasión conocí a un matrimonio encantador. Eran tan corteses y amables uno para el otro y parecían en tan buena inteligencia, después de algunos años de matrimonio, que yo envidiaba a la mujer. Me hubiera cambiado por ella de buena gana. ¡Alguien me dijo, pasado el tiempo, que, en privado, nunca se hablaban desde hacía once años! —se echó a reír —. Eso demuestra que nunca sabe uno a qué atenerse, ¿no es cierto?

—Pues a usted, señorita, tiene que envidiarla mucha gente —dijo Poirot tras una pausa.

—Oh, sí, naturalmente —confesó Rosamund Darnley sin gran entusiasmo. Quedó pensativa, curvados los labios en irónica sonrisa

—. ¡Soy realmente el tipo perfecto de la mujer afortunada! Disfruto de la satisfacción del éxito de mis creaciones artísticas (realmente me agrada el dibujo de trajes) y la satisfacción financiera de los negocios fructíferos. Poseo una regular fortuna, tengo una buena figura, un rostro pasadero, y una lengua no demasiado maliciosa. —Hizo una pausa. Se acentuó su sonrisa y continuó—: ¡Claro que… no he conseguido un marido! En eso he fracasado, ¿no es cierto, *mister* Poirot?

—Señorita —dijo Poirot galantemente—, si no está usted casada es porque ninguno de mi sexo ha tenido la elocuencia suficiente. Es por elección, no por necesidad, por lo que permanece usted soltera.

—Y sin embargo —dijo Rosamund—, *estoy segura* de que usted cree, como todos los hombres, que ninguna mujer está contenta a menos que se case y tenga hijos.

Poirot se encogió de hombros.

—Casarse y tener hijos es la suerte común de las mujeres. Solamente una mujer entre mil puede crearse un nombre y una posición como usted lo ha hecho.

—¡Y, sin embargo, así y todo, no soy más que una infeliz solterona! —exclamó Rosamund—. Así es como me siento hoy. Yo hubiera sido más feliz con dos peniques al año, un marido muy bruto y un enjambra de mocosos a mi alrededor. ¿No es cierto?

Poirot volvió a encogerse de hombros.

—Puesto que usted lo dice, así será, señorita.

Rosamund se echó a reír, recobrado repentinamente su buen humor. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

—No hay duda de que sabe usted cómo hay que tratar a las mujeres, *mister* Poirot —dijo—. Ahora me siento inclinada a aceptar el punto de vista opuesto y discutir con usted en favor de una profesión para las mujeres. Yo me encuentro maravillosamente bien como estoy ¡y no me arrepiento!

—Entonces, señorita, ¿todo es amable en el jardín… o mejor dicho, en la playa?

—Todo completamente.

Poirot a su vez sacó su pitillera y encendió uno de aquellos delgados cigarrillos que tenía a gala fumar.

Mientras contemplaba las volutas del humo con burlona mirada, murmuró entre dientes:

—¿Así es que el señor… o mejor dicho el capitán Marshall, es un antiguo amigo suyo, *mademoiselle*?

Rosamund levantó vivamente la cabeza:

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó—. Oh, supongo que se lo diría Ken.

—No me lo ha dicho nadie. Después de todo, señorita, soy detective y me he limitado a extraer una conclusión obvia.

—No comprendo —dijo Rosamund.

—¡Reflexione y comprenderá usted! —Las manos del hombrecillo se hicieron elocuentes—. Usted lleva aquí una semana. Usted se mostró hasta ahora alegre, vivaracha, sin ningún cuidado. Hoy, de pronto, habla usted de fantasmas y de tiempos pasados. ¿Qué ha sucedido? Hace varios días que no teníamos nuevos huéspedes, hasta anoche, que llegó el capitán Marshall con su esposa y su hija. ¡Hoy el cambio es obvio!

—Bien, es cierto —confesó Rosamund—. Kenneth Marshall y yo fuimos amigos de niños. Los Marshall vivían en la casa inmediata a la nuestra. Ken fue siempre muy bondadoso para mí aunque condescendiente, claro está, puesto que es cuatro años más viejo. Hace mucho tiempo que no sabía de él. Quizá quince años, por lo menos.

—Mucho tiempo, en efecto —dijo Poirot, pensativo. Hubo una pausa y continuó—: Parece hombre simpático.

—¡Oh, ya lo creo! —afirmó Rosamund con entusiasmo—. Uno de los hombres más simpáticos que he conocido, pero espantosamente tranquilo y reservado. Yo diría que su único defecto es cierta inclinación a contraer matrimonios desgraciados.

—Ah… —dijo Poirot en tono de gran comprensión.

Rosamund Darnley prosiguió:

—¡Kenneth es un necio un verdadero necio en lo que a las mujeres se refiere! ¿Recuerda usted el caso Martingdale?

Poirot frunció el ceño:

—¿Martingdale? ¿Martingdale? Arsénico, ¿no fue eso?

—Sí. Hace diecisiete o dieciocho años. La mujer fue juzgada por asesinato de su marido.

—¿Y fue absuelta porque se demostró que él era un comedor de arsénico?

—Así fue. Después de la absolución Ken se casó con ella. Así son

las tonterías que hace.

—Pero ¿y si ella era inocente? —murmuró Hercúlea Poirot.

—Oh, no me atrevo a dudar que lo fuese —dijo Rosamund. Darnley impaciente—. ¡Nadie realmente lo sabe! Pero hay en el mundo mujeres de sobra para casarse, sin necesidad de salirse del camino y hacerlo con una procesada por asesinato.

Poirot no dijo nada. Quizá sabía que si guardaba silencio, Rosamund Darnley proseguiría. Así fue:

—Era muy joven, por supuesto; acababa de cumplir los veintiún años. Se enamoró de ella locamente. Ella murió cuando Linda nació, un año después de su matrimonio. Creo que a Ken le impresionó terriblemente su muerte. Después se dedicó a divertirse, supongo que para olvidar.

Hizo una pausa y continuó:

—Y luego sucedió lo de Arlena Stuart. Ella aparecía en las revistas por aquel tiempo. ¿Recuerda el caso de divorcio Codrington? *Lady* Codrington se divorció por causa de Arlena Stuart. Se dijo que *lord* Codrington estaba completamente ciego por ella. Se creía que se casaría tan pronto como la sentencia fuese firme. Pero cuando llegó el momento, no se casaron. Él la plantó. Creo que ella lo demandó por incumplimiento de promesa. El asunto produjo mucho ruido por aquel entonces. Pero lo más sensacional fue cuando Ken va y se casa con ella. ¡El necio… el muy necio!

—A un hombre se le puede disculpar tal necedad —murmuró Poirot—; ella es guapa, señorita.

—Sí, de eso no hay duda. Se produjo otro escándalo hará unos tres años. El viejo *sir* Roger Erskine le deja hasta el último penique de su dinero. Yo creí que aquello abriría los ojos a Ken…

—¿Y no fue así?

Rosamund Darnley se encogió de hombros.

—Ya le dije que hace años que no le veía. La gente dice que lo tomó con absoluta ecuanimidad. Me hubiera gustado saber la causa. ¿Es que cree tan ciegamente en ella?

—Pudo haber otras razones.

—Sí. ¡Orgullo! No sé lo que realmente siente por ella. Nadie lo sabe.

—¿Y ella? ¿Qué siente por él?

Rosamund miró fijamente a Poirot.

—¿Ella? Es la mujer más coqueta del mundo y también la más insaciable devoradora de oro. ¡Arlena se divierte con cualquier cosa con pantalones que se ponga a su alcance!

Poirot hizo un gesto de conformidad.

—Sí —dijo—. Es cierto lo que usted dice… Sus ojos buscan una sola cosa… hombres.

—Y ahora parece ser que los ha puesto en Patrick Redfern —dijo Rosamund—. Él es un hombre arrogante, un poco ingenuo, enamorado de su mujer y sin experiencia. Esa es la clase de caza que le gusta a Arlena. La señora Redfern me es muy simpática y es muy bonita a su manera. Pero… no creo que tenga la menor probabilidad de triunfar sobre una tigresa como Arlena.

—Creo lo mismo —suspiró Poirot.

—Me han dicho que Cristina Redfern fue maestra de escuela —añadió Rosamund—. Es de las que creen que el alma siempre vence a la materia. Va a ser un cruel desengaño para ella esta vez.

2

Linda Marshall se miraba con indiferencia el rostro en el espejo de su dormitorio. Le desagradaba su cara en extremo. En aquel momento le parecía que era casi todo huesos y pecas. Observó con disgusto su pesada mata de cabellos castaños rojizos (arratonados, como ella los llamaba en su imaginación), sus ojos grises verdosos, sus pómulos demasiado salientes y la larga y agresiva línea de la barbilla. La boca y los dientes no eran quizá tan feos… Pero ¿qué eran los dientes después de todo? ¿Y qué era aquella mancha que le estaba saliendo en un lado de la nariz?

Decidió con un suspiro que no era una mancha, y pensó para sí: «Es espantoso tener dieciséis años sencillamente espantoso».

Uno sabe, generalmente, cómo es. Linda era tan desgarbada como un potro joven y tan pecosa como un erizo, pero se daba cuenta de su falta de gracia y de que no era ni niña ni mujer. En el colegio estaba aceptable. Pero ahora lo había abandonado. Nadie parecía saber lo que iba a ser después. Su padre hablaba vagamente de enviarla a París el próximo invierno. Linda no quería ir a París…

pero no quería quedarse en casa tampoco. No se había dado cuenta hasta entonces de lo mucho que aborrecía a Arlena.

El joven rostro de Linda se puso serio y la mirada de sus verdes ojos se endureció. Arlena…

«Es una bestia… una bestia», pensó.

¡Madrastras! Era una desgracia tener una madrastra, todo el mundo lo decía. ¡Y era cierto! Y no era que Arlena fuese mala para ella. La mayor parte del tiempo ni siquiera se preocupaba de la joven. Pero cuando lo hacía, había una despectiva expresión en sus miradas y en sus palabras. La gracia y la armonía de los movimientos de Arlena destacaban aún más la torpeza de adolescente de Linda. Con Arlena al lado, la muchacha sentía toda la falta de madurez y todo el desgarbo de sus dieciséis años.

Pero no era aquello solamente. No era aquello todo.

Linda buscó torpemente en los rincones de su imaginación. No tenía habilidad para clasificar sus emociones y ponerles un nombre. Lo que buscaba era algo que expresase lo que Arlena «hacia» a la gente… a la casa… a su padre.

«Es mala, pensó con decisión, muy mala, muy mala».

Pero ni siquiera con esto expresaba su sentir. No podía limitarse a levantar la nariz con un respingo de superioridad moral y arrojar a aquella mujer de la imaginación.

Era algo que Arlena hacía a la gente. A papá. Papá era completamente diferente.

Desmenuzó aquel pensamiento. Papá, presentándose a sacarla del colegio. Papá llevándosela a realizar un viaje por mar. Papá se casa… con Arlena. Papá siempre reservado, pensativo…

«Y todo seguirá como ahora, pensó Linda. Día tras día… meses y meses… No podré resistirlo».

La vida se extendía ante ella interminable, como una serie de días oscurecidos y amargados por la presencia de Arlena. Ella era todavía una chiquilla para tener un poco de sentido de la proporción. A Linda, un año se le antojaba una eternidad.

Una negra oleada de odio contra Arlena invadió su imaginación.

«Quisiera matarla, pensó. ¡Oh!, desearía que muriera…».

Apartó la mirada del espejo para mirar hacia el mar. Aquel sitio era realmente divertido. O podía serlo. Docenas de ellos por explorar. Y sitios donde podía uno esconderse sin que nadie pudiera

encontrarle. Y había cuevas, también, como le habían dicho los muchachos de Cowan.

«Si Arlena desapareciese, yo podría divertirme», pensó Linda.

Su imaginación retrocedió a la noche de su llegada. Había sido emocionante. La marea alta cubría la calzada. Tuvieron que atravesarla en un bote. El hotel le había parecido desacostumbradamente atractivo. Y de pronto, en la terraza, una mujer alta y morena se había acercado a ellos exclamando:

—¡Qué sorpresa, Kenneth!

Y su padre, con aire de sorprendido, exclamó a su vez:

—¡Rosamund!

Linda consideró a Rosamund Darnley con esa mirada crítica y severa de los jóvenes. Y decidió que le agradaba Rosamund. Rosamund, pensó, era buena. Sus cabellos le sentaban admirablemente. Su traje era muy elegante. Y tenía en el rostro una expresión jovial, como si estuviera satisfecha de sí misma. Rosamund, en fin, le fue simpática a Linda. Y Rosamund no trató a Linda como si fuese una chiquilla tonta. La trató como si fuese un verdadero ser humano. Linda rara vez se sentía verdadero ser humano, y quedaba profundamente agradecida cuando alguien parecía considerarla como tal.

Papá pareció también muy contento de ver a *miss* Darnley.

Era chocante aquel aspecto tan diferente que presentó de pronto. Parecía… parecía… ¡parecía un joven! Reía con extraña risa juvenil. Ahora que recordaba, Linda rara vez le había oído reír.

Sintió una rara curiosidad. Era como si hubiese vislumbrado una persona del todo distinta en aquel señor que creía conocer tan a fondo.

«¿Cómo sería papá cuando tenía mi edad?», se preguntó.

Pero era demasiado difícil de averiguar y renunció a ello.

Una idea cruzó su imaginación.

¡Qué bien lo habrían pasado si hubiesen venido solos ella y papá… y hubiesen encontrado allí a *miss* Darnley!

Durante un minuto desfiló por delante de sus ojos un panorama luminoso. Papá, riendo juvenil, *miss* Darnley y ella cogidas de sus brazos, y luego todas las diversiones que podrían encontrarse en la isla, playas, baños, cuevas, ensenadas…

Las tinieblas borraron el panorama. Arlena. Uno no podía

divertirse con Arlena al lado. ¿Por qué no? Bueno, Linda, no podía. No se puede ser feliz cuando hay una persona a quien… se aborrece. Sí, a quien se aborrece. Ella aborrecía a Arlena.

La negra ola de odio volvió a elevarse lentamente de su pecho. El rostro de Linda palideció intensamente. Se contrajeron las pupilas de sus ojos. Y sus dedos se crisparon…

3

Kenneth Marshall llamó a la puerta de su esposa. Cuando le contestó, abrió y entró decidido.

Arlena daba los últimos tientos a su tocado. Se había puesto un vestido de verde ostentoso, que le daba cierto aspecto de sirena. Estaba de pie ante el espejo, ensombreciéndose las pestañas.

—¡Oh, eres tú, Ken! —dijo.

—Sí. Quería saber si estás ya arreglada.

—Un minuto tan solo.

Kenneth Marshall se acercó a la ventana. Miró hacia el mar. Su rostro, como de costumbre, no expresaba la menor emoción.

—Arlena —dijo, volviéndose de pronto.

—¿Qué?

—¿Conocías a Redfern de antes?

—¡Oh, sí, querido! —contestó ella con toda naturalidad—. Lo conocí en una reunión. Me pareció un buen muchacho.

—¿Sabías que él y su mujer iban a venir aquí?

Arlena abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Oh, no, querido! ¡Fue la mayor sorpresa para mí!

—Creí que sería eso lo que te sugirió la idea de que viniésemos aquí —dijo tranquilamente Kenneth—; tenías mucho interés.

Arlena dejó el tarro de crema, se volvió a su esposo y le lanzó una seductora sonrisa.

—Alguien me habló de este sitio —dijo—. Creo que fueron los Rayland. Me dijeron que era sencillamente maravilloso… ¡y sin explorar! ¿Es que no te gusta?

—No estoy muy seguro —contestó Kenneth.

—¡Pero, querido, si adoras el baño y la vida al aire libre! ¿Qué mejor sitio que éste para ti?

—En cambio no puedo comprender lo que tú llamas divertirse —replicó él.

Ella abrió los ojos un poco más. Le miró desconcertada.

—Supongo —prosiguió él— que tú dirías al joven Redfern que ibas a venir aquí.

—Querido Kenneth, ¿verdad que no vas a hacerme una escena ridícula?

—Mira, Arlena, te conozco bien. Esta es una joven pareja que parece feliz. El muchacho está realmente enamorado de su mujer. ¿Vas a turbar su dicha por una simple vanidad?

—No es justo que me censures —replicó Arlena—. No he hecho nada… nada en absoluto. Yo no tengo la culpa de que…

—¿De qué? —apremió él.

Los párpados de la mujer aletearon vivamente.

—Ya lo sabes: yo no tengo la culpa de que me persigan los hombres.

—¿Así es que confiesas que te persigue el joven Redfern?

—Comete esa estupidez.

Arlena dio un paso hacia su marido.

—¿Pero verdad, Ken, que sabes que sólo me interesas tú?; —preguntó con voz melosa.

Le miró a través de sus sombreadas pestañas. Fue una mirada maravillosa… una mirada que pocos hombres habrían resistido.

Kenneth Marshall la miró gravemente. Su rostro seguía imperturbable, su voz tranquila.

—Creo que te conozco bastante bien, Arlena…

4

Cuando se sale del hotel por la parte del sur, la playa de los baños y las terrazas se encuentran inmediatamente debajo. Hay también un sendero que rodea la escollera por la parte sudoeste de la isla. Un poco más allá, unos peldaños conducen a una serie de escondrijos cortados en la roca y rotulados en el mapa del hotel con el nombre de Sunny Ledge. Aquellos huecos tienen asientos tallados en la misma piedra.

Poco después de cenar, llegaron a uno de ellos Patrick Redfern y

su esposa. Era una noche clara y serena de brillante luna.

Los Redfern se sentaron. Guardaron silencio largo rato.

—Maravillosa noche, ¿verdad, Cristina? —dijo al fin Patrick Redfern.

—Sí.

Algo en su voz la intranquilizó. No se atrevió a mirarla.

—¿Sabías que esa mujer iba a venir aquí? —preguntó Cristina en voz baja.

Se volvió él vivamente.

—No sé a quién te refieres —dijo.

—Ya lo creo que lo sabes.

—Mira, Cristina, yo no sé lo que te sucede de poco tiempo a esta parte…

—¿Lo que me sucede? —interrumpió ella con voz temblorosa por la pasión—. ¿No será lo que te sucede a ti?

—A mí no me sucede nada.

—¡Oh, Patrick, no me mientas! Insististe en venir aquí. Te mostraste casi grosero. Yo quería volver a Tintagel, donde… donde pasamos nuestra luna de miel. Tú te empeñaste en venir aquí.

—Bien, ¿y por qué no? Es un sitio fascinador.

—Quizá. Pero tú quisiste venir aquí porque «ella» iba a venir también.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—*Mistress* Marshall. Te tiene loco…

—Por amor de Dios, Cristina, no digas tonterías. Nunca fuiste celosa.

Su serenidad era un poco fingida, exagerada...

—¡Hemos sido tan felices! —murmuró ella.

—¿Felices? ¡Claro que lo hemos sido! Y lo somos. Pero no lo seguiremos siendo si no podemos hablar de otra mujer sin que empieces a disparatar.

—No se trata de eso.

—Sí, de eso se trata. Los matrimonios tienen que tener amistades con otras personas. Tu actitud de suspicacia es completamente ridícula. Yo no puedo hablar con… con una mujer bonita sin que tú llegues a la conclusión de que estoy enamorado de ella…

Se calló y se encogió de hombros.

—Tú estás enamorado de ella… —insistió Cristina Redfern.

—¡Oh, no digas tonterías, Cristina! Me he limitado a hablar un rato.

—Eso no es cierto.

—¡Por amor de Dios, no cojas la costumbre de tener celos de todas las mujeres bonitas con quienes nos cruzamos!

—¡Esa no es una mujer bonita! —protestó Cristina Redfern—. Esa es ¡la mujer diferente! Es una mala mujer. Te traerá desgracia, Patrick. Renuncia a ella, por favor. Vámonos de aquí.

Patrick Redfern sacó la barbilla, desafiador.

—No seas ridícula, Cristina. Y no riñamos por esto.

—Yo no quiero reñir.

—Entonces compórtate como un ser humano, sé razonable. Volvamos al hotel.

Se puso en pie. Hubo una pausa y Cristina Redfern se levantó también.

En el nicho inmediato, Hércules Poirot movió lentamente la cabeza con gesto de pesar. Otra persona se habría alejado escrupulosamente de allí para no oír la conversación. Pero no así Poirot. Él no tenía escrúpulos de aquella clase cuando llegaba la ocasión.

—Además —explicaba a su amigo Hastings, algún tiempo después—, se trataba de un asesinato.

—Pero el asesinato no había ocurrido todavía —replicó Hastings.

—Pero ya, *mon cher*, estaba clarísimamente indicado —suspiró Hércules Poirot.

Y Hércules Poirot dijo, con un suspiro, repitiendo lo dicho en cierta ocasión en Egipto, que si una persona está decidida a cometer un asesinato, no es fácil impedírselo. Él no se censuraba por lo que había sucedido. Fue, según él, cosa inevitable.

Capítulo III

1

Rosamund Darnley y Kenneth Marshall estaban sentados sobre la mullida hierba del risco que dominaba la Ensenada de la Gaviota. Esta se encontraba en la parte oriental de la isla. La gente acudía allí, a veces por la mañana, para bañarse cuando quería encontrarse sola.

—Es una delicia poder aislarse de la gente —dijo Rosamund.

—¡Oh, sí! —murmuró Marshall en tono casi inaudible. Se apoyó en un codo y olisqueó la hierba—. Huele bien —dijo—. ¿Recuerdas el césped de Shipley?

—Ya lo creo.

—¡Qué hermosos aquellos días!

—¡Oh, sí!

—Tú no has cambiado mucho, Rosamund.

—Por el contrario, he cambiado enormemente.

—Has triunfado, eres rica y famosa, pero eres la misma Rosamund de otros tiempos.

—¡Ojalá lo fuese! —murmuró Rosamund.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. ¿No es una lástima, Kenneth, que no podamos conservar la bella ingenuidad y los hermosos ideales que teníamos cuando éramos jóvenes?

—No recuerdo la bella ingenuidad de que me hablas, querida. Sólo recuerdo que te daban unas rabietas espantosas. En cierta ocasión casi me ahogaste en uno de tus arrebatos de furia.

Rosamund se echó a reír.

—¿Recuerdas el día que llevamos a *Toby* a cazar ratas de agua?

—preguntó.

Pasaron algunos minutos recordando viejas aventuras.

Luego se produjo una pausa.

Los dedos de Rosamund jugaban con el cierre de su bolso.

—¿Kenneth? —dijo ella al fin.

Él no contestó. Continuaba tendido sobre la hierba, boca abajo.

—Si te digo algo, que será probablemente de una impertinencia ultrajante, ¿no me volverás a hablar?

Él rodó sobre un costado y se incorporó.

—No creo —dijo gravemente— que pueda parecerme impertinente nada de lo que tú me digas.

Rosamund hizo un gesto de agradecimiento para disimular la satisfacción que le producían sus palabras.

—Kenneth, ¿por qué no te divorcias de tu mujer?

El rostro de él se alteró, se endureció. Desapareció de él la expresión de serenidad. Sus manos sacaron una pipa del bolsillo y empezaron a llenarla.

—Perdona si te he ofendido —murmuró Rosamund...

—No me has ofendido —dijo él tranquilamente.

—Entonces, ¿por qué no me contestas?

—No me comprenderías, querida.

—¿Tan enamorado estás de ella?

—Por algo me casé.

—Lo sé. Pero es una mujer… un poco llamativa. Te convendría divorciarte de ella, Ken.

—Querida, no tienes razón para decir una cosa así. Que los hombres pierdan un poco la cabeza por ella, no significa por ella pierda la suya también.

Rosamund pensó un poco su réplica y dije al fin:

—Podrías arreglarlo para que ella se divorciase de ti… si lo prefieres de ese modo.

—Claro que podría.

—Pues deberías hacerlo, Ken. Te lo digo de veras. Piensa en la chiquilla.

—¿En Linda?

—Sí. Linda.

—¿Qué tiene que ver Linda con nuestro asunto?

—Arlena no es buena para Linda. No lo es realmente. Linda

siente mucho las cosas.

Kenneth Marshall aplicó un fósforo a su pipa. Y dijo entre dos bocanadas:

—Sí algo hay de eso. Sospecho que Arlena y Linda no se entienden muy bien. Quizá la muchacha no es del todo razonable. Es un asunto un poco molesto.

—A mí Linda me gusta muchísimo. Encuentro en ella cualidades hermosas.

—Se parece a su madre —atajó Kenneth—; toma las cosas muy a pecho como Ruth.

—¿Entonces, no crees… realmente… que debes separarte de Arlena? —insistió Rosamund.

—¿Arreglar un divorcio?

—Sí. La gente lo hace así todos los días.

—Sí, y eso es precisamente lo que aborrezco —dijo Kenneth Marshall con repentina vehemencia.

—¿Aborrecer? —repitió ella, asombrada.

—Sí. Me repugna el ambiente de nuestros días. ¡Si uno toma una cosa y no le agrada, no hay más que deshacerse de ella lo más rápidamente posible! La conciencia, la buena fe no cuenta para nada. Se casa uno con una mujer, se compromete a velar por ella y lo tira uno todo por la borda de la noche a la mañana. Estoy cansado de matrimonios rápidos y de divorcios relámpago. Arlena es mi mujer y no un objeto del que puede prescindir en cuanto me molesta un poco.

—¿De manera que piensas así? —dijo Rosamund en voz baja—. «Hasta que la muerte nos separe», como dijo el poeta.

—Así es —dijo Kenneth Marshall, inclinando la cabeza.

2

Mister Horace Blatt, al volver a Leathercombe Bay, y cuando bajaba por una estrecha y retorcida vereda, estuvo a punto de derribar a *mistress* Redfern en una revuelta.

Mientras la señora se apartaba bruscamente para evitar el atropello, *mister* Blatt detuvo su «Sunbeam» aplicándole vigorosamente los frenos.

—¡Hola, hola! —saludó *mister* Blatt alegremente.

Era un hombrachón de rostro apoplético con un fleco de cabellos rojizos en torno a una gran calva reluciente.

La ambición aparente de *mister* Blatt era ser el alma y vida del lugar donde acertase a estar. El Jolly Roger Hotel, según su opinión, expresada un poco ruidosamente, necesitaba un poco de alegría. A él le chocaba la manera que tenía la gente de escabullirse y desaparecer en cuanto él entraba en escena.

—Casi la convierto a usted en mermelada de madroños —comentó alegremente.

—Poco faltó —contestó Cristina Redfern.

—Suba usted —ofreció *mister* Blatt.

—Oh, gracias… voy a seguir paseando.

—No haga usted tal tontería. ¿Para qué sirven los coches?

Cediendo a la necesidad, Cristina Redfern subió al vehículo. *Mister* Blatt volvió a poner en marcha el motor, que se había parado debido a la brusquedad con que el conductor frenó.

—¿Y qué hace usted paseando por aquí tan sola? —inquirió *mister* Blatt—. Eso no está bien, tratándose de una muchacha tan bonita.

—¡Oh, me gusta pasear sola! —se apresuró a decir Cristina.

Mister Blatt le dio un terrible codazo, al mismo tiempo que se le desviaba el coche hasta casi el borde del camino.

—Las muchachas siempre dicen eso —murmuró—; pero no lo sienten. Lo que pasa es que el Jolly Roger necesita un poco de animación. Allí no hay vida. Y es que se hospedan en él una colección de momias. Aquel viejo angloindio aburre a cualquiera, y el párroco y los americanos son una invitación al bostezo. ¡Pues mire que aquel extranjero con aquel bigote…! ¡Qué risa me da su bigote! Y creo que se trata de un peluquero o algo por el estilo.

—¡Oh, no; es un detective! —aclaró Cristina Redfern.

Mister Blatt casi dejó que el coche fuese otra vez a la cuneta.

—¿Un detective? ¿Quiere usted decir que anda disfrazado?

—¡Oh, no; es realmente así! Se llama Hércules Poirot, Tiene usted que haber oído hablar de él.

—¿No ocultará su verdadero nombre? ¡Oh, sí; he oído hablar de él! Pero creí que ya había muerto. ¿Qué estará buscando por aquí?

—No busca nada. Está pasando sus vacaciones.

—Bien, quiero suponer que sea así —dijo mistar Blatt con acento de duda—. ¿Pero verdad que tiene aspecto de peluquero?

—Quizá nada más un poco extraño —dijo Cristina.

—Eso será —convino *mister* Blatt—. A mí que me den siempre ingleses, aun tratándose de detectives.

Llegaron al pie de la colina y, con gran algarabía de triunfantes bocinazos, *mister* Blatt metió el coche en el garaje del Jolly Roger, que estaba situado, por causa de las mareas, en los terrenos opuestos al hotel.

3

Linda Marshall se encontraba en la pequeña tienda que abastecía a los visitantes de Leathercombe Bay. Uno de sus lados estaba ocupado por estanterías llenas de libros, que podían alquilarse por la suma de dos peniques. Los más modernos tenían diez años de antigüedad, otros, veinte años, y algunos bastantes más.

Linda cogió primero uno y luego otro, dudando, y los examinó. Y como decidiera que no podía, posiblemente, leer ninguno de ellos, sacó del estante un pequeño volumen encuadernado en cuero castaño.

Pasaba el tiempo…

Con un respingo, Linda volvió el libro al estante al oír la voz de Cristina Redfern que le preguntaba:

—¿Que está usted leyendo, Linda?

—Nada. Estoy buscando un libro —contestó apresuradamente la joven.

Extrajo al azar «El Matrimonio de William Ashe» y avanzó hacia el mostrador, buscando en el bolso dos peniques.

—*Mister* Blatt me llevó al hotel después de atropellarme casi con su coche —dijo Cristina—. Como no me agradaba atravesar con él toda la calzada, le dije que tenía que comprar algunas cosas.

—¡Oh!, ¿verdad que es antipático? —dijo Linda—. Siempre está hablando de lo rico que es, y tiene unas bromas terribles.

—Pobre hombre —dijo Cristina—. Realmente, da lástima.

Linda no se mostró de acuerdo. No veía motivo para compadecer a *mister* Blatt. Ella era joven y despiadada.

Salió con Cristina Redfern de la tienda y recorrieron juntas la calzada. La joven iba abstraída en sus pensamientos. Le agradaba Cristina Redfern. Ella y Rosamund Darnley eran las únicas personas soportables de la isla, en opinión de Linda. Ninguna de las dos hablaba mucho con ella, no obstante. Ahora, mientras caminaban, Cristina no dijo tampoco nada. Aquello, pensaba Linda, era señal de buen juicio. Si uno no tiene que decir nada que valga la pena, ¿por qué tener que ir charlando todo el tiempo?

Se perdió en sus propias perplejidades.

—*Mistress* Redfern —dijo de pronto—, ¿ha notado usted alguna vez que todo es tremendo, tan terrible que le dan a una ganas de llorar?

Las palabras eran casi cómicas, pero el rostro de Linda revelaba una ansiedad que nada tenía de risueño. Cristina Redfern, que la miró al principio con cierta alarma, no encontró en sus palabras ningún motivo de risa.

—Sí, sí —dijo—, yo he sentido lo mismo muchas veces.

4

—¿De manera que es usted el famoso policía? —preguntó *mister* Blatt.

Estaban en el bar, sitio favorito de *mister* Blatt.

Hércules Poirot confirmó la observación con su acostumbrada indiferencia.

—¿Y qué hace usted por aquí?… ¿trabajando? —inquirió *mister* Blatt.

—No, no. Descanso. Disfruto de mis vacaciones.

Mister Blatt guiñó un ojo.

—De todos modos diría usted eso, ¿verdad?

—No necesariamente eso —contestó Poirot.

—Vamos, sea usted franco. Conmigo puede considerarse seguro. ¡No repito todo lo que oigo! Hace años que aprendí a tener la boca cerrada. No habría llegado a mi actual posición de no haber sabido hacerlo así. La mayoría de la gente habla sin ton ni son de todo lo que oye. Y a usted, claro está, no le conviene eso en su oficio. Por

eso dice usted a todo el mundo que se encuentra aquí pasando sus vacaciones, y nada más.

—¿Y por qué supone usted lo contrario? —preguntó Poirot.

Mister Blatt volvió a guiñar un ojo.

—Soy hombre de mundo —dijo—; conozco a la gente al primer vistazo. Un hombre como usted debería pasar sus vacaciones en Deauville, o en Le Touquet, o en Jean les Pins. Esas poblaciones son… ¿cómo diría yo?… su morada espiritual.

Poirot suspiró. Se asomó a la ventana. Caía la lluvia y la niebla rodeaba la isla.

—Es posible que tenga usted razón —dijo—. Allí, al menos, en tiempo húmedo hay distracciones.

—¡Oh, el Gran Casino! —exclamó *mister* Blatt—. Yo he tenido que trabajar de firme la mayor parte de mi vida. No he tenido tiempo para fiestas y fruslerías. Ahora me propongo desquitarme y divertirme. Ahora puedo hacer lo que me plazca. Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera. En los últimos años he disfrutado bastante de la vida, le soy franco.

—¡Ah!, ¿sí? —murmuró Poirot.

—¿No sabe por qué he venido aquí? —continuó *mister* Blatt.

—Me lo he preguntado —confesó Poirot—. Yo tampoco carezco de dotes de observación. Era más natural que usted eligiese Deauville o Biarritz.

—Y en lugar de eso, los dos nos encontramos aquí, ¿eh?

Mister Blatt dejó escapar una maliciosa risita.

—Realmente no sé por qué he venido —prosiguió—. Quizá sea porque esto tiene algo de romántico. El Jolly Roger Hotel. La Isla de los Contrabandistas. Esto siempre le excita a uno la imaginación. Le hace a uno recordar sus tiempos de muchacho. Piratas, contrabandistas y todo lo demás.

Se echó a reír con todas sus ganas.

—De chico me gustaba navegar. No por esa parte del mundo. Por las costas del lejano Oriente. Es curioso que nunca le abandone a uno la afición por estas cosas. Yo podría tener un yate, si quisiera, pero no acaba de atraerme. Me gusta más andar de un lado para otro en mi pequeña yola. Redfern es también aficionado a navegar. Ha salido conmigo una o dos veces. Ahora no puedo echarle la vista encima; siempre anda rondando a esa pelirroja esposa de Marshall.

Hizo una pausa, luego bajó la voz y prosiguió.

—¡Los huéspedes de este hotel son bastante aburridos! ¡La única persona alegre es *mistress* Marshall! El marido, por lo visto, la deja en plena libertad. Ya en sus tiempos de artista se contaban muchas historias de ella. Trastorna a los hombres. Verá usted cómo ocurre aquí algo uno de estos días.

—¿Qué clase de ocurrencia? —preguntó Poirot.

—Oh, ya veremos —replicó Horace Blatt—. Mirando a Marshall, se diría que es un individuo con un carácter excesivamente bondadoso. Pero en realidad no lo es. Me he enterado de algunas cosas de él. Nunca se sabe cómo reaccionan esta clase de personas. Redfern haría bien en tener cuidado.

Se calló, pues la persona objeto de sus palabras acababa de entrar en el bar. Un momento después continuó hablando en voz alta para disimular.

—Como le iba diciendo, navegar en torno a esta costa es muy divertido. Hola, Redfern, ¿quiere tomar algo conmigo? ¿Qué desea usted? ¿Un Martini Seco? Muy bien. ¿Y usted, *mister* Poirot?

Poirot hizo un gesto negativo.

Patrick Redfern vino a sentarse al lado de los hombres.

—¿Navegar? —dijo—. Es la cosa más divertida del mundo. ¡Ojalá pudiera yo dedicarle más tiempo! De chico viajé algunos meses en un barco de vela que recorría estas costas.

—Entonces conocerá usted muy bien esta parte del mundo —dijo Poirot.

—¡Figúrese! Conocí este lugar antes de que construyesen el hotel En Leathercombe Bay no había más que unas cuantas chozas de pescadores y una vieja casona.

—¿Hubo una casa aquí?

—¡Oh, sí!, pero estuvo muchos años deshabitada. Se estaba derrumbando prácticamente. Se contaban toda clase de historias de pasajes secretos que conducían desde la casa a la Cueva del Duende. Recuerdo que siempre andábamos buscando aquel pasaje secreto.

Horace Blatt derramó su bebida. Soltó un taco, se limpió y preguntó:

—¿Y qué Cueva del Duende es ésa?

—¡Oh!, ¿no la conoce usted? —dijo Patrick—. Está en la Ensenada del Duende. No se puede encontrar fácilmente la entrada.

Está entre unas rocas y parece una estrecha rendija por la que apenas se puede entrar despellejándose. Pero por dentro se ensancha hasta formar una cueva bastante espaciosa. ¡Ya comprenderán ustedes los atractivos que tenía para un muchacho! Me la enseñó un viejo pescador. Hoy, ni siquiera los pescadores la conocen. Pregunté a uno el otro día por ella y no supo contestarme.

—Pero no acabo de comprender —dijo Hércules Poirot—. ¿Qué duende es ése?

—¡Oh, eso es muy típico del Devonshire! —contestó Redfern—. En Sheepstor hay también una Cueva del Duende sobre las ciénagas, donde se tiene la costumbre de dejar un alfiler como presente para el Duende.

—¡Ah, muy interesante! —comentó Poirot.

—En Dartmoor hay todavía muchos duendes de estos —continuó Patrick Redfern—. Los Tors son duendes a caballo, y los granjeros que regresan a sus hogares después de una noche de francachela, se quejan de haber sido atropellados por alguno de ellos.

—Querrá usted decir cuando han bebido más de lo corriente —dijo Horace Blatt.

Patrick Redfern sonrió burlón.

—¡Esa seria ciertamente la explicación vulgar!

Blatt consultó su reloj.

—Me marcho a comer —dijo—. En resumen, Redfern, que sigo prefiriendo los piratas a los duendes.

—¡Me gustaría verle atropellado por un Tor! —dijo Patrick Redfern, riendo, mientras el otro se alejaba.

—Para hombre de negocios —comentó Poirot—, este *mister* Blatt parece tener una imaginación muy romántica y exaltada.

—Eso es porque está a medio civilizar. Al menos eso dice mi mujer, ¡mire lo que lee! Nada más que novelas de aventuras o historias del Oeste.

—¿Quiere usted decir que tiene todavía la mentalidad de un muchacho? —dijo Poirot.

—¿No opina usted lo mismo, señor?

—Yo apenas le conozco.

—Tampoco yo le conozco mucho. He salido en bote con él una o dos veces pero realmente no le gusta que le acompañe nadie. Prefiere estar solo.

—Eso es ciertamente curioso —dijo Hércules Poirot—. ¿Por qué no hace lo mismo en tierra?

—Es cierto —rio Redfern—. Todos hacemos mil equilibrios para no encontrárnosle. A él le gustaría transformar este sitio en una mezcla de Margarate y Le Touquet.

Poirot guardó silencio unos momentos. Estuvo observando atentamente el sonriente rostro de su compañero. Luego dijo tan repentina como inesperadamente:

—Creo, *mister* Redfern, que le gusta a usted disfrutar de la vida.

Patrick se le quedó mirando, sorprendido.

—Ciertamente, señor. ¿Por qué no?

—¿Por qué no, en efecto? —convino Poirot—. Le felicito a usted por ello.

—Muchas gracias, señor —dijo Redfern, sonriendo ligeramente.

—Y como soy un viejo —prosiguió Poirot—, más viejo de lo que usted supone, me permito darle un consejo.

—Le escucho, señor.

—Un sabio amigo mío, de la Policía, me decía hace tres años: «Hércules querido, si amas la tranquilidad, evita las mujeres».

—Temo que sea ya un poco tarde para eso —replicó Patrick Redfern—. Soy casado, como usted sabe.

—Lo sé. Su esposa es encantadora. Toda una dama. Tengo entendido que le quiere a usted mucho.

—Y yo a ella —dijo vivamente Patrick Redfern.

—Celebro saberlo —terminó Hércules Poirot.

La voz de Patrick tronó de pronto.

—¿Por qué me dice usted eso, *mister* Poirot?

—*Les femmes!*… —sonrió Poirot, echándose hacia atrás y cerrando los ojos—. Las conozco un poco. Son capaces de complicar la vida insufriblemente. Y los ingleses llevan estos asuntos de un modo absurdo. Si usted necesitaba venir aquí, *mister* Redfern, ¿por qué diablos se trajo a su mujer?

—No sé a lo que se refiere usted —dijo airadamente Redfern.

—Lo sabe usted perfectamente —replicó Poirot con toda calma —. No soy tan necio como para discutir con un hombre enamorado. Me limito a lanzar mi palabra, de advertencia.

—Usted ha dado oídos a esos malditos murmuradores. *Mistress* Gardener, *miss* Brewster y todos, no tienen otra cosa que hacer que

darle a la lengua todo el día. Basta que una mujer sea bonita para que vuelquen sobre ella el saco del carbón.

—¿Es usted realmente tan joven como todo eso? —murmuró Poirot, poniéndose en pie.

Abandonó el bar, moviendo la cabeza con gesto de desaliento. Patrick Redfern le siguió airadamente con la mirada.

5

Hércules Poirot se detuvo en el vestíbulo al regreso del salón comedor. Las puertas estaban abiertas; entraba por ellas una corriente de aire tibio.

La lluvia había cesado y la niebla desaparecido. Volvía a hacer una hermosa noche.

Hércules Poirot encontró a *mistress* Redfern en su sitio favorito, sobre la escollera. Se detuvo a su lado y dijo:

—Este sitio es húmedo. No debería usted sentarse aquí. Cogerá usted un resfriado.

—No lo cogeré. De todos modos no tendría importancia —replicó la joven.

—¡Vamos, vamos, que no es usted una chiquilla! Es usted una mujer culta. Tiene usted que tomar las cosas sensatamente.

—Le aseguro a usted que nunca me resfrío.

—Pues ha sido un día muy húmedo. Sopló el viento, llovió a cántaros y la niebla lo envolvió todo. Y bien, ¿qué pasa ahora? La niebla se ha dispersado, e1 cielo está claro y allá arriba brillan las estrellas. Es como la misma vida, *madame*.

—¿Sabe usted lo que más me aburre de este lugar? —preguntó Cristina Redfern con voz altiva.

—¿Qué, *madame*?

—La compasión.

Salió la palabra de su boca como el restallido de un látigo.

—¿Cree usted que no estoy enterada? —prosiguió—. ¿Que no veo? La gente no hacer más que decir: «¡Pobre *mistress* Redfern pobre mujercita!». Y el caso es que no soy pequeña, soy alta. Me aplican el diminutivo porque sienten piedad por mí. ¡Y no puedo sufrirlo!

Hércules Poirot extendió cautamente su pañuelo sobre la hierba y se sentó.

—Algo hay de eso —dijo pensativo.

—Esa mujer… —empezó ella a decir, pero se contuvo.

—¿Me permite usted que le diga una cosa, *madame*? ¿Algo que es tan cierto como las estrellas que brillan allá arriba? Las Arlena Stuart o las Arlena Marshall de este mundo no tienen importancia.

—Tonterías —rezongó Cristina Redfern.

—Le aseguro a usted que es cierto. Su imperio es del momento y por el momento. Lo que importa real y verdaderamente es que una mujer tenga bondad y talento.

—¿Cree usted que a los hombres les interesa la bondad y el talento? —preguntó Cristina con sorna.

—Fundamentalmente, sí —contestó gravemente Poirot.

Cristina rio con risa nerviosa.

—No estoy de acuerdo con usted.

—Su marido la quiere, *madame*. Lo sé.

—Usted no puede saberlo.

—Sí, sí, lo sé. Le he visto mirarla.

Los nervios de la joven señora se desmoronaron de pronto, y empezó a llorar tempestuosa y amargamente sobre el incómodo hombro de Poirot.

—No puedo sufrirlo… no puedo sufrirlo… —sollozó.

—Paciencia… sólo paciencia —procuró tranquilizarla, palmeteándole un brazo.

La joven se irguió, secándose los ojos.

—Ya estoy mejor —dijo con voz ahogada—. Déjeme. Prefiero estar sola.

Poirot obedeció y la dejó sola, y un momento después descendía por el serpenteante sendero que conducía al hotel.

Estaba ya cerca del edificio cuando oyó murmullo de voces.

Se apartó un poco del sendero. Alguien hablaba entre unos arbustos.

Vio a Arlena Marshall y a Patrick Redfern sentado a su lado. La voz del hombre tenía un temblor de emoción.

—… ¡Estoy loco por usted… loco! Dígame que le intereso algo…

Poirot vio el rostro de Arlena Marshall. Era, pensó, como el de un gato zalamero y feliz. Era un rostro animal, no humano.

—Naturalmente, querido Patrick —dijo con voz melosa.

—La adoro, bien lo sabe...

Por una vez, Hércules Poirot dejó de escuchar, volvió al sendero y siguió bajando hacia el hotel.

Una figura se le reunió de pronto. Era el capitán Marshall.

—Hermosa noche, ¿verdad? —dijo—. Y más después de tan desagradable día. —Miró al cielo y añadió—: Parece que mañana tendremos buen tiempo.

Capítulo IV

1

La mañana del 25 de agosto amaneció luminosa y despejada. Era una mañana como para tentar a madrugar al más inveterado dormilón.

Muchas personas se levantaron temprano aquella mañana en el Jolly Roger.

Eran las ocho cuando Linda, sentada ante su tocador, colocó boca abajo sobre la mesa el grueso volumen que estaba leyendo y se miró en el espejo.

Tenía los labios apretados y contraídas las pupilas de sus ojos.

—Lo haré… —murmuró entre dientes.

Se quitó el pijama y se puso el traje de baño. Se echó sobre él una capa y se ató unas zapatillas a los pies.

Abandonó la habitación y avanzó por el pasillo. Al final, una puerta que daba al balcón conducía a una escalera exterior que descendía directamente a las rocas situadas al pie del hotel. Había una pequeña escalera de hierro embutida en las rocas y que terminaba en el agua; solían utilizarla muchos huéspedes para darse un chapuzón antes de desayunarse, ya que les llevaba menos tiempo que bajar a la playa principal.

Cuando Linda se disponía a bajar encontró a su padre que subía.

—Mucho madrugaste. ¿Vas a darte un remojón? —preguntó él.

Linda hizo un gesto afirmativo y continuó su camino.

Se cruzaron. Linda, en lugar de seguir bajando hacia las rocas, rodeó el hotel por la izquierda hasta salir al sendero que terminaba en la calzada por la que el hotel comunicaba con el continente. La marea estaba alta y las aguas cubrían la calzada, pero el bote en

que los huéspedes efectuaban la travesía estaba atado a un poste. El hombre encargado de él estaba ausente por el momento. Linda saltó a la embarcación, la desató y empezó a remar vigorosamente.

—Al llegar al otro lado, ató el bote, subió la cuesta que cruzaba ante el garaje del hotel y siguió andando hasta la tienda bazar.

La dueña acababa de alzar las trampas y se dedicaba a fregar el suelo. Pareció asombrarse al ver a Linda.

—Muy temprano se ha levantado usted, señorita.

Linda metió la mano en el bolsillo de su bata de baño y sacó algún dinero para hacer sus compras.

2

Cristina Redfern se encontraba en la habitación de Linda cuando regresó la joven.

—Oh, ya está usted de vuelta —exclamó Cristina—. Yo creí que no se levantaría tan temprano.

—Me he estado bañando —contestó Linda.

Al notar el paquete que la joven tenía en la mano, Cristina preguntó con sorpresa:

—¿Pero ha venido ya el correo?

Linda enrojeció. Con su habitual torpeza nerviosa, el paquete se le deslizó de las manos, se rompió el delgado cordón y parte del contenido rodó por el suelo.

—¿Para qué ha comprado usted esas velas? —preguntó Cristina.

Pero con gran alivio de Linda, no esperó su respuesta, sino que continuó hablando mientras la ayudaba a recoger las cosas del suelo:

—He venido a preguntarle si querría usted venir conmigo esta mañana a la Ensenada de las Gaviotas. Quiero tomar unos apuntes.

Linda aceptó con presteza.

En los últimos días había acompañado más de una vez a Cristina Redfern a tomar apuntes para esos dibujos. Cristina era en extremo apática, pero era posible que encontrase en la excusa de pintar un lenitivo a su orgullo herido, ya que su marido pasaba ahora la mayor parte de su tiempo con Arlena Marshall.

Linda Marshall se sentía cada vez más arisca y malhumorada. Le

gustaba estar con Cristina, quien, absorta en su trabajo, hablaba muy poco. Era, pensaba Linda, casi tan bueno como estar sola y, al mismo tiempo, lo mejor acompañada. Existía entre ellas una sutil corriente de simpatía, basada probablemente en el hecho de su mutuo aborrecimiento a la misma persona.

—Tengo que jugar al tenis a las doce —dijo Cristina—, de modo que será mejor que salgamos temprano. ¿A las diez y media?

—Muy bien. Estaré arreglada. Nos encontraremos en el vestíbulo.

3

Rosamund Darnley, al salir del comedor después de desayunar un poco tarde, casi fue derribada por Linda que bajaba saltando las escaleras.

—¡Oh, perdóneme, *miss* Darnley!

—Hermosa mañana, ¿verdad? —preguntó Rosamund—. Se resiste uno a creerlo después del tormentoso día que hizo ayer.

—Es cierto. Me voy con *mistress* Redfern a la Ensenada de las Gaviotas. Dije que me reuniría con ella a las diez y media. Creí que llegaba tarde.

—No; son solamente las diez y veinticinco.

—¡Oh!, bien.

La joven jadeaba un poco y Rosamund la miró con curiosidad.

—¿No estará usted febril, Linda?

Los ojos de la muchacha brillaban más de lo ordinario y una viva mancha de color animaba cada mejilla.

—¡Oh, no! Nunca tengo fiebre.

Rosamund sonrió.

—Hacía tan hermoso día que me levanté para desayunar. Generalmente lo hago en la cama. Pero hoy bajé a entendérmelas con los huevos y el jamón como un hombre.

—El buen tiempo me ha despertado también a mí antes que de costumbre —dijo Linda—. La Ensenada de las Gaviotas es una hermosura por las mañanas. Me untaré bien de aceite y me acabaré de poner morena.

—Sí —continuó Rosamund—, la Ensenada de las Gaviotas es

muy bonita por las mañanas. Y es un sitio mucho más tranquilo que la playa de aquí.

—Venga también con nosotras —dijo Linda con timidez.

—Esta mañana no puedo —contestó Rosamund—. Tengo otro asunto a resolver.

Cristina Redfern apareció en lo alto de las escaleras.

Llevaba un pijama de playa de vaporosa tela, con largas mangas y amplias perneras, de un color verde con dibujos amarillos. Rosamund ardió en deseos de decir a Cristina que el verde y el amarillo eran los colores más inapropiados para su complexión pálida y ligeramente anémica. Siempre indignaba a Rosamund que la gente no supiese elegir sus trajes.

«Si yo vistiese a esta muchacha, pensó, no tardaría en lograr que su marido levantase la mirada y se fijase en ella. Arlena podrá ser una loca, pero sabe vestir. Esta pobre muchacha, en cambio, parece una lechuga ajada».

—¡Hermoso tiempo! —dijo en voz alta—. Me voy a Sunny Ledge con un libro.

4

Hércules Poirot desayunó en su habitación, como de costumbre, café y panecillos.

La belleza de la mañana, no obstante, le tentó a abandonar el hotel más temprano que de ordinario. Eran las diez —media hora antes, por lo menos, de su acostumbrada aparición— cuando descendía hacia la playa. Esta hubiera estado desierta de no ser por una persona.

Era Arlena Marshall.

Envuelta en su albornoz, con el verde sombrero chino en la cabeza, trataba de botar al agua una yola de madera blanca. Poirot se acercó galantemente a ayudarla, mojándose por completo al hacerlo así un elegante par de zapatos de piel de Suecia.

Ella le dio las gracias con una de aquellas miradas de soslayo tan suyas.

En el momento de arrancar de la orilla le llamó:

—¡*Mister* Poirot!

Poirot se acercó:

—*Madame.*

—¿Quiere usted hacerme un favor?

—Con mucho gusto.

—No le diga a nadie que me ha visto. —Su mirada se hizo suplicante—. Todos querrían seguirme. Y quiero estar sola por una vez.

Se alejó remando vigorosamente.

Poirot paseó playa arriba, con las manos a la espalda.

—*Ah, ça jamáis!* Eso, *par exemple*, no lo creo —iba murmurando.

Lo que le parecía increíble era que Arlena Marshall hubiese deseado en su vida encontrarse sola.

Hércules Poirot, hombre de mundo, sabía algo más. Arlena Marshall iba indudablemente a acudir a una cita, y Poirot tenía una buena idea de con quién.

O por lo menos así lo creía, pero en eso tuvo ocasión de convencerse de que estaba equivocado.

En el momento en que la yola doblaba la punta de la bahía y desaparecía de la vista, Patrick Redfern, seguido de cerca por Kenneth Marshall, bajaba por la playa desde el hotel.

Marshall saludó a Poirot con una inclinación de cabeza.

—Buenos días, Poirot. ¿Ha visto usted a mi esposa por alguna parte?

La contestación de Poirot fue diplomática:

—¿Se ha levantado *madame* tan temprano?

—No está en su habitación —dijo Marshall, y añadió, mirando al cielo—: ¡Hermoso día! Voy a tomar un baño ahora mismo. Tengo mucho que escribir esta mañana.

Patrick Redfern, menos descaradamente, miraba a uno y otro lado de la playa.

—¿Y *madame* Redfern? —preguntó Poirot—. ¿Se ha levantado también temprano?

—¿Cristina? Oh, ha salido a tomar apuntes. Ahora le ha dado por el arte.

Hablaba impaciente, con la imaginación claramente puesta en otra parte. A medida que fue pasando el tiempo esta impaciencia por la llegada de Arlena fue haciéndose demasiado visible. A cada pisada que oía volvía ansiosamente la cabeza para ver quién bajaba

del hotel.

Sufrió decepción tras decepción.

Primero llegó él matrimonio Gardener completo, con la labor de punto y el libro, y luego *miss* Brewster.

Mistress Gardener, trabajadora como siempre, se acomodó en su silla y empezó a hacer punto vigorosamente y a hablar al mismo tiempo.

—Bien, *mister* Poirot. La playa parece muy desierta esta mañana. ¿Adónde ha ido la gente?

Poirot contestó que los Masterman y los Cowan, dos familias con muchachos jóvenes, habían salido al mar de excursión.

—Se les echa de menos, no viéndoles dar vueltas por aquí riendo y gritando. Observo que sólo hay una persona bañándose, el capitán Marshall.

Marshall acababa de terminar su ejercicio de natación y subía por la playa ciñéndose la toalla.

—Se está muy bien en el agua esta mañana —dijo—. Desgraciadamente tengo mucho que hacer y no hay más remedio que ponerse a trabajar.

—Sí que es una pena tener que encerrarse en un día tan hermoso como éste, capitán Marshall. El de ayer, en cambio, fue terrible. Yo dije a *mister* Gardener que si el tiempo continuaba así, tendríamos que marcharnos. No hay nada tan melancólico como la niebla envolviendo la isla. Le da a una especie de sensación fantasmal. Yo siempre he sido muy susceptible a los cambios atmosféricos desde que era una chiquilla. A veces me ponía a llorar y a llorar sin ton ni son. Y aquello, como es natural, preocupaba mucho a mis padres. Pero mi madre era una mujer encantadora y le decía a mi padre: «Sinclair, si la niña se pone a llorar, hay que dejarla. El llorar es su modo de expresión». Y mi padre se mostraba de acuerdo. Quería mucho a mi madre y hacía todo lo que ella decía. Formaban una pareja perfecta, y si no, que lo diga *mister* Gardener. ¿Verdad, Odell?

—Sí, querida —contestó *mister* Gardener.

—¿Y dónde está su hija esta mañana, capitán Marshall?

—¿Linda? No lo sé. Estará leyendo en cualquier rincón de la isla.

—¿Sabe usted, capitán Marshall, que la muchacha me parece un poco flacucha? Necesita que se la alimente y que se la trate con

mucho, con muchísimo cuidado.

—Linda se siente bien —dijo secamente Kenneth Marshall, y se alejó hacia el hotel.

Patrick Redfern no se decidió a meterse en el agua. Anduvo de un lado a otro, mirando francamente hacia el hotel. Empezaba a ponerse un tanto huraño.

Miss Brewster se mostró alegre y dicharachera. La conversación se pareció mucho a la de la mañana anterior: largas peroratas de *mistress* Gardener y lacónicos asentimientos de su marido.

—La playa parece un poco desierta —dijo *miss* Brewster—. ¿Es que todo el mundo se ha ido de excursión?

—Precisamente esta mañana le estuve diciendo a *mister* Gardener que tenemos que hacer una excursión a Dartmoor. Está muy cerca y conserva recuerdos muy románticos. Y me gustaría ver aquel presidio… Princetown, ¿no se llama así? Creo que deberíamos ponernos de acuerdo ahora y realizar la excursión mañana, Odell.

—Como quieras, querida —contestó *mister* Gardener.

—¿Va usted a bañarse, señorita? —preguntó Hércules Poirot a *miss* Brewster.

—Oh, ya me di mi chapuzón matinal antes de desayunarme. Por cierto que alguien estuvo a punto de romperme la cabeza con una botella. La tiraron desde una de las ventanas del hotel.

—He aquí una costumbre muy peligrosa —dijo *mistress* Gardener —. Yo tenía una amiga a quien causaron una conmoción con un tubo de pasta dentífrica que arrojaron por una ventana de un piso treinta y cinco. Estuvo bastante grave. —*Mistress* Gardener empezó a rebuscar entre sus ovillos de lana—. Escucha, Odell, me parece que no he traído aquel otro ovillo de lana color púrpura. Está en el segundo cajón de la cómoda de nuestro dormitorio… o quizá en el tercero.

—Sí, querida.

Mister Gardener se levantó obediente y marchó en busca de lo pedido.

Mistress Gardener siguió diciendo:

—A veces pienso que quizá vayamos demasiado de prisa en nuestros días. Con todos nuestros grandes descubrimientos y todas las ondas eléctricas que debe de haber en la atmósfera se origina un estado de inquietud mental que quizá exija ya un nuevo mensaje a

la Humanidad. No sé, *mister* Poirot, si se ha interesado usted alguna vez por las profecías de las Pirámides.

—No, ciertamente —contestó Poirot.

—Pues le aseguro que son interesantísimas y demuestran que los antiguos egipcios tuvieron una guía especial, pues de otro modo no podría habérseles ocurrido todo eso a ellos solos. Y cuando se profundiza en la teoría de los números y su repetición, se ve todo tan claro que no comprendo cómo puede nadie dudar de su verdad ni un momento.

Mistress Gardener se detuvo triunfalmente, pero ni Poirot ni *miss* Emily Brewster se sintieron inclinados a discutir el asunto.

Poirot observaba melancólicamente sus blancos zapatos de piel de Suecia.

—¿Ha estado usted chapoteando con sus zapatos, *mister* Poirot? —preguntó Brewster.

—¡Ay!, me vi obligado —murmuró Poirot.

Emily Brewster bajó la voz.

—¿Dónde está nuestra vampiresa esta mañana? Parece que se retrasa.

Mistress Gardener levantó la vista de la labor y murmuró:

—Parece un torbellino. No comprendo cómo los hombres pueden volverse tan locos. ¿Y qué pensará el capitán Marshall? Es un hombre flemático, muy inglés y muy reservado. Nunca sabe una en lo que está pensando.

Patrick Redfern se levantó y empezó a pasearse por la playa.

—Parece un tigre —comentó *mistress* Gardener.

Tres pares de ojos le observaban. Sus escrutadoras miradas parecían ponerle más nervioso. Parecía ahora mucho más huraño y malhumorado.

Llegó a los oídos de todos un débil campaneo por la parte de tierra firme.

—El viento vuelve a soplar del Este —murmuró Emily Brewster —. Es una buena señal cuando se oyen las campanas del reloj de una iglesia.

Nadie dijo nada más hasta que *mister* Gardener volvió con el ovillo de lana púrpura que había ido a buscar.

—¡Cuánto has tardado, Odell!

—Lo siento, querida; pero no estaba en la cómoda. Lo encontré

en el ropero.

—¡Cómo! ¿No es extraordinario? Habría jurado que lo puse en el cajón de la cómoda. Creo que ha sido una suerte que nunca haya tenido que declarar ante un Tribunal. Me moriría de angustia en el caso de que no lograse recordar algo con exactitud.

—*Mistress* Gardener es muy escrupulosa —afirmó *mister* Gardener.

5

Fue cinco minutos más tarde cuando Patrick Redfern insinuó:

—¿No irá usted a remar esta mañana, *miss* Brewster? ¿Me permitiría que fuese con usted?

—¡Encantada! —dijo *miss* Brewster cordialmente.

—Podíamos dar la vuelta a la isla —propuso Redfern.

Miss Brewster consultó su reloj.

—¿Tendremos tiempo? ¡Oh, sí!, no son más que las once y media. Vamos, pues.

Bajaron juntos a la orilla.

Patrick Redfern ocupó el primer turno a los remos. Remaba con poderosos golpes y el bote avanzaba rápidamente.

—Veremos si puede usted mantener mucho tiempo ese esfuerzo —dijo Emily Brewster.

Él se echó a reír. Su humor había mejorado.

—Cuando regresemos probablemente tendré una buena cosecha de ampollas —dijo, sacudiendo la cabeza para echarse hacia atrás el negro pelo—. ¡Qué maravilloso día! Cuando en Inglaterra se da un verdadero día de verano no hay nada que lo iguale.

—En mi opinión, —rio *miss* Brewster—, nada de Inglaterra puede igualarse. Es el único sitio del mundo en que vale la pena vivir.

—Estoy de acuerdo con usted.

Rodearon la punta de la bahía hacia, el Oeste y remaron a lo largo de la escollera. Patrick Redfern miró hacia arriba.

—¿Habrá alguien en Sunny Ledge esta mañana? Sí, allí veo una sombrilla. ¿De quién será?

—Creo que de *miss* Darnley —dijo Emily Brewster—. Se ha

comprado uno de esos chirimbolos japoneses.

Siguieron costeando. A su izquierda se abría el mar libre, infinito.

—Debemos ir por el otro lado —dijo *miss* Brewster—. Por aquí tenemos la corriente en contra.

—Hay muy poca corriente. He venido nadando hasta aquí y nunca me he dado cuenta de ella. De todos modos no habríamos podido ir por el otro lado. La calzada no estaría cubierta.

—Eso depende de la marea, naturalmente. Dicen que es peligroso bañarse en la Ensenada del Duende si se aleja uno demasiado nadando. ¿Es cierto?

Patrick remaba vigorosamente todavía. Al mismo tiempo iba observando los riscos.

«Busca a la Marshall, pensó Emily Brewster de pronto. Por eso quiso venir conmigo. Ella no ha comparecido esta mañana y él se siente intrigado. Probablemente ella lo habrá hecho a propósito. Es un movimiento del juego… para que él se interese más».

Rodearon el pequeño promontorio de rocas al sur de la pequeña bahía llamada Ensenada del Duende. Era como una diminuta caleta rodeada de rocas que punteaban fantásticamente la playa. Era un lugar favorito para meriendas, pero por las mañanas, cuando no daba el sol, no era apetecible y rara vez había alguien allí.

En aquella ocasión, no obstante, había una figura sobre la playa.

Patrick Redfern dejó de remar y frenó el bote.

—¿Quién es? —preguntó en tono que quiso ser indiferente.

—Parece *mistress* Marshall —contestó *miss* Brewster.

—¡Es verdad! —exclamó Redfern como sorprendido por la idea.

Varió el rumbo y remó hacia la orilla.

—¿Pero vamos a desembarcar aquí? —protestó Emily Brewster.

—Tenemos tiempo sobrado —dijo apresuradamente Patrick Redfern.

La miró a los ojos, y la humilde súplica que leyó en ellos como de perro abandonado, hizo enmudecer a Emily Brewster. «Pobre muchacho, pensó, le ha dado fuerte. Por ahora no tiene remedio, pero se le pasará con el tiempo; estoy muy segura».

El bote iba aproximándose rápidamente a la playa.

Arlena Marshall estada tendida boca abajo sobre la arena con los brazos extendidos. La yola estaba volcada cerca de allí.

La actitud de Arlena Marshall era la de una bañista de sol. Se había tendido de aquel mismo modo muchas veces en la playa junto al hotel, abierta de brazos y piernas, su bronceado cuerpo al aire, protegidos cuello y cabeza por el sombrero de cartón jade.

Pero no daba el sol en la playa del Duende ni daría hasta pasadas algunas horas. Unos riscos saledizos protegían la playa del sol ardiente durante la mañana. Un vago sentimiento de aprensión se apoderó de Emily Brewster.

El bote se encalló en la orilla.

—¡Hola, Arlena! —gritó Patrick Redfern.

Y entonces el presentimiento de Emily Brewster tomó forma definida. La figura tendida en la arena ni se movió ni contestó.

Emily vio el brusco cambio del rostro de Patrick Redfern. El joven saltó del bote y ella le siguió. Arrastraron el bote tierra adentro y echaron a correr playa arriba hasta el sitio en que yacía, blanca e inmóvil, la figura de una mujer.

Patrick Redfern llegó el primero, pero Emily Brewster no quedó muy atrás.

La joven vio, como se ve en un sueño, las bronceadas piernas, el blanco traje de baño sin espalda, un bucle de cabellos rojizos escapándose por debajo del sombrero verde jade… Pero vio también algo más: el curioso y forzado ángulo de los brazos extendidos. Comprendió entonces que aquel cuerpo no se había *tendido* allí, sino que lo habían *arrojado*…

Oyó la voz de Patrick: una especie de murmullo con temblores de espanto. El joven se arrodilló junto a la inmóvil forma, tocó la mano, el brazo…

—¡Dios mío, está muerta! —musitó tembloroso. Y luego, al levantarle un poco la cabeza, para examinarle el cuello—: ¡Oh, Dios, la han estrangulado… asesinado!

6

Fue uno de esos momentos en que parece haberse detenido el tiempo.

Con una extraña sensación de irrealidad Emily Brewster oyó su propia voz que decía:

—No debemos tocar nada… hasta que llegue la policía.

La respuesta de Redfern se produjo mecánicamente.

—No… no, claro que no. —Y luego en un murmullo de agonía —: ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién pudo hacer esto a Arlena? ¡No puede ser cierto!

Emily Brewster movió la cabeza, sin saber qué contestar.

—¡Oh, Dios, si tuviera entre mis manos al miserable que la mató! —le oyó decir entre dientes, conteniendo la rabia.

Emily Brewster se estremeció. Su imaginación sonó un asesino al acecho detrás de una de las rocas. Y entonces oyó su propia voz que decía:

—Quien lo hizo quizá se encuentra escondido por aquí. Hay que avisar a la policía. Quizá —titubeó— uno de nosotros debiera quedarse con… con el cadáver.

—Yo me quedaré —se ofreció Patrick Redfern.

Emily Brewster dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. No era mujer capaz de confesar que sentía miedo, pero se alegraba secretamente de no tener que permanecer sola en aquella playa ante la posibilidad de haber un loco homicida escondido detrás de alguna roca.

—Bueno —dijo—, tardaré lo menos posible. Iré en el bote. Hay un alguacil en Leathercombe Bay.

Patrick Redfern murmuró mecánicamente:

—Sí, sí… lo que crea usted mejor.

Mientras remaba vigorosamente para alejarse de la orilla, Emily Brewster vio que Patrick se dejaba caer de rodillas junto a la muerta y hundía la cabeza entre las manos. Había algo de tan desesperado abandono en su actitud que sintió involuntaria simpatía. Era como un perro que contemplaba a su amo muerto. No obstante, el sentido común de *miss* Brewster empezó a musitarle al oído; «Es lo mejor que pudo suceder para él y para su mujer… pero no creo que el pobre diablo lo comprenda de ese modo».

Emily Brewster era mujer que sabía razonar en caso necesario.

Capítulo V

1

El inspector Colgate se mantuvo un poco apartado, esperando que el forense terminase de examinar el cadáver de Arlena. Patrick Redfern y Emily Brewster se situaron un poco más lejos.

El doctor Neasdon abandonó su posición de rodillas con un rápido y diestro movimiento.

—Estrangulada y por un poderoso par de manos —dijo—. No parece que ella ofreciera mucha resistencia. La cogieron por sorpresa. Hum… mal asunto.

Emily Brewster aventuró una mirada, pero desvió rápidamente los ojos del rostro de la muerta. Era horrible aquella expresión convulsa.

—¿A qué hora ocurriría la muerte? —preguntó el inspector Colgate.

—Sin conocer más detalles no puedo decirlo concretamente —contestó Neasdon con cierto malhumor—. Hay que tener en cuenta muchos factores. Veamos. Ahora es la una. ¿Qué hora era cuando la encontraron ustedes?

Patrick Redfern, a quien iba dirigida la pregunta, contestó vagamente:

—Un poco antes de las doce. No lo sé con exactitud.

—Eran exactamente las doce menos cuarto cuando descubrimos que estaba muerta —dijo Emily Brewster.

—Ah, y ustedes vinieron hasta aquí en bote. ¿Qué hora era cuando vieron por primera vez el cuerpo tendido en la playa?

Emily Brewster reflexionó unos momentos.

—Aseguraría que doblamos la punta unos cinco o seis minutos

antes —se volvió a Redfern—. ¿Está usted conforme?

—Sí, sí… esa hora sería —dijo él vagamente. Neasdon preguntó al inspector en voz baja:

—¿Es el marido? ¡Oh! Comprendo mi equivocación. Me lo pareció al ver su estado de ánimo.

Levantó la voz y añadió en tono oficial:

—Pongamos las doce menos veinte minutos. No pudo ser muerta mucho antes. Las once menos cuarto es en mi opinión la hora límite más temprana.

El inspector cerró de golpe su cuaderno de notas.

—Gracias —dijo—. Eso nos ayudaría considerablemente, Tendríamos que movernos dentro de límites muy estrechos… menos de una hora en total. Hasta ahora el asunto se presenta bastante claro —añadió dirigiéndose a *mistress* Brewster—. Usted es *miss* Emily Brewster, y este señor es *mister* Patrick Redfern, ambos hospedados en el Jolly Roger Hotel. ¿Identifican ustedes a esta señora como una compañera de hospedaje, esposa de un tal capitán Marshall?

Emily Brewster hizo un gesto afirmativo.

—Entonces, creo que debemos aplazar el interrogatorio hasta reunimos todos en el hotel —el inspector hizo seña a un agente—. Hawkes, quédese aquí y no permita que nadie entre en la ensenada. Más tarde enviaré a Phillips.

2

—¡Qué sorpresa encontrarle a usted aquí! —exclamó el coronel Weston.

Hércules Poirot correspondió al saludo del jefe de Policía de manera adecuada.

—¡Muchos años han pasado desde aquel asunto de Saint Loo!

—No lo he olvidado, sin embargo —dijo Weston—. La mayor sorpresa de mi vida. Lo que todavía no he comprendido es el modo que tuvo usted de aclarar aquel fúnebre asunto. Absolutamente fuera de regla todo él. ¡Fantástico!

—*Tout de même, mon colonel* —dijo Poirot—. Dio el resultado

apetecido, ¿no fue así?

—Sí, sí; pero sigo sosteniendo que podríamos haber llegado al mismo final con métodos más ortodoxos.

—Es posible —convino Poirot diplomáticamente.

—Y otra vez le encuentro aquí como testigo casi presencial de otro asesinato —dijo el coronel—. ¿Tiene usted ya formada alguna opinión?

—Nada en concreto… pero el asunto es interesante —contestó lentamente Poirot.

—¿Nos echará usted una mano?

—¿Me lo permitiría usted?

—Me encantaría su colaboración, querido. Todavía no poseo suficientes elementos para decidir si es o no es un caso para Scotland Yard. A primera vista parece como si nuestro asesino se encontrase dentro de un radio muy limitado. Por otra parte, toda esta gente es forastera. Para averiguar sus antecedentes y sus móviles habría que acudir a Londres, señor Poirot.

—Sí, es cierto —dijo el detective.

—En primer lugar —prosiguió Weston—, tenemos que averiguar quién vio viva por última vez, a la víctima. La camarera le entró el desayuno a las nueve. La muchacha del escritorio la vio atravesar el vestíbulo y salir a eso de las diez…

—Amigo mío —interrumpió Poirot—, sospecho que soy el hombre que usted busca.

—¿La vio usted esta mañana? ¿A qué hora?

—A las diez y cinco. La ayudé a botar su yola desde la playa.

—¿Y se alejó en ella?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Vio usted qué dirección tomó?

—Remó hasta doblar aquella punta de la derecha.

—¿O sea en dirección a la Ensenada del Duende?

—Sí.

—¿Y qué hora era entonces?

—Afirmaría que abandonó la playa a las diez y cuarto.

—¿Cuánto tiempo cree que emplearía en llegar a la ensenada?

—Oh, no soy perito en la materia. Nunca me confío a un bote ni

me juego la vida en una yola. ¿Qué le parece media hora?

—Eso es lo que yo había calculado —dijo el coronel—. No se daría mucha prisa, supongo. Si llegó allí a las once menos cuarto, se ajusta a lo que ya conocemos.

—¿A qué hora sugiere el forense que murió?

—Oh, Neasdon no quiere comprometerse. Es un hombre cauto. Las once menos cuarto, como más temprano, es el límite extremo que fija.

—Hay otro punto que debo mencionar —dijo Poirot—. Al marchar, me pidió *mistress* Marshall que no dijese que la había visto.

Weston le miró perplejo.

—Hum —rezongó—, ¿no le parece algo extraño?

—Sí —contestó Poirot—, eso me pareció también.

Weston se retorció el bigote.

—Mire, Poirot. Usted es un hombre de mundo. ¿Qué clase de mujer era *mistress* Marshall?

Apareció una leve sonrisa en los labios de Poirot.

—¿No se lo han dicho a usted todavía? —preguntó.

—Sé lo que dicen de ella las mujeres —contestó el coronel—. Lo que dudo es que digan la verdad. ¿Coqueteaba con ese tal Redfern?

—Indudablemente, sí.

—¿Vino siguiéndola hasta aquí?

—Existen razones para suponerlo.

—¿Y el marido? ¿Estaba enterado? ¿Qué dice?

—Es difícil saber lo que el capitán Marshall siente o piensa. Es un hombre que no deja traslucir sus emociones.

—Pero, así y todo, puede tenerlas —replicó vivamente Weston.

—Oh, sí, puede tenerlas —convino Poirot.

3

El coronel Weston empleó todo su tacto para interrogar a *mistress* Castle.

Mistress Castle era la dueña y directora del Jolly Roger Hotel. Era una mujer de unos cuarenta años, muy corpulenta, cabellos color rojo arrebatado, y una refinada manera de hablar casi

ofensiva.

—¡Qué haya sucedido tal cosa en mi hotel! —se lamentaba—. ¡Estoy segura de que siempre ha sido el lugar más tranquilo imaginable! La gente que viene aquí es toda muy diferente. Nada de alborotos… Ya comprenderá usted lo que quiero decir. No sucede en mi hotel lo que en los grandes establecimientos de Saint Loo.

—No lo dudo, *mistress* Castle —dijo el coronel Weston—, pero un accidente puede ocurrir también en el hotel mejor regentado.

—El inspector Colgate sabe —añadió *mistress* Castle, dirigiendo una suplicante mirada al policía— lo respetuosa que soy para con las leyes. ¡Jamás se ha descubierto en mi hotel ninguna irregularidad!

—No lo dudo, no lo dudo —repitió Weston—. No la censuraremos a usted en modo alguno, *mistress* Castle.

—Pero estos sucesos perjudican a mi establecimiento —dijo *mistress* Castle, enjugándose la frente—. Cuando pienso en los curiosos, me echo a temblar. Por supuesto que sólo a los huéspedes del hotel se les permite estar en la isla, pero de todos modos acudirá muchísima gente a curiosear desde la orilla.

El inspector Colgate vio su oportunidad para desviar la conversación por otros rumbos.

—Examinemos ese punto —dijo— el del acceso a la isla. ¿Cómo va usted a mantener alejada a la gente?

—Es algo con lo que no pienso transigir —afirmó la mujer.

—Sí, ¿pero qué medidas va usted a tomar? En verano la gente dominguera pulula por todas partes como moscas.

Mistress Castle se estremeció ligeramente.

—Eso es culpa de las agencias de turismo —dijo—. Yo he visto dieciocho autocars estacionados a un tiempo en el muelle de Leathercombe Bay. ¡Dieciocho!

—¿Y cómo va usted a impedirles que vengan?

—He puesto cartelones prohibiendo la entrada. Y, además, en la marea alta, quedamos completamente aislados.

—Pero ¿y la marea baja?

Mistress Castle explicó las medidas adoptadas. En el extremo insular de la calzada había una verja y en ella un letrero que decía: «Jolly Roger Hotel. Particular. Única entrada al hotel». Las rocas que se elevaban del mar a uno y otro lado no eran fáciles de escalar.

Pero se puede tomar un bote —arguyó el inspector— y dar un rodeo remando hasta desembarcar en una de las calas que tanto abundan. Ustedes no podrán impedir que los curiosos lo hagan así. Hay derecho de acceso a la otra parte de la isla. No se puede impedir que la gente se estacione en la playa entre la alta y la baja marea.

Pero esto, al parecer, sucedía raras veces. Se podían alquilar botes en el muelle de Leathercombe Bay, pero había que remar mucho desde allí hasta la isla y vencer además una fuerte corriente.

Existían también avisos parecidos tanto en la Ensenada de las Gaviotas como en la del Duende, junto a la escalerilla. *Mistress* Castle añadió que había siempre dos criados vigilando la playa de baños, que era la más próxima al continente.

—George y William. George vigila la playa y cuida de las ropas y de los patines. William es el jardinero y tiene a su cargo la limpieza de los senderos, de las pistas de tenis y todo lo demás.

—Bien, eso parece suficientemente aclarado —dijo impaciente el coronel Weston—. No se puede asegurar que nadie consiga penetrar en la isla desde el exterior, pero quien lo hiciera corre un riesgo: el de ser visto. Hablaremos con George y William ahora mismo.

—A mí no me agradan los excursionistas —prosiguió *mistress* Castle—. Son gente ruidosa que deja con frecuencia cáscaras de naranja y fundas de cigarrillos entre las rocas, pero nunca pude imaginarme que entre ellos pudiera encontrarse un asesino. ¡Oh, es demasiado terrible para expresarlo en palabras! Una señora como *mistress* Marshall asesinada y, lo que es más horrible, estrangulada...

Sólo con un supremo esfuerzo consiguió *mistress* Castle pronunciar la palabra.

—Sí, es algo espantoso —convino el inspector Colgate.

—Y los periódicos. ¡Mi hotel en los periódicos!

—En cierto modo, resulta un buen anuncio —se atrevió a insinuar el inspector.

—No es ésa la clase de anuncios que necesitamos, *mister* Colgate —protestó la robusta señora, con la cara roja de indignación.

El coronel Weston se apresuró a intervenir.

—Permítame una pregunta, *mistress* Castle: ¿tiene usted la lista de sus huéspedes que le pedí?

—Sí, señor.

El coronel Weston repasó el registro del hotel. De vez en cuando, mientras leía, lanzaba una mirada a Poirot, que formaba el cuarto miembro del grupo reunido en el despacho de la gerencia.

—En esto nos podrá usted ser muy útil probablemente —dijo a Poirot.

Terminó de leer los nombres.

—¿Que hay de la servidumbre? —preguntó.

Mistress Castle sacó una segunda lista.

—Hay cuatro camareras, el jefe de comedor y tres hombres a sus órdenes, y Henry, que atiende el bar. William se encarga de limpiar el calzado. Tenemos también una cocinera y dos mujeres como ayudantes.

—¿Qué hay de los camareros?

Albert, el *maître* del hotel, me fue recomendado por el Hotel Vincent & Plymouth. Estuvo allí algunos años. Los tres hombres a sus órdenes llevan aquí tres años. Uno de ellos cuatro. Son buenos muchachos y muy respetuosos. Henry está a mi servicio desde que se abrió el hotel. Es toda una institución.

—No parece haber nada sospechoso —dijo Weston a Colgate—. De todos modos, comprobará usted los antecedentes de esta gente. Gracias, *mistress* Castle.

—¿No necesita usted nada más?

—Esto es todo por el momento.

Mistress Castle abandonó el despacho.

—Lo primero que hay que hacer es hablar con el capitán Marshall —dijo Weston.

4

Kenneth Marshall contestó tranquilamente a las preguntas que se le hicieron. Aparte un ligero endurecimiento de sus facciones, estaba completamente tranquilo. Visto a la luz del sol que penetraba por la ventana, se daba uno cuenta de que era un hombre gallardo. La nobleza de sus facciones, el azul de sus ojos y la firmeza de la boca formaban un conjunto casi perfecto. Su voz era profunda y agradable.

—Comprendo perfectamente, capitán Marshall —empezó

diciendo el coronel Weston—, el golpe terrible que esto representa para usted. Pero comprenderá que siento ansiedad por conseguir la información más completa posible.

—Me doy cuenta. Prosiga —dijo lacónicamente Marshall.

—¿La señora Marshall era su segunda esposa?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo llevaban ustedes casados?

—Poco más de cuatro años.

—¿Cómo se llamaba su esposa antes de contraer matrimonio?

—Helen Stuart. Su nombre artístico era Arlena Stuart.

—¿Era actriz?

—Actuó en algunas revistas y piezas musicales.

—¿Renunció a la escena a causa de su matrimonio?

—No. Continuó actuando. Se retiró en realidad hará año y medio.

—¿Hubo alguna razón especial para ese retiro?

Kenneth Marshall pareció reflexionar.

—No —contestó al fin—. Dijo sencillamente que estaba cansada y se retiró.

—¿No fue obedeciendo a algún deseo especial de usted?

Marshall enarcó las cejas.

—¡Oh, no!

—¿Usted estaba completamente conforme en que siguiese actuando después de su matrimonio?

Marshall sonrió débilmente.

—Hubiera preferido que renunciase, es cierto. Pero no hice hincapié.

—¿Ni fue motivo de disensiones entre ustedes?

—Ciertamente que no. Mi esposa era libre de hacer lo que quisiera.

—Y… ¿el matrimonio fue feliz?

—Ciertamente —contestó Kenneth Marshall con gran frialdad.

El coronel Weston hizo una pausa antes de continuar.

—Capitán Marshall, ¿tiene usted alguna idea de quién pudo posiblemente matar a su esposa?

La respuesta surgió sin el menor titubeo.

—Ninguna.

—¿Tenía enemigos?

—Posiblemente.

—¡Ah!

—No interprete mal mis palabras, señor —le atajó el otro rápidamente—. Mi esposa era una actriz. Era también una mujer muy agraciada. Por ambas cualidades fue causa de envidias y celos. Había habladurías, rivalidades por parte de otras mujeres, manifestaciones de envidia, odio, malicia y toda clase de sentimientos poco caritativos. Pero esto no es decir que hubiese alguien capaz de asesinarla deliberadamente.

Hércules Poirot habló por primera vez.

—¿Lo que usted quiere decir realmente, señor, es que sus enemigos eran en su mayoría, o enteramente, *mujeres*?

Kenneth Marshall le miró de reojo.

—Sí —dijo—. Eso es.

—¿Sabe usted de algún hombre que le tuviese rencor? —preguntó el coronel.

—No.

—¿Tuvo su esposa conocimiento previo con alguien, de este hotel?

—Creo que conoció a *mister* Redfern antes… en una fiesta particular. No conocía a nadie más, que yo sepa.

Weston hizo una pausa. Pareció deliberar sobre si debía seguir con el tema. Decidió lo contrario y prosiguió, preguntando:

—Vamos ahora con lo de esta mañana. ¿Cuándo vio usted a su esposa por última vez?

Marshall reflexionó unos momentos.

—Me asomé a su cuarto cuando bajé a desayunar…

—Perdóneme: ¿ocupaban ustedes habitaciones separadas?

—Sí.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Debían de ser alrededor de las nueve.

—¿Qué estaba haciendo su esposa?

—Abriendo su correspondencia.

—¿Le dijo algo?

—Nada de interés particular. «Buenos días», «qué hermoso día hace» o algo por el estilo.

—¿De qué humor se encontraba? ¿Desacostumbrado?

—No: perfectamente normal.

—¿No parecía excitada, deprimida o nerviosa?

—Ciertamente que no lo advertí.

Intervino Poirot:

—¿No hizo mención del contenido de alguna de sus cartas, acaso?

Volvió a aparecer una leve sonrisa en los labios del capitán Marshall.

—Me parece recordar que dijo que todas eran facturas.

—¿Su esposa desayunó en la cama?

—Sí.

—¿Lo hacía siempre así?

—Invariablemente.

—¿A qué hora bajaba por lo general?

—Entre diez y once… se dejaba ver; más bien cerca de las once.

—Si hubiese bajado a las diez en punto, ¿sería algo sorprendente? —preguntó Poirot.

—Sí. Rara vez bajaba a hora tan temprana.

—Pues lo hizo esta mañana. ¿A qué cree usted que se debió, capitán Marshall?

—No tengo la menor idea. Quizá a causa del tiempo, que fue extraordinariamente hermoso.

—¿La echó usted de menos?

Kenneth Marshall se agitó ligeramente en su silla.

—Volví a asomarme a su cuarto después de desayunar —contestó—. La habitación estaba vacía. Me sorprendió un poco.

—Y entonces bajó usted a la playa y me preguntó si había visto a su esposa.

—En efecto —confirmó Marshall, y añadió con un ligero énfasis en la voz—: Y usted dijo que no…

Los inocentes ojos de Hércules Poirot no le traicionaron. El detective se acarició suavemente sus largos y engomados bigotes.

—¿Tenía usted alguna razón especial para querer encontrar a su esposa esta mañana? —preguntó Weston.

Marshall posó amistosamente su mirada en el jefe de policía.

—No —contestó—; únicamente tenía curiosidad por saber dónde se encontraba.

Weston apartó su silla ligeramente, y su voz adoptó otro tono.

—Hace un momento —dijo—, mencionó usted que su esposa

conocía a *mister* Patrick Redfern. ¿Esta amistad era muy íntima?

—¿Me permite que fume? —preguntó el capitán, metiéndose una mano en el bolsillo—. ¡Caramba! He olvidado mi pipa.

Poirot le ofreció un cigarrillo, que aceptó. Después de encenderlo volvió a dirigirse al coronel.

—Me estaba usted hablando de Redfern. Mi esposa me dijo que le había conocido en no sé qué fiesta mundana.

—¿Fue entonces un conocimiento casual?

—Eso creo.

—En ese caso… —El coronel hizo una pausa—. Tengo entendido que esa amistad se había hecho un poco más íntima pasado el tiempo…

—¿Eso es lo que tiene usted entendido? —preguntó Marshall con viveza—. ¿Quién se lo dijo a usted?

—Es la chismografía vulgar del hotel.

Por un momento la mirada de Marshall se fijó en Hércules Poirot con fría cólera.

—La chismografía del hotel —exclamó— es generalmente un tejido de mentiras.

—Posiblemente. Pero supongo que *mister* Redfern y su esposa darían algún fundamento para que circulara esa chismografía.

—¿Qué fundamento?

—Estaban constantemente juntos.

—¿Eso es todo?

—¿No niega usted que era así?

—Quizá lo fuese. Yo, realmente, no le di importancia.

—Perdone la pregunta, capitán Marshall: ¿no hizo usted nunca objeción alguna a la amistad de su esposa con *mister* Redfern?

—No tenía la costumbre de criticar la conducta de mi mujer.

—¿No protestó usted de algún modo?

—Ciertamente que no.

—¿Ni aun al notar que el asunto iba convirtiéndose en objeto de escándalo?

—Yo sólo me ocupo de mis asuntos —replicó altivamente Kenneth Marshall—, y espero que los demás hagan lo propio con los suyos. No escucho habladurías ni chismes de comadres.

—No negará usted que *mister* Redfern admiraba a su esposa…

—No dudo que la admirase. Todo el mundo hacía lo mismo. Era

una mujer bellísima.

—¿Pero usted estaba persuadido de que no había nada serio en el asunto?

—Nunca me pasó por la imaginación.

—¿Y si hubiese un testigo que declarara que existía entre ellos una gran intimidad?

La mirada de los ojos azules se posó de nuevo en Hércules Poirot. Y de nuevo una expresión de desdén asomó a aquel rostro generalmente impasible.

—Si quiere dar oídos a esas habladurías, allá usted —dijo con calma—. Mi mujer ha muerto y no puede defenderse.

—¿Debo entender que usted, personalmente, no las cree?

Por primera vez pudo observarse en la frente de Marshall un ligero sudor.

—Me propongo no creer nada por el estilo —dijo, y añadió como queriendo desviar la conversación—: ¿No se estará usted apartando de lo esencial de este asunto? Que crea yo o que no crea ciertas cosas, apenas tiene importancia ante el claro hecho del asesinato.

Hércules Poirot contestó antes de que ninguno de los otros pudiera hablar.

—Se equivoca usted, capitán Marshall. No hay tal claro hecho de asesinato. Nueve veces de cada diez, en el asesinato tiene su origen el carácter y circunstancias de la persona asesinada. ¡La víctima fue asesinada *porque* era así o de la otra manera! Hasta que no sepamos *completa y exactamente qué clase de persona era Arlena Marshall*, no podremos ver clara y exactamente *la clase de persona que la asesinó*. Esto explica la necesidad de nuestras preguntas.

Marshall se dirigió al jefe de policía.

—¿Es usted de la misma opinión? —le preguntó.

Weston vaciló un poco.

—Hasta cierto punto… es decir…

Marshall soltó una breve carcajada.

—Ya sabía yo que no estaría usted conforme —dijo—. Esta clase de teorías constituye la especialidad de *mister* Poirot, según creo.

—Puede usted al menos congratularse —replicó Poirot sonriendo— de no haber hecho nada por ayudarme.

—¿Qué quiere usted con eso?

—¿Qué nos ha dicho usted de su mujer? Poco más de nada. Nos ha dicho usted solamente lo que todos podían ver por sí mismos: que era bella y admirada, y nada más.

Kenneth Marshall se encogió de hombros y se limitó a decir:

—Usted está loco.

Luego miró al coronel Weston y preguntó con énfasis:

—¿Desea preguntarme algo más, señor?

—Sí, capitán Marshall: la distribución de su tiempo esta mañana: haga el favor.

Kenneth hizo un gesto de conformidad. Se veía que ya esperaba aquello.

—Desayuné abajo a eso de las nueve, como de costumbre, y leí el periódico. Después, como le dije, subí a la habitación de mi mujer y vi que se había marchado. Bajé a la playa, me acerqué a *mister* Poirot y le pregunté si la había visto. Luego tomé un corto baño y volví a subir al hotel. Serían entonces… déjeme que piense… sí, las once menos veinte, aproximadamente. Vi el reloj en la antesala. Subí a mi habitación, pero la camarera no había terminado de arreglarla. Le dije que terminase lo antes posible. Tenía que escribir algunas cartas que deseaba enviar por el primer correo. Volví a bajar y cambié unas palabras con Henry en el bar. A las once menos diez minutos volví a subir a mi habitación. Allí escribí mis cartas. Estuve escribiendo hasta las doce menos diez. Luego me puse los avíos del tenis, pues estaba citado para jugar un partido a las doce. El día anterior habíamos reservado la cancha.

—¿Quiénes iban a jugar?

—*Mistress* Redfern, *miss* Darnley, *mister* Gardener y yo. Bajé a las doce y me dirigí al campo. *Miss* Darnley ya estaba allí con *mister* Gardener. *Mistress* Redfern llegó unos minutos después. Jugamos al tenis una hora. Y cuando regresamos al hotel… recibí la noticia.

—Gracias, capitán Marshall. Como pura formalidad: ¿hay alguien que pueda corroborar el hecho de que estuvo usted escribiendo a máquina en su cuarto entre las once menos veinte y las doce menos diez?

—¿Sospecha usted que maté a mi mujer? —preguntó Marshall con leve sonrisa—. Veamos. La camarera se disponía a arreglar las habitaciones. Tuvo que oír el teclear de la máquina. Tengo también las cartas, que, con todo este trastorno, me olvidé de echarlas al

Correo. Supongo que serán una prueba como otra cualquiera.

Sacó tres cartas del bolsillo. Tenían puesta la dirección, pero no los sellos.

—Su contenido —añadió— es estrictamente confidencial. Pero tratándose de un caso de asesinato, se ve uno obligado a confiar en la discreción de la policía. Estas cartas contienen nóminas y diversos informes financieros. Confío en que si dedica usted uno de sus hombres a copiarlas a máquina, no empleará en ello mucho menos de una hora.

—No se trata de sospechas —dijo amablemente Weston—. Todos los habitantes de la isla tendrán que justificar sus movimientos entre las once menos cuarto y las doce menos veinte de esta mañana.

—Lo comprendo —dijo Kenneth Marshall.

—Otra cosa, capitán Marshall —añadió Weston—. ¿Sabe usted algo de cómo dispuso los bienes que tenía?

—¿Se refiere usted a un testamento? No creo que hiciera nunca testamento.

—¿Pero no está usted seguro?

—Sus apoderados son Barkett Markett & Applebood, Bedfor Square. Ellos intervienen en todos sus contratos, y demás. Pero estoy casi seguro de que nunca hizo testamento. En cierta ocasión dijo que le daba escalofríos pensar en tal cosa.

—En ese caso, si ha muerto sin testar, usted, como marido, heredaría sus bienes.

—Sí, supongo que sí.

—¿Tenía ella parientes?

—No lo creo. Si los tenía, nunca los mencionó. Sé que sus padres murieron cuando ella era una chiquilla y que no tenía hermanos.

—Probablemente no tendría mucho que dejar…

—Al contrario —replicó Kenneth Marshall—. Sir Robert Erskine, antiguo amigo suyo, murió y le dejó gran parte de su fortuna. Ascendía, me parece, a unas cincuenta mil libras.

El inspector Colgate levantó la cabeza, pintada la sospecha en su mirada. Hasta entonces había guardado silencio.

—Entonces, ¿su esposa era realmente una mujer rica, capitán Marshall? —preguntó.

Marshall hizo un gesto de indiferencia.

—Supongo que lo sería.

—¿Y sigue usted creyendo que no hizo testamento?

—Puede usted preguntar a sus apoderados. Pero estoy casi seguro de que no. Lo creía de mal agüero.

Hizo una pausa y luego añadió:

—¿Algo más?

Weston hizo un gesto negativo.

—Creo que no… ¿verdad, Colgate? No. Permítame una vez más, capitán Marshall, que le exprese todo mi sentimiento por la desgracia sufrida.

—Oh, muchas gracias.

Marshall se puso en pie y abandonó la habitación.

5

Los tres hombres se miraron.

—Es templado el amigo —contestó Weston—. No ha sido posible sacarle nada. ¿Qué le ha parecido, Colgate?

El inspector hizo un gesto de desaliento.

—Es difícil de decir. Es un individuo de esos que no dejan traslucir nada. En el estrado de testigos causan muy mala impresión, aunque en realidad se les trata muy injustamente. A veces dicen la verdad y, sin embargo, no pueden demostrarlo. Esa manera de ser fue causa de que el jurado dictase un veredicto de culpabilidad contra Wallace. La prueba careció de importancia, pero el jurado no se decidió a creer que un hombre pudiera perder a su mujer y hablase y actuase tan fríamente.

Weston se dirigió a Poirot.

—¿Qué opina usted, Poirot?

Hércules Poirot levantó las manos.

—¿Qué puede uno decir? —exclamó—. Ese hombre es una caja hermética… una ostra cerrada. Ha elegido su papel. No ha oído nada, no ha visto nada, ¡no sabe nada!

—Tenemos toda una colección de móviles —dijo Colgate.

—Existe el móvil de los celos y el móvil del dinero. En cierto modo, y en este caso, el marido debe ser el sospechoso número uno. Es el primero en quien se piensa. Si sabía que su mujer coqueteaba

descaradamente…

—Opino que lo sabía —interrumpió Poirot.

—¿Por qué lo dice usted?

—Anoche estuve hablando con *mistress* Redfern en Sunny Ledge. Desde allí regresé al hotel y en el camino tropecé con *mistress* Marshall y Patrick Redfern unos momentos después, encontré al capitán Marshall. Tenía la cara muy seria, muy pálida… ¡Oh, estoy seguro de que lo sabía todo!

—Oh, bien; si usted lo cree así… —rezongó Colgate, dudando.

—¡Estoy seguro! Pero de todos modos, ¿qué nos dice eso? ¿Qué sentía Kenneth Marshall por su esposa?

—Su muerte la toma con bastante frialdad —comentó el coronel Weston.

—A veces —intervino el inspector— estos individuos tranquilos son en el fondo los seres más violentos. Marshall es posible que estuviese locamente enamorado de su mujer… y locamente celoso. Pero no es de los que lo dejan traslucir.

—Sí, es posible —dijo lentamente Poirot—. Es un carácter muy interesante este capitán Marshall. A mí, al menos, me interesa muchísimo. ¿Y su coartada?

—¿La de la máquina de escribir? —rio Weston—. ¿Qué tiene usted que decir a eso, Colgate?

—Pues que no me convence del todo. Es demasiado *natural*. No obstante, si encontramos a la camarera que arregló la habitación y dice que oyó todo el tiempo cómo funcionaba la máquina, tendremos que confesar que la coartada es buena y buscar por otra parte.

—¡Hum! —rezongó el coronel Weston—. ¿Y qué vamos a buscar?

6

Los tres hombres examinaron la cuestión durante unos minutos.

El inspector Colgate habló el primero.

—El problema queda reducido a esto: ¿fue un extrañó o un huésped del hotel? No elimino a los criados enteramente, que conste, pero no tengo la menor esperanza de que ninguno de ellos

haya intervenido en el asunto. O ha sido un huésped del hotel o alguien venido de fuera; para mí no hay otra disyuntiva. Enfoquemos el asunto de este modo y empecemos por los móviles. En primer lugar, la ganancia. La única persona que podía ganar con su muerte era, al parecer, el marido de la asesinada. ¿Qué otros móviles existen? El primero y principal, los celos. En mi opinión, si algún caso reúne los caracteres de un *crime passionnel*, es éste.

—¡Hay tantas pasiones! —murmuró Poirot mirando al techo.

—El marido de la víctima —prosiguió el inspector Colgate— no ha querido confesar que su mujer tuviese enemigos… verdaderos enemigos; pero yo no lo he dudado un momento, una mujer como ella no tenía más remedio que crearse enemistades terribles. Eh, señor, ¿qué le parece?

—*Mais oui*, que tenía que ser así. Arlena Marshall no tenía más remedio que crearse muchos enemigos. Pero en mi opinión, la hipótesis del enemigo no es sostenible, porque, como ya dije, los enemigos de Arlena Marshall tenían que ser siempre *mujeres*, y no parece posible que este crimen haya sido cometido por una mujer. ¿Qué dice el examen facultativo?

—Neasdon asegura que la víctima fue estrangulada por un hombre —confesó de mala gana Weston—. Grandes manos… poderosa presión. Claro que una mujer de complexión atlética podría haberlo hecho, pero es muy poco probable.

—Exactamente —asintió Poirot—. Arsénico en una taza de té una caja de bombones envenenados… un cuchillo… hasta una pistola… Pero estrangulación, ¡no! Es un hombre lo que tenemos que buscar. Y el asunto no es fácil. Hay en este hotel dos personas que tenían motivos para desear la desaparición de Arlena Marshall, pero ambas son mujeres.

—¿Es la esposa de Redfern una de ellas? —preguntó el coronel Weston.

—Sí. *Mistress* Redfern pudo proponerse matar a Arlena Stuart. Tenía, por decirlo así, amplios motivos. Creo también que a *mistress* Redfern le hubiera sido posible cometer un asesinato. Pero no esta clase de asesinato. A pesar de su desdicha y de sus celos, no es, a mi juicio, mujer de pasiones fuertes. En amor será abnegada y fiel, pero no apasionada. Como acabo de decir, arsénico en una taza de té, posiblemente; estrangulación, ¡no! Estoy también seguro de que es

físicamente incapaz de cometer este crimen, ya que sus manos y pies son más pequeños de lo corriente.

—No, no es el crimen de una mujer —convino Weston—. Tuvo que cometerlo un hombre.

El inspector Colgate tosió.

—Permítame apuntar una solución, señor. Supongamos que antes de conocer a *mister* Redfern, la dama tuvo otro devaneo con alguien que llamaremos X. A este X lo desdeñó por *mister* Redfern. X enloqueció de rabia y celos. La siguió hasta aquí, se alojó en algún sitio de los alrededores, luego entró en la isla y mató a su antigua amada. ¡Es una posibilidad!

—Lo es —convino Weston—. Y de ser cierta, será fácil de probar. ¿El misterioso X vino a pie o en bote? Lo último parece más probable. De ser así, tuvo que alquilar un bote en alguna parte. Ordene que se hagan las correspondientes averiguaciones.

Miró a Poirot y preguntó:

—¿Qué opina usted de la sugestión de Colgate?

—Que deja demasiado lugar a la probabilidad —contestó lentamente Poirot—. Y, además, hay algo en el cuadro que no es verdad. No puedo imaginarme a ese hombre, al hombre que enloqueció de rabia y celos.

—Recuerde usted, señor, que la *cosa* no tiene nada de particular. El caso de Redfern...

—Sí, sí… Pero así y todo.

Colgate miró interrogador.

—Aquí hay algo —añadió Poirot, frunciendo el ceño— que se nos ha pasado inadvertido.

Capítulo VI

1

El coronel Weston leyó en voz alta las páginas del registro del hotel.

Mayor Cowan y señora	**Leatherhead. Regimiento de caballería**
***Miss* Pamela Cowan**	
***Mister* Robert Cowan**	
Señores Masterman:	**5 Malborough Avenue Londres N. W.**
***Mister* Edward Masterman**	
***Miss* Jeniffer Masterman**	
***Mister* Roy Masterman**	
***Master* Frederick Masterman**	
Señores Gardener	**Nueva York**
Señores Redfern	**Crossgates, Seldon, Princess Risborough**
Mayor Barry	**18 Cardon Street, St. James, Londres, S. W. 1.**
***Mister* Horace Blatt**	**5 Pickerkgill Street, Londres, E. C. 2.**
***Mister* Hércules Poirot**	**Whitehaven Mansion's, Londres, W. 1.**
***Miss* Rosamund Darnley**	**8 Cardigan Court, W. 1.**
***Miss* Emily Brewster**	**Southgates, Sunburi-on-Thames**
Rev. Stephen Lane	**Londres**
Capitán Marshall y señora	**73 Upcott Mansion's, Londres, S. W. 7.**
***Miss* Linda Marshall**	

Se detuvo.

—Creo, señor —dijo el inspector Colgate—, que podemos borrar las dos primeras familias. La señora Castle me dijo que los

Masterman y los Cowan vienen aquí regularmente todos los veranos con sus hijos. Esta mañana salieron a pasar el día en el mar y se llevaron la comida. Marcharon poco después de las nueve. Un individuo llamado Andrew Baston los llevó. Lo comprobaremos con él, pero creo que ya desde ahora podemos excluir a esa gente.

Weston asintió.

—De acuerdo. Eliminaremos todos los que podamos. ¿Puede usted hacernos alguna indicación sobre cada uno de los restantes, Poirot?

—Superficialmente, es fácil —dijo Poirot—. Los Gardener son un matrimonio de mediana edad, pacíficos y andariegos. En la conversación todo el gasto lo hace la mujer. Él se limita a asentir. Juega al tenis y al *golf*, y tiene una especie de laconismo que resulta atractivo cuando se acostumbra uno a él.

—No parecen sospechosos —sentenció Weston.

—Luego vienen los Redfern. *Mister* Redfern es joven, atractivo para las mujeres, magnífico nadador, buen jugador de tenis y consumado bailarín. De su esposa ya les he hablado. Es mujer sencilla, bonita dentro de su sencillez y muy enamorada de su marido. Tiene algo de que carecía Arlena Marshall.

—¿Qué es ello?

—Talento.

—El talento no sirve para nada cuando le ciega a uno la pasión —suspiró el inspector Colgate.

—Quizá, no. Y, sin embargo, estoy convencido de que, a pesar de su apasionamiento por *mistress* Marshall, Patrick Redfern quiere realmente a su esposa.

—Bien pudiera ser, señor. No sería la primera vez que eso sucede.

—¡Eso es lo lastimoso del caso! —murmuró Poirot—. El cariño en esas condiciones es lo que más trabajo cuesta hacer creer a las mujeres. El mayor Barry —siguió diciendo Poirot— es un retirado del Ejército de la India. Gran admirador de las mujeres. Recitador de largas y aburridas historias.

—No necesita usted decir más —suspiró el inspector Colgate—. He tenido que aguantar algunas por desgracia.

—*Mister* Horace Blatt —siguió Poirot— es, al parecer, hombre rico. Habla mucho siempre acerca de *mister* Blatt. Quiere ser amigo

de todo el mundo. El detalle es triste, porque nadie le aprecia mucho. Y hay algo más. *Mister* Blatt me hizo anoche muchas preguntas. *Mister* Blatt estaba intranquilo. Hay algo no del todo claro en ese *mister* Blatt.

Hizo una pausa y prosiguió con un cambio de voz:

—Viene a continuación *miss* Rosamund Darnley. Su nombre profesional es Rose Mond, Ltda. Es una afamada modista. ¿Qué diré de ella? Tiene talento, *chic* y simpatía. No es mal parecida. —Hizo una pausa y añadió—: Y es una antigua amiga del capitán Marshall.

—¡Oh, no lo sabía! —exclamó Weston, incorporándose en su asiento.

—No se habían visto desde hace años.

—¿Sabía ella que él iba a venir aquí? —preguntó Weston.

—Dice que no.

Poirot reflexionó unos instantes y prosiguió:

—¿Quién viene ahora? *Miss* Brewster. Yo la encuentro un poco alarmante. Tiene voz de hombre, está siempre malhumorada y es muy vigorosa. Rema y juega magníficamente al *golf*… Creo, no obstante, que tiene un inmejorable corazón.

—Nos queda solamente el reverendo Stephen Lane —dijo Weston—. ¿Quién es el reverendo Stephen Lane?

—Sólo puedo decir a usted una cosa. Es un individuo que está siempre en un estado de gran excitación nerviosa. A mí me parece un fanático.

Poirot guardó silencio unos minutos y quedó como abstraído.

—¿Qué le pasa? —te preguntó Weston—. Se ha quedado usted pensativo.

—Sí —dijo Poirot—, estoy pensando en que cuando *mistress* Marshall me pidió esta mañana que no dijese a nadie que la había visto, cruzó inmediatamente por mí imaginación una cierta conclusión. Pensé que su amistad con Patrick Redfern había originado alguna disensión en el matrimonio Marshall. Pensé que ella iba a reunirse con Patrick Redfern en algún sitio y que no quería que su marido se enterase.

»Pero ya ven ustedes que en eso me equivoqué. El marido apareció casi inmediatamente en la playa y me preguntó si la había visto, y al poco rato llegó también Patrick Redfern y a nadie le pasó inadvertido que la andaba buscando. Y ahora, amigos, me pregunto

yo: *¿Con quién fue a reunirse Arlena Marshall?*

—Eso coincide con mi idea —dijo el inspector Colgate—. Sigo opinando que se trataría de algún individuo de Londres o de otra parte.

—Pero, amigo mío —replicó Poirot—, según su hipótesis, Arlena Marshall había roto con ese hombre mítico. ¿Por qué, pues, tomarse la molestia y correr el riesgo de ir a reunirse con él?

—¿Pues quién cree usted que era? —preguntó el inspector.

—Eso es precisamente lo que no puedo imaginarme. Acabamos de leer la lista de los huéspedes del hotel; todos son hombres de mediana edad, vulgares, sin relieve… ¿Cuál de ellos preferiría Arlena Marshall sobre Patrick Redfern? No, eso es imposible. Y, sin embargo, ella fue a reunirse allá con alguien que no era Patrick Redfern.

—¿No cree usted que quisiera pasar a solas algunas horas? —preguntó Weston.

—¡Cómo se conoce que no trató usted a la muerta! —contestó Poirot—. Alguien escribió en tiempos un luminoso tratado sobre la influencia que la soledad habría ejercido sobre *el bello* Brummell o sobre un hombre como Newton. Arlena Marshall, amigo mío, no habría existido prácticamente en la soledad. Ella era sólo capaz de vivir a la luz de la admiración de un hombre. No, Arlena Marshall fue a reunirse con *alguien* esta mañana. *¿Quién era?*

2

El coronel Weston suspiró, movió la cabeza y dijo:

—Bien, profundizaremos en esas teorías más tarde. Ahora será mejor que interroguemos a la joven Marshall. Quizá pueda decirnos algo interesante.

Linda Marshall entró en la habitación torpemente, tropezando en el marco de la puerta. Respiraba anhelante y tenía dilatadas las pupilas. Parecía un potrillo asustado El coronel Weston sintió un impulso de simpatía hacia ella.

«¡Pobre muchacha! —pensó—; después de todo no es más que una chiquilla. Esto tiene que haber sido un golpe terrible para ella».

Acercó una silla y dijo en tono paternal:

—Lamento tener que molestarla, *miss*… Linda, ¿no se llama usted así?

—Sí, Linda.

Su voz tenía aquella gangosidad característica, a menudo, de las colegialas. Sus manos descansaban desmayadamente sobre la mesa… manos patéticas, grandes y rojas, de huesos anchos y puños largos, Weston pensó: «No deberíamos mezclar a una chiquilla así en estas cosas».

—No hay nada de alarmante en todo esto —dijo tranquilizador —. Sólo queremos que nos diga usted algo que sepa y que nos pueda ser útil.

—¿Se refiere usted a… a Arlena? —preguntó Linda como asustada.

—Sí. ¿La vio usted esta mañana?

La muchacha movió la cabeza con gesto negativo...

—No. Arlena siempre baja algo tarde. Toma el desayuno en la cama.

—¿Y usted, señorita? —preguntó Hércules Poirot.

—¡Oh, yo me levanto! Desayunarse en la cama me parece muy poco higiénico.

—¿Quiere usted decirnos lo que hizo esta mañana? —intervino Weston.

—En primer lugar tomé un baño y luego me desayuné y después fui con *mistress* Redfern a la Ensenada de las Gaviota.

—¿A qué hora salieron ustedes de aquí?

—Ella me dijo que la esperase en el vestíbulo, a las diez y media. Yo tuve miedo de llegar tarde, pero no fue así. Salimos unos tres minutos después de la media.

—¿Y qué hicieron ustedes en la Ensenada de las Gaviotas?

—¡Oh!, yo me estuve untando de aceite y tomando baños de sol y ella se dedicó a dibujar… más tarde me metí en el agua y Cristina regresó al hotel para cambiarse de ropa para el tenis.

—¿Recuerda usted qué hora era? —preguntó Weston, dando a su voz un tono de indiferencia.

—¿Cuándo *mistress* Redfern regresó al hotel? Las doce menos cuarto.

—¿Está usted segura?

Linda abrió mucho los ojos.

—Oh, sí —dijo—; miré mi reloj.

—¿El reloj que lleva ahora?

Linda posó la mirada en su muñeca.

—Sí.

—¿Me permite usted verlo?

La joven alargó el brazo. Weston comparó el reloj con el suyo y con el del hotel, colgado en la pared.

—Marchan al segundo —dijo sonriendo—. ¿Y después tomó usted un baño?

—Sí.

—¿Y cuándo regresó usted al hotel?

—Sería la una. Y entonces me enteré de lo de… de lo de Arlena.

—¿Se llevaba usted bien con… con su madrastra? —preguntó con cierta timidez el coronel.

Ella le miró unos momentos, sin contestar.

—¡Oh, sí! —dijo al fin.

—¿La quería usted, señorita? —preguntó a su vez Hércules Poirot.

—¡Oh, sí! —volvió a contestar la joven, y añadió apresuradamente—: Arlena era muy bondadosa para mí. Me trataba con singular afecto.

—No era una madrastra cruel, ¿eh? —dijo Weston con cierta ironía.

Linda hizo un gesto negativo, sin sonreír siquiera.

—Eso es bueno. Eso es bueno —añadió Weston—. Ya sabe usted que a veces hay pequeñas rencillas en las familias: celos… y demás. Hija y padre son grandes camaradas, y, de pronto, ella se siente desgraciada porque él trae a casa una nueva esposa. ¿No sintió usted nunca nada parecido?

La joven se le quedó mirando y dijo con evidente sinceridad:

—¡Oh, no!

—Supongo que su padre estaría muy prendado de ella.

—No lo sé —contestó simplemente la muchacha.

—En las familias, como digo, surgen toda clase de dificultades —aclaró Weston—. Riñas, disputas y lo demás. Cuando marido y mujer se disgustan, es un poco desagradable para una hija. ¿Ocurría algo así en su casa?

—¿Quiere usted decir que si papá y Arlena reñían? —preguntó

Linda sin más rodeos.

—Bien… sí.

«Mala cosa, esto de interrogar a una chiquilla sobre su padre —pensó Weston—. ¿Por qué será uno policía?».

—¡Oh, no!, papá no acostumbraba a reñir con nadie —contestó la joven.

—Ahora, *miss* Linda, quiero que reflexione usted cuidadosamente. ¿Tiene usted idea de quién pudo matar a su madrastra? ¿Se ha enterado usted de algo o ha oído algo que pueda ayudarnos en este punto?

Linda guardó silencio un minuto. Parecía conceder a la pregunta toda la atención que se le pedía.

—No —dijo al fin—; no sé quién podía querer matar a Arlena… a excepción, claro está, de *mistress* Redfern.

—¿Cree usted que *mistress* Redfern quería matarla? ¿Por qué?

—Porque su marido estaba enamorado de Arlena. Pero yo no creo que realmente quisiera matarla. He querido decir que ella no tenía más remedio que desear su muerte… lo que no es la misma cosa, ¿verdad?

—No, no es la misma cosa —dijo suavemente Poirot.

—Aparte de eso —añadió Linda—, *mistress* Redfern nunca habría sido capaz de matar a nadie. No es una mujer… ¿cómo diría yo?… violenta, creo, es la palabra.

—Comprendo exactamente lo que quiere usted decir, hija mía, y estoy de acuerdo con usted —dijo Poirot—. *Mistress* Redfern no es de las que, como suele decirse, «ven rojo». No se la concibe —añadió, medio cerrando los ojos y eligiendo sus palabras con cuidado—, viendo una vida escaparse ante ella… un rostro odiado…, un blanco cuello odiado… mientras sus manos crispadas van hundiéndose en una carne…

Guardó bruscamente silencio.

Linda se apartó nerviosa de la mesa y dijo con voz vacilante:

—¿Puedo retirarme? ¿No tienen que preguntarme nada más?

—Nada más —contestó Weston—. Muchas gracias, Linda.

Weston se puso en pie para abrirle la puerta. Luego volvió a la mesa y encendió un cigarrillo.

—No es una tarea agradable la nuestra —rezongó—. Dígase lo que se quiera, es una grosería interrogar a una muchacha sobre las

relaciones entre su padre y su madrastra. Más o menos, es como invitar a una hija a que eche la cuerda al cuello de su padre. Pero no hay más remedio que hacer estos papeles. Un asesinato es un asesinato. Y esa chiquilla es la persona que reúne más probabilidades de saber la verdad. Sin embargo, estoy satisfecho de que no haya tenido nada que decirnos en ese sentido. Y, entre paréntesis, Poirot, me pareció que al final fue usted demasiado lejos. Aquello de las manos crispadas, que se hundían en la carne, no me pareció lo más a propósito para impresionar la imaginación de una chiquilla.

Hércules se le quedó mirando, pensativo.

—¿De modo que cree usted que impresioné la imaginación de la chiquilla?

—¿No es eso lo que usted se propuso?

Poirot hizo un gesto negativo. Weston trató de desviar la conversación hacia otro punto.

—En realidad —dijo— poco fue lo que conseguimos de la muchacha. Excepto un alivio más o menos completo para la señora Redfern. Si las dos mujeres estuvieron juntas desde las diez y media hasta las doce menos cuarto—, Cristina Redfern queda fuera del cuadro. Mutis de la esposa celosa.

—Hay razones mejores que ésa para retirar a *mistress* Redfern de la escena —dijo Poirot—. Estoy convencido de que fue física y mentalmente imposible que estrangulase a su rival. Es de temperamento frío, más bien que apasionado, capaz de profunda devoción y de constancia inquebrantable, pero no de sanguinarios arrebatos de rabia. Además, sus manos son demasiado pequeñas y delicadas...

—Estoy de acuerdo con *mister* Poirot —dijo Colgate—. Hay que descartarla. El doctor Neasdon dice que las que ahogaron a la víctima fueron un par de manos bien desarrolladas.

—Bien, interrogaremos ahora a los Redfern —propuso Weston —. Espero que él ya se habrá recobrado un poco de su emoción.

3

Patrick Redfern había recobrado por completo su estado de ánimo

normal. Parecía pálido y ojeroso, pero sus modales no revelaban la menor emoción.

—¿Es usted *mister* Patrick Redfern, de Crossgates, Seldon, Princess Risborough?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hacia que conocía usted a *mistress* Marshall?

—Tres meses —contestó Redfern tras titubear un momento.

—El capitán Marshall nos ha dicho que usted y ella se conocieron casualmente en una fiesta. ¿Es cierto lo que asegura ese caballero?

—Sí, señor.

—El capitán Marshall ha insinuado que hasta que ustedes no se encontraron aquí no entablaron verdadera amistad. ¿Es cierto, *mister* Redfern?

Patrick Redfern titubeó de nuevo.

—No, exactamente —dijo—. En realidad nos habíamos visto muchas veces antes de ahora.

—¿Sin conocimiento del capitán Marshall?

Redfern enrojeció ligeramente.

—Yo no sé si lo sabía o no —contestó.

—¿Y fue también sin conocimiento de su esposa, *mister* Redfern? —intervino Poirot.

—Creo que mencioné a mi esposa que había conocido a la famosa Arlena Stuart.

—¿Pero se enteró de la frecuencia con que se veían ustedes? —insistió Poirot.

—Bueno… quizá no.

—¿Convinieron usted y *mistress* Marshall en encontrarse aquí? —preguntó Weston.

Redfern guardó silencio un minuto. Luego se encogió de hombros.

—Supongo —dijo— que todo va a descubrirse y que es inútil seguir fingiendo con ustedes. Yo estaba chiflado por aquella mujer, loco, ciego, como ustedes quieran. Ella quiso que viniera aquí. Me resistí un poco y luego accedí. Confieso que no habría podido resistir a nada de lo que me pidiera. Ejercía un efecto dominador sobre la gente.

—La describe usted admirablemente —murmuró Hércules Poirot

—. Era la eterna Circe.

—Hechizaba a los hombres —repitió Redfern con amargura—. Voy a ser franco con ustedes, señores. No quiero ocultarles nada. ¿De qué serviría? Como les he dicho, estaba ciego por ella. No sé si me correspondía o no. Pero lo fingía. Era una de esas mujeres que pierden el interés por un hombre en cuanto se apoderan de él en cuerpo y alma. A mí sabía que me tenía a su albedrío. Esta mañana, cuando la encontré en la playa, muerta, fue como si… —hizo una pausa— como si algo me hubiese golpeado entre los ojos. Me sentí ofuscado, aturdido…

—¿Y ahora? —preguntó Poirot, inclinándose hacia delante.

Patrick Redfern resistió sin pestañear la mirada de sus ojos.

—Les he dicho a ustedes la verdad. Lo que ahora necesito saber es *qué parte de ella va a ser del conocimiento público*. Mi conducta no pudo influir en nada en la muerte de aquella mujer, pero si se hace pública, va a ser muy humillante para mi esposa.

»¡Oh, ya sé —prosiguió rápidamente— que dirán ustedes que no me preocupé mucho por ella hasta ahora! Quizá sea cierto. Pero, aunque pueda parecer el peor de los hipócritas, la verdad real es que quiero a mi mujer… y que la quiero con toda mi alma. Lo otro fue una locura, una de esas idioteces que hacen los hombres… pero Cristina es diferente. Ella es la verdad. Aun en medio de mis extravíos no he dejado de pensar un instante que ella era la persona que realmente contaba en mi vida. —Hizo una pausa, suspiró, y dijo casi patéticamente—: ¡Quisiera poderles hacer creer eso!

—Yo le creo —dijo Poirot, inclinándose hacia delante—. ¡Sí, sí, yo le creo!

Redfern le dirigió una mirada de gratitud.

—Gracias —dijo.

El coronel Weston se aclaró la garganta.

—Puede usted estar seguro, *mister* Redfern —dijo—, de que no cometeremos indiscreciones inútiles. Si su pasión por *mistress* Marshall no desempeñó papel alguno en el asesinato, no habrá necesidad de mencionarla en el caso. Pero usted no parece darse cuenta de que su… su ofuscación por aquella mujer puede tener una relación directa con el asesinato. Puede constituir el *móvil* del crimen.

—¿El móvil? —repitió Patrick Redfern en tono de extrañeza.

—¡Sí, *mister* Redfern, el móvil! Él capitán Marshall quizá no estuviese enterado del asunto. Suponga usted que se enteró de pronto…

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Redfern—. ¿Quiere usted decir que se enteró… y la mató?

—¿No se le había ocurrido a usted esa solución? —preguntó con alguna sequedad el coronel.

—No; nunca me pasó por la imaginación. No era probable que Marshall…

—¿Cuál fue la actitud de la mujer? —preguntó Weston.

—¿Se mostraba intranquila por si sus devaneos llegaban a los oídos del marido, o parecía indiferente?

—Más bien un poco nerviosa —contestó Redfern—. No quería que él sospechase nada.

—¿Parecía tenerle miedo?

—¿Miedo? No. Yo creo que no.

—Perdone, *mister* Redfern —intervino Poirot—, ¿se trató en alguna ocasión del divorcio?

Patrick Redfern movió la cabeza en rotundo gesto negativo.

—¡Oh, no! No se trató de nada semejante. Estaba por medio Cristina. Y estoy seguro de que Arlena nunca pensó en tal cosa. Estaba perfectamente satisfecha de su matrimonio con Marshall. Nunca pensó en mí como posible *marido*. Yo no era para ella más que una nueva conquista que calmaba su insaciable vanidad. Yo lo sabía, y, sin embargo, por extraño que parezca, eso no alteró mis sentimientos hacia ella…

Se extinguió su voz. Quedó pensativo.

Weston le volvió a la realidad del momento.

—Escuche, *mister* Redfern, ¿tuvo usted alguna cita particular con *mistress* Marshall esta mañana?

—Ninguna —contestó Redfern—. Generalmente nos veíamos todas las mañanas en la playa. Teníamos la costumbre de hacer alguna excursión en esquife.

—¿Se sorprendió usted al no encontrar a *mistress* Marshall esta mañana?

—Sí, mucho. No podía comprenderlo.

—¿Qué pensó usted?

—No sabía qué pensar. Tenía la esperanza de verla aparecer de

un momento a otro.

—¿No tiene usted idea de con quién pudo ir a entrevistarse, dejando por primera vez de reunirse con usted?

Patrick Redfern se limitó a mover la cabeza con expresión de perplejidad.

—Cuando usted celebraba una entrevista con *mistress* Marshall, ¿dónde se encontraban?

—A veces nos reuníamos por la tarde en la Ensenada de las Gaviotas. Por la tarde no da allí el sol, y, generalmente, no va nadie. Nos citamos allí una o dos veces.

—¿Y nunca en la otra ensenada? ¿En la del Duende?

—No. La del Duende está orientada hacia el Oeste y la gente acude allí en botes y esquifes por la tarde. Nunca tratamos de reunimos por la mañana. Nos habríamos hecho notar demasiado. Por la tarde la gente se desparrama por la isla para dormitar y nadie se preocupa de dónde están los demás. Después de cenar, cuando hacía buena noche, acostumbrábamos también a dar juntos un paseo por diferentes partes de la isla.

—¡Ah, sí! —murmuró Hércules Poirot, y Patrick Redfern le lanzó una interrogadora mirada.

—¿Entonces no puede usted iluminarnos respecto a la causa que llevó a *mistress* Marshall a la Ensenada del Duende? —preguntó Weston.

—No tengo la menor idea —contestó Redfern con acento de sinceridad.

—¿Tenía algunos amigos por estos alrededores?

—No, que yo sepa.

—Piense ahora con atención en lo que le voy a preguntar, *mister* Redfern. Usted conoció a la señora Marshall en Londres. Tuvo usted, pues, que relacionarse con algunos miembros de su círculo. ¿Conoce usted a alguno que tuviera motivos de resentimiento contra ella? ¿Alguno, por ejemplo, a quien usted hubiera suplantado en su capricho?

Patrick Redfern reflexionó unos minutos. Luego contestó con firmeza:

—De verdad que no puedo recordar a nadie.

El coronel Weston tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Bien, no hay otra solución —dijo al fin—. Parece ser que nos

quedan solamente tres posibilidades. La de un desconocido homicida, algún monomaníaco, que acertó a encontrarse por estos alrededores, parece un poco rara…

—Y, sin embargo, es la más verosímil.

—No es este un asesinato de «matorral solitario» —replicó Weston—. Aquella playa es un lugar bastante accesible. El asesino tuvo que llegar por la calzada, pasar por delante del hotel, subir a lo alto de la isla y bajar por aquella escalerilla, o bien llegar hasta allí en bote. Ninguno de los dos procedimientos es verosímil para un asesino casual.

—Dijo usted que quedaban tres posibilidades —recordó Patrick a Weston.

—¡Ah, sí! —dijo el coronel—. Existen dos personas en esta isla que tenían un motivo para matar a *mistress* Marshall: su marido, por una parte, y su esposa de usted, por otra.

—¿Mi esposa? ¿Cristina? —dijo Redfern, consternado—. ¿Piensa usted que Cristina tiene algo que ver en este asunto?

Se puso en pie y empezó a tartamudear en su incoherente apresuramiento por encontrar palabras.

—Está usted loco… completamente loco… ¿Cristina? ¡Pero si es imposible! ¡Es una suposición ridícula!

—Comprenda usted, *mister* Redfern —dijo Weston—, que los celos son un móvil poderosísimo. Las mujeres celosas pierden por completo el dominio de sí mismas.

—Cristina, no —replicó vehemente Redfern—. Cristina no es así. Era desgraciada, lo reconozco, pero nunca hubiera sido capaz de… ¡Oh, en ella no puede haber violencia alguna! Es inconcebible.

Hércules Poirot quedó pensativo. Violencia. La misma palabra que había empleado Linda Marshall.

—Además —prosiguió Redfern confidencialmente—, sería absurdo. Arlena era dos veces más fuerte físicamente que Cristina. Dudo que Cristina pudiera estrangular a un gato, y menos a una mujer fuerte y nerviosa como Arlena. Por otra parte, Cristina nunca había podido bajar a la playa por aquella escalerilla. No tiene cabeza para esa clase de equilibrios. ¡Le digo a usted que esta suposición es fantástica!

El coronel Weston se rascó la cabeza, pensativo.

—Bien —dijo—. Le concedo a usted que la hipótesis no parece

muy verosímil. Pero el móvil es lo primero que tenemos que buscar. Móvil y oportunidad —añadió.

4

Cuando Redfern abandonó la habitación, el coronel Weston dijo sonriendo:

—No me pareció necesario decirle que su esposa ha probado la coartada. Quise oír lo que tenía que decir en su defensa.

—Se excitó un poco, ¿verdad?

—Los argumentos que expuso tienen la fuerza de una coartada —opinó Hércules Poirot.

—Eso es lo triste —rezongó el coronel—. *Mistress* Redfern no pudo cometer el delito porque es físicamente imposible. Y Marshall, que pudo cometerlo, no lo cometió, según todas las apariencias.

El Inspector Colgate tosió para anunciar su intervención.

—Excúseme, señor; he estado pensando en eso de la coartada. Si el capitán Marshall pensaba matar a su esposa, es posible que preparase las cartas *de antemano*.

—No es mala idea —convino Weston—. Debemos comprobar si…

Se interrumpió al ver que Cristina Redfern entraba en la habitación.

La joven estaba tranquila, como siempre, pero su tranquilidad era un poco forzada. Vestía una falda blanca, de tenis, y un *pullover* azul pálido. Este color acentuaba su rubicundez y su delicadeza casi anémica. Aquel rostro, pensó Hércules Poirot, no revelaba ni estupidez ni debilidad. Se leía en él resolución, valor y buen juicio.

«Linda mujercita —pensó el coronel Weston—. Un poco endeble quizá. Demasiado buena para ese asno de cabeza loca que tiene por marido. Pero el hombre es joven, y las mujeres le hacen a uno a veces cometer muchas tonterías imperdonables…».

—Siéntese, *mistress* Redfern. Se trata de un trámite de pura fórmula. Estamos preguntando a todo el mundo qué hicieron esta mañana. Como comprenderá, tiene que constar en nuestro informe.

Cristina Redfern hizo un gesto de conformidad y dijo con voz tranquila:

—¡Oh, sí, comprendo! ¿Por dónde quiere usted que empiece?

—Por lo primero que hizo usted, en el día —contestó Hércules Poirot—. ¿Qué es lo primero que hizo usted cuando se levantó esta mañana?

—Déjeme pensarlo. Al bajar a desayunar entré en la habitación de Linda Marshall y acordé con ella querríamos a la Ensenada de las Gaviotas aquella mañana. Quedamos en reunimos en el vestíbulo a las diez y media.

—¿No se bañó usted antes de desayunar, *madame*? —preguntó Poirot.

—No. Rara vez lo hago. Me gusta que el mar se temple bien antes de meterme en él —dijo sonriendo—. Soy una persona muy friolera.

—¿Pero su marido se baña a esa hora?

—¡Oh, sí! Casi siempre.

—¿Y *mistress* Marshall?

Se produjo un cambio en la voz de Cristina. Se hizo fría, casi mordaz.

—¡Oh, no, *mistress* Marshall era de esas personas que no hacen su aparición antes de media mañana!

—Perdón, *madame* —dijo Poirot con aire compungido—, la interrumpí a usted. Estaba usted diciendo que fue a la habitación de *miss* Linda Marshall. ¿Qué hora era?

—Me parece que las ocho y media… no, un poco más tarde.

—¿Y estaba *miss* Marshall ya levantada?

—Oh, sí, y había salido.

—¿Salido?

—Sí; dijo que había ido a bañarse.

Hubo una débil, una debilísima nota de turbación en la voz de Cristina. Aquello interesó a Hércules Poirot.

—¿Y después? —preguntó Weston.

—Después bajé, recogí mi caja de dibujo y mi cuaderno de apuntes y salimos.

—¿Usted y *miss* Linda Marshall?

—Sí.

—¿Qué hora era?

—Creo que las diez y media en punto.

—¿Y qué hicieron ustedes?

—Fuimos a la Ensenada de las Gaviotas. Ya saben ustedes que está en la parte oriental de la isla. Nos acomodamos allí. Yo me dediqué a dibujar y Linda a tomar baños de sol.

—¿A qué hora abandonaron ustedes la ensenada?

—A las doce menos cuarto. Yo tenía que cambiarme de ropa para jugar al tenis a las doce.

—¿Llevaba usted reloj?

—No. Pregunté a Linda la hora.

—Comprendo. ¿Qué hicieron después?

—Recogí mis chismes de dibujo y volví al hotel.

—¿Y *mademoiselle* Linda? —preguntó Poirot.

—¿Linda? ¡Oh, Linda se metió en el mar!

—¿Estaba lejos del agua el sitio donde se sentaron ustedes? —preguntó Poirot.

—Nos colocamos en el límite de la marea alta. Justamente debajo de aquella roca, para que a mí me pudiera dar un poco de sombra y a Linda el sol.

—¿Linda Marshall se metió en el mar antes de que usted abandonase la playa?

Cristina frunció el entrecejo en su esfuerzo por recordar.

—Verá usted. Linda corrió playa abajo… yo cerré mi caja de dibujo… Sí, la oí palmetear en el agua mientras yo subía por el sendero.

—¿Está usted completamente segura de eso, *madame*? ¿Segura de que ella realmente se metió en el agua?

—¡Oh, sí!

La señora Redfern se le quedó mirando, extrañada. El coronel Weston la miró también con aire interrogador.

—Prosiga, *mistress* Redfern —dijo Poirot.

—Volví al hotel, me cambié de ropa, y bajé a la pista de tenis, donde me reuní con los demás.

—¿Quiénes eran?

—El capitán Marshall, *mister* Gardener y *miss* Darnley. Jugamos dos partidas. Nos disponíamos a retirarnos cuando llegó la noticia de… de lo de *mistress* Marshall.

—¿Y qué pensó usted, *madame*, cuando se enteró de esa noticia? —preguntó Poirot con avidez.

—¿Que qué pensé?

Su rostro mostró una leve repugnancia ante aquella pregunta.

—Sí.

—Que lo sucedido era una cosa horrible —contestó lentamente Cristina.

—¿Pero qué significó el suceso para usted… personalmente? —insistió Poirot.

Ella le lanzó una rápida mirada… una mirada de súplica. Él respondió a ella y dijo con voz tranquilizadora:

—Acudo a usted, *madame*, como a mujer inteligente y de buen criterio y sentido. Durante el tiempo que lleva usted aquí, ¿formó alguna opinión de *mistress* Marshall, de la clase de mujer que era?

—Supongo que todos hacemos lo mismo cuando paramos en un hotel —dijo cautamente Cristina.

—Ciertamente que es la cosa más natural. Por eso pregunto a usted, *madame*, si se sorprendió realmente por la forma de su muerte.

—Me parece que comprendo lo que quiere usted decir. No, en realidad no me sorprendió. Me emocionó, si acaso. Era de esas mujeres…

Poirot termino la frase por ella.

—A quienes suelen suceder tales cosas. Sí, *madame*, eso es lo más sensato y verdadero que se ha dicho en esta habitación esta mañana. Dejando a un lado todo sentimiento personal, ¿qué pensaba usted realmente de la difunta señora Marshall?

—¿Vale la pena concretar eso ahora? —preguntó Cristina Redfern.

—Opino que sí.

—Bien… ¿qué puedo decirle? —su pálida piel se coloreó de pronto. Se alteró la cuidada calma de sus gestos. Apareció por breve espacio de tiempo la mujer rudamente natural.

—¡Era una de esas mujeres, a mi juicio, indignas de vivir! No hizo nada para justificar su existencia. No tenía imaginación ni talento. No pensaba en otra cosa que en hombres y vestidos, ni tenía otro ideal que causar admiración. ¡Un ser inútil, un parásito! Era atractiva para los hombres… y vivía para esa clase de vida. Por eso no me sorprendió el final que ha tenido. Estaba mezclada con todo lo sórdido… chantaje, envidia, violencia… toda clase de emociones brutales y canallas…

Guardó silencio, ligeramente jadeante. Sus labios se fruncieron en gesto de repugnancia y disgusto. El coronel Weston pensó que no se podría haber imaginado más completo contraste con Arlena Stuart que Cristina Redfern. Pensó también que cuando a uno se le ocurre casarse con una Cristina Redfern, la atmósfera se hace tan rarificada que las Arlena Stuart de este mundo adquieren un particular atractivo.

E inmediatamente después de estos pensamientos, una sola palabra de las pronunciadas por Cristina atrajo su atención con particular intensidad.

Entonces se inclinó ligeramente y preguntó:

—*Mistress* Redfern, ¿por qué al hablar de Arlena mencionó usted la palabra «chantaje»?

Capítulo VII

1

Cristina se quedó mirando, sin comprender lo que quiso decir. Luego contestó mecánicamente:

—Supongo que porque estaba siendo victima de un chantaje. Era una de esas personas cuya vida se prestaba a ello.

—¿Pero sabe usted que estaba siendo víctima de un chantaje? —insistió el coronel con ansiedad.

Las mejillas de la joven señora se colorearon ligeramente.

—Lo sé por casualidad —dijo con cierta sencillez—. He tenido ocasión de oír algo.

—¿Quiere usted explicarse, *mistress* Redfern?

La joven enrojeció todavía más.

—No he querido decir que sorprendiera ninguna conversación. Fue una casualidad. Ocurrió hace dos… no, tres noches. Estábamos jugando al *bridge* —se volvió hacia Poirot.

—¿Recuerda usted? Jugábamos mi marido y yo, usted y *miss* Darnley. Hacía mucho calor en la habitación, y yo me deslicé por la galería en busca de un poco de aire fresco. Bajaba hacia la playa cuando, de pronto, oí voces. Una era de Arlena Marshall; la conocí en seguida. «Es inútil atosigarme —decía—. Ahora no pudo conseguir más dinero. Mi marido sospecharía algo». Y contestó la voz de un hombre: «No admito excusas. Necesito el dinero inmediatamente». Y a esto Arlena Marshall exclamó; «¡Es usted un miserable chantajista!». Y el hambre respondió; «¡Chantajista o no, usted pagará, *milady*!».

Cristina hizo una pausa.

—Volví hacia atrás y un minuto después Arlena Marshall pasó

precipitadamente por mi lado. Parecía espantosamente trastornada.

—¿Y el hombre? —preguntó Weston—. ¿Sabe usted acaso quién era?

—Hablaba en voz baja —contestó Cristina—. Apenas oí lo que decía.

—¿No le sugirió a usted la voz alguna persona conocida?

—No. Era demasiado baja, como he dicho.

—Muchas gracias, *mistress* Redfern.

2

Cuando se cerró, la puerta detrás de Cristina Redfern, el inspector Colgate exclamó:

—¡Parece que ahora vamos a alguna parte!

—¿Lo cree usted así? —preguntó Weston.

—No hay duda, señor. Alguien de este hotel explotaba a la dama.

—Pero no fue el malvado chantajista quien murió —murmuró Poirot—. Fue la víctima.

—Confieso que esa es una pequeña contrariedad —dijo el inspector. Los chantajistas no tienen la costumbre de estrangular a sus víctimas. Pero la existencia de uno de estos personajes sugiere una razón para la extraña conducta de *mistress* Marshall esta mañana. Tenía una entrevista con el individuo que la estaba explotando, y no quería que se enterase ni su marido ni Redfern.

—Ciertamente que explica ese punto —convino Poirot.

—Piensen ahora en el sitio elegido —prosiguió el inspector Colgate—. No podría encontrarse otro más apropiado. La dama sale en su esquife. Nada más natural. Es lo que hace todos los días. Se dirige a la Ensenada del Duende, donde nadie va por las mañanas y que es un lugar silencioso y tranquilo para una entrevista.

—También a mí me llamó la atención ese detalle —dijo Poirot —. Es, como usted dice, un sitio ideal para una entrevista. Solitario, solamente accesible desde la parte de tierra por una escalerilla vertical que no todo el mundo se atreve a utilizar. Además, la mayor parte de la playa es invisible desde arriba a causa del peñasco que sobresale. Y tiene otra ventaja. *Mister* Redfern me

habló de esto un día. En la playa hay una cueva, cuya entrada no es fácil de encontrar, pero donde puede uno esperar sin ser visto.

—Recuerdo haber oído hablar de la Cueva del Duende —dijo Weston.

—Yo hacía años que no la oía mencionar —intervino Colgate—. Será conveniente que le echemos un vistazo. A lo mejor encontramos allí una pista.

—Tiene usted razón —dijo Weston—. Hemos encontrado la solución a una parte del enigma. ¿*Por qué fue mistress Marshall a la Cueva del Duende*? Pero necesitamos la otra mitad de la solución: ¿Con quién tenía que encontrarse allí? Presumiblemente, con alguien que para en este hotel y que no será un enamorado...

Volvió a abrir el registro.

—Excluyendo los camareros, «botones», y demás, a quienes no creo chantajistas probables, tenemos los siguientes individuos: Gardener el americano, el mayor Barry, *mister* Horace Blatt y el reverendo Stephen Lane.

—Todavía podemos acortar un poco la lista, señor —dijo el inspector Colgate—. Creo que podemos excluir también al americano. Estuvo toda la mañana en la playa. ¿No es cierto, *mister* Poirot?

—Estuvo un rato ausente cuando fue a buscar un ovillo de lana para su mujer —contestó Poirot.

—Oh, bien; eso no vale la pena de tomarlo en cuenta —dijo Colgate.

—¿Y qué hay de los otros tres? —preguntó Weston.

—El mayor Barry salió a las diez de la mañana. Regresó a la una y media. *Mister* Lane madrugó más todavía. Desayunó a las ocho. Dijo que iba a dar un paseo largo. *Mister* Blatt salió en yola a las nueve y media, como hace casi todos los días. Ninguno de ellos ha regresado todavía.

—Bien —indicó Weston—; cambiaremos unas palabras con el mayor Barry… ¿y quién más se encuentra aquí? Rosamund Darnley. Y *miss* Brewster, la señorita que encontró el cadáver en unión de Redfern. ¿Qué opinión tiene usted de esa señorita, Colgate?

—Es una infeliz. No hay que contar con ella.

—¿Expresó alguna opinión sobre la muerta?

El inspector hizo un gesto negativo.

—No creo que tenga nada que decirnos, señor, pero de todos modos nos aseguraremos. También se encuentran los americanos en el hotel.

—Los interrogaremos a todos —dijo el coronel Weston—. Quizá podamos averiguar algo… aunque sólo sea del asunto del chantaje.

3

Mister y *mistress* Gardener comparecieron juntos ante la autoridad.

Mistress Gardener inició su explicación inmediatamente:

—Espero que comprenderá usted lo que voy a decirle, coronel Weston, ¿es así como se llama usted? —Segura sobre este punto, prosiguió—: Lo sucedido ha sido un golpe terrible para mí y para *mister* Gardener, siempre cuidadoso de mi salud…

—Mi señora es una mujer muy sensible —intercaló *mister* Gardener.

—Cuando me llamó usted, me dijo: «Pues claro que te acompañaré, Carrie». Los dos sentimos la mayor admiración por los métodos de la policía británica. A mí siempre me han dicho que los procedimientos de la policía inglesa son los más refinados y delicados, cosa que nunca he puesto en duda, y recuerdo que una vez que perdí una pulsera en el Hotel Savoy no he conocido a nadie más amable y simpático que el joven que vino a hablarme del asunto. Realmente yo no había perdido la pulsera, sino que había olvidado dónde la había puesto, y este es el inconveniente de andar siempre de prisa, que olvida una dónde pone las cosas… —*Mistress* Gardener hizo una pausa, respiró profundamente y prosiguió su discurso—: Vengo, pues, a decirles, y *mister* Gardener está de acuerdo conmigo, que no deseamos otra cosa que ayudar en lo posible a la policía británica. Así que puede usted preguntarme todo lo que desee, que yo…

El coronel Weston abrió la boca para aprovechar aquella invitación, pero tuvo que aplazarlo momentáneamente en espera de que *mistress* Gardener terminase.

—¿No es cierto que te lo dije así, Odell?

—Así fue, querida —contestó *mister* Gardener.

—Tengo entendido, *mistress* Gardener, que usted y su marido

estuvieron toda la mañana en la playa —se apresuró a intercalar el coronel Weston.

Por una vez, *mister* Gardener fue quien contestó primero.

—Así es —dijo.

—Claro que estuvimos —confirmó *mistress* Gardener—. Hizo una deliciosa mañana y no teníamos la menor idea de lo que estaba ocurriendo en un rincón de aquella solitaria playa.

—¿No vieron ustedes a *mistress* Marshall en todo el día?

—No, señor. Por cierto que dije a Odell: ¿adónde habrá ido *mistress* Marshall esta mañana? Luego vimos que su marido la buscaba y que el joven *mister* Redfern estaba tan impaciente que no paraba en ningún sitio y no hacía más que volver la cabeza para mirar a todo el mundo. Yo me dije: «parece mentira que teniendo una mujercita tan mona ande detrás de esa temible mujer». Porque eso es lo que siempre me ha parecido *mistress* Marshall, ¿verdad, Odell que te lo dije?

—Sí, querida.

—No puedo explicarme cómo un hombre tan simpático como ese capitán Marshall ha llegado a casarse con ella, y más teniendo una hija tan crecida y sabiendo lo importante que es para las jóvenes educarse bajo una buena influencia. *Mistress* Marshall no era la persona adecuada, ni por su educación ni por sus principios. Si el capitán Marshall hubiese tenido algún sentido se habría casado con *miss* Darnley, que es una mujer encantadora y distinguidísima. Debo decir que admiro la manera que ha tenido de abrirse camino montando un negocio de primera clase. Se necesita talento para hacer una cosa como ésa y no tienen ustedes más que mirar a Rosamund Darnley para comprender lo inteligente que es. Puede planear y realizar todo cuanto se proponga por importante que sea. Pueden creer que admiro a esa mujer más de lo que sé expresar. El otro día le dije a *mister* Gardener que cualquiera podía ver que estaba enamoradísima del capitán Marshall. ¿Verdad, Odell?

—Sí, querida.

—Parece ser que se conocen desde chiquillos, y quién sabe si ahora se les arreglará todo, desaparecido el estorbo de aquella mujer. No tengo un criterio estrecho, coronel Weston, y no es que desapruebe ciertas cosas… muchas de mis mejores amigas son actrices…, pero siempre dije a *mister* Gardener que esa mujer era

muy peligrosa. Y ya ven ustedes que he acertado.

Guardó silencio, triunfante. Los labios de Poirot dibujaron una leve sonrisa. Sus ojos sostuvieron por un minuto la penetrante mirada de *mister* Gardener.

—Bien, muchas gracias, *mister* Gardener —dijo el coronel Weston con acento de desesperación—. Supongo que ninguno de ustedes habrá observado durante su estancia en el hotel nada que tenga relación con el caso que nos ocupa.

—Ciertamente que no —contestó *mister* Gardener—. La señora Marshall se dejó acompañar por el joven Redfern la mayor parte del tiempo… pero es cosa que vio todo el mundo.

—¿Y su marido? ¿Cree usted que se sentía ofendido?

—El capitán Marshall es hombre muy reservado —contestó cautamente *mister* Gardener.

—¡Oh, sí! —contestó *mistress* Gardener—, ¡es un verdadero británico!

4

En el rostro ligeramente apoplético del mayor Barry parecían luchar diversas emociones por su predominio. Él se esforzaba por parecer debidamente horrorizado, pero no podía disimular una especie de vergonzosa satisfacción.

—Encantado de poder ayudar a ustedes —dijo con su ronca voz —. Lo lamentable es que no sé nada del asunto… nada en absoluto. No estoy relacionado con ninguna de las partes. Pero afortunadamente no carezco de experiencia. He vivido largo tiempo en Oriente, como ustedes saben, y puedo decirles que después de vivir en la India lo que no se sepa de la naturaleza humana no vale la pena.

Hizo una pausa, alentó y prosiguió.

—Por cierto que este asunto me recuerda un caso ocurrido en Simla. Un individuo llamado Robinson… ¿o Falconer?… no lo recuerdo ahora, pero no tiene importancia el detalle. Era un individuo sosegado, pacífico, gran lector… bueno como el pan, tal como suele decirse. Una noche buscó a su mujer en su *bungalow* y la agarró por el cuello… ¡Casi la ahogó! A todos nos sorprendió el

suceso porque no lo creíamos capaz de semejante violencia.

—¿Ve usted alguna analogía con la muerte de *mistress* Marshall? —preguntó Poirot.

—Verá usted… Se trató también de un intento de estrangulación. El individuo estaba celoso y «vio rojo» de pronto.

—¿Y cree usted que el capitán Marshall «vio» también de ese modo?

—¡Oh, yo nunca dije eso! —el rostro del mayor Barry enrojeció aún más—. Nunca dije nada de Marshall. Es una bellísima persona. Yo no diría una palabra contra él por nada del mundo.

—Perdón —murmuró Poirot—, pero usted se refirió a las reacciones naturales en un marido.

—Sí, sí, en efecto; pero lo hice en términos generales. Recuerdo un caso como este ocurrido en Pomona. Era una mujer bellísima. Una noche fue con su marido a un baile…

—Bien, bien, mayor Barry —interrumpió el coronel Weston—; por el momento vamos a establecer los hechos. ¿Ha visto usted o advirtió algo que pueda ayudarnos en la investigación de este caso?

—Realmente no sé nada, Weston. Una tarde la vi con el joven Redfern en la Ensenada de las Gaviotas —el mayor Barry hizo un gesto picaresco y soltó una risita—. La escena fue muy interesante, pero no creo que esa clase de detalles sean los que usted necesita.

—¿No vio usted a *mistress* Marshall esta mañana en ningún momento?

—No vi a nadie. Me fui hasta Saint Loo. Ya ve usted qué suerte tengo. Aquí pasan meses sin ocurrir nada, y para una vez que ocurre algo me lo pierdo.

La voz del mayor tuvo un dejo de pesar.

—¿Dice usted que fue a Saint Loo? —preguntó con indiferencia Weston.

—Sí, necesitaba telefonear. Aquí no hay teléfono y la estafeta de Correo de Leathercombe Bay no reúne buenas condiciones para hablar reservadamente.

—¿Sus llamadas telefónicas fueron de carácter particular?

El mayor volvió a hacer un gesto picaresco.

—Lo eran y no lo eran. Quise ponerme al habla con un compañero para que apostase en mi nombre a un caballo que me interesaba.

—¿Desde dónde telefoneó usted?

—Desde la cabina de la estafeta de Saint Loo. A la vuelta me extravié… En estos malditos senderos todo son vueltas y revueltas. Malgasté más de una hora en orientarme y sólo hace media hora que regresé.

—¿Habló usted o se encontró con alguien en Saint Loo? —preguntó Weston.

—¿Quiere que pruebe mi coartada? —rio Barry—. No se me ocurre nada aprovechable. Vi en Saint Loo a centenares de personas, pero esto no quiere decir que ellos recuerden haberme visto.

—Comprenderá usted que tenemos que comprobar estas cosas —dijo Weston.

—Hacen ustedes muy bien. Llámenme en cualquier momento. No deseo otra cosa que ayudarles. La muerta era una mujer encantadora y me gustaría contribuir a la captura del miserable que la mató. «El asesino de la playa solitaria», así titularán este suceso los periódicos. Esto me recuerda que en cierta ocasión...

Fue el inspector Colgate quien cortó en flor esta última reminiscencia y maniobró para dejar al charlatán en la puerta.

—Va a ser difícil comprobar nada en Saint Loo —dijo al volver.

—Pues no podemos borrar a este hombre de la lista —repuso Weston—; y no es que yo crea seriamente que está complicado… pero es una posibilidad. A usted le encomiendo la tarea de averiguarlo, Colgate. Compruebe a qué hora sacó el coche, puso gasolina y demás. Es humanamente posible que dejase el coche en algún lugar solitario y que luego regresase aquí y marchase a la ensenada. Pero no me parece probable. Se habría expuesto demasiado a ser visto.

—Como hizo tan hermoso día —dijo Colgate— hubo muchos excursionistas por aquí. Empezaron a llegar a eso de las once y media. La marea alta fue a las siete. La baja sería a la una. La gente se desparramó por todas partes y entre ella pudo pasar inadvertido el mayor Barry.

—Sí —dijo Weston—, pero tuvo que subir por la calzada y pasar por delante del hotel.

—No precisamente por delante —replicó Colgate—. Pudo desviarse por el sendero que conduce a lo alto de la isla.

—Yo no afirmo que no pudo hacerlo sin ser visto —dijo Weston —. Prácticamente todos los huéspedes del hotel se encontraban en la playa, excepto *mistress* Redfern y la chiquilla de Marshall, que habían ido a la Ensenada de las Gaviotas, y aquel sendero se domina solamente desde unas cuantas habitaciones del hotel y hay muchas probabilidades en contra de que alguien estuviese asomado a una de las ventanas. Creo, pues, posible que un hombre subiera hasta el hotel, atravesase el vestíbulo y volviera a salir sin que nadie le viera. Pero lo que yo digo es que no pudo contar con que nadie le viese.

—Pudo ir a la ensenada en bote —arguyó Colgate.

—Eso es mucho más lógico —convino Weston—. Si tenía un bote a mano en alguna de las caletas próximas, pudo dejar el coche, remar hasta la Ensenada del Duende, cometer el asesinato, regresar en el bote, recoger el coche y llegar aquí con el cuento de haber estado en Saint Loo y haberse perdido en el camino… historia que él sabe lo difícil que es de desmentir.

—Tiene usted razón, señor.

—Lo dejo en sus manos, Colgate —dijo Weston—. Registre bien estos alrededores. Usted sabe lo que hay que hacer. Ahora vamos a interrogar a *miss* Brewster.

5

Emily Brewster no pudo añadir nada substancial a lo que ya conocían.

Cuando terminó su relato preguntó Weston:

—¿Y no sabe usted nada que pueda ayudarnos?

—Me temo que no. Es un asunto muy penoso. No obstante, espero que llegarán ustedes pronto a su fondo.

—Así lo espero también —dijo Weston.

—Por otra parte, no debe de ser muy difícil —añadió Emily Brewster.

—¿Qué quiere usted decir con eso, *miss* Brewster?

—Perdón. No intento enseñar a usted su profesión. Quise únicamente decir que, tratándose de una mujer de esa clase, el asunto debe de ser bastante fácil.

—¿Es esa su opinión? —murmuró Hércules Poirot.

—Naturalmente —contestó Emily Brewster con sequedad. —*De mortuis nil nisi bonum*, pero usted no puede apartarse de los *hechos*. Aquella mujer era muy peligrosa… y muy sospechosa, también. No tienen ustedes más que husmear un poco en su tormentoso pasado.

—¿No le era simpática a usted? —preguntó suavemente Poirot.

—Sé demasiadas cosas de ella —contestó *miss* Brewster—. Mi primo carnal se casó con una de las Erskine. Probablemente habrá oído hablar de la mujer que indujo al viejo *sir* Robert cuando chocheaba a dejarle la mayor parte de su fortuna en perjuicio de la verdadera familia.

—¿Y la familia… lo tomó a mal? —preguntó Weston.

—Naturalmente. Las relaciones del viejo con aquella mujer fueron un escándalo que acabó de coronar el legado de cincuenta mil libras que le dejó en su testamento. Acaso sea un poco dura, pero me atrevo a decir que la Arlena Stuart de este mundo merecía muy poca simpatía. Y sé algo más… un joven que perdió completamente la cabeza por ella. Ya era un poco tarambana, naturalmente, pero su asociación con esa mujer acabó de ponerlo al borde del precipicio. Hizo algo delictivo con ciertos valores, sólo por tener dinero para gastárselo con ella, y escapó a duras penas de un proceso. Aquella mujer contaminaba a cuantos trataba. Recuerden cómo estuvo a punto de hacer perder la cabeza al joven Redfern. Siento decir que no me causa el menor pesar su muerte… aunque naturalmente, hubiese sido mejor que se hubiese ahogado o despeñado. El estrangulamiento es algo impresionante…

—¿Y cree usted que el asesino fue alguien que tuvo relación con el pasado de la víctima?

—Sí que lo creo.

—¿Alguien que vino del continente sin que nadie lo viese?

—¿Y cómo iba a verlo nadie? Todos nosotros estábamos en la playa. La chiquilla de Marshall y Cristina Redfern habían ido a la Ensenada de las Gaviotas. El capitán Marshall se encontraba en su habitación del hotel. ¿Quién, pues, iba a verlo, excepto, posiblemente, *miss* Darnley?

—¿Dónde estaba *miss* Darnley?

—Sentada en lo alto del acantilado, en ese sitio que llaman Sunny Ledge. La vimos allí *mister* Redfern y yo cuando Íbamos

dando vuelta a la isla.

—Quizá tenga usted razón, *miss* Brewster —dijo el coronel Weston.

—Estoy segura de que sí. Cuando una mujer es como era la víctima, ella misma proporciona la mejor pista posible. ¿No está usted de acuerdo conmigo, *mister* Poirot?

—¡Oh, sí! —contestó Hércules Poirot, saliendo bruscamente de su ensimismamiento—, estoy conforme con lo que acaba usted de decir. La misma Arlena Marshall es la mejor, la única pista de su propia muerte.

—Entonces, ¿qué?

Miss Brewster se puso en pie y paseó su fría mirada de uno a otro hombre.

—Puede usted estar segura —dijo el coronel Weston— de que cualquier pista que pueda surgir en el pasado de *mistress Marshall* no se nos pasará por alto.

Emily Brewster abandonó la habitación.

6

El inspector Colgate cambió su puesto en la mesa.

—Es una mujer decidida —dijo pensativo—. Ha clavado su cuchillo con toda delicadeza en el cuerpo de la muerta. —Se detuvo un minuto y continuó—: Es una lástima, en cierto modo, que se haya forjado una coartada de hierro para toda la mañana. ¿Se fijaron ustedes en sus manos? ¡Grandes como las de un hombre! Es una mujer maciza, fuerte, más fuerte que muchos hombres…

Hizo otra pausa. La mirada que dirigió a Poirot fue casi suplicante.

—¿Y dice usted, *mister* Poirot, que ella no abandonó ni un momento la playa esta mañana?

—Nada de eso, mi querido inspector. Bajó a la playa antes de que *mistress* Marshall pudiera haber llegado a la Ensenada del Duende y la tuve a la vista hasta que marchó con *mister* Redfern en el bote.

—Entonces hay que excluirla también —dijo Colgate con sombrío acento.

7

Como siempre, Hércules Poirot sintió una viva sensación de placer a la vista de Rosamund Darnley.

La joven era capaz de poner una nota de distinción aun en un vulgar interrogatorio policíaco sobre un repugnante caso de asesinato.

—Se sentó frente al coronel Weston y le miró con expresión inteligente y grave.

—¿Desea usted mi nombre y mi dirección? —preguntó—. Me llamo Rosamund Darnley. Regento un negocio de alta costura bajo el nombre de Rose Mond, Limitada, en el número seiscientos veintidós de Brook Street.

—Gracias, *miss* Darnley. ¿Puede decirnos algo que pueda ayudarnos?

—No lo creo…

—Díganos el empleo de su tiempo, por ejemplo...

—Desayuné a eso de las nueve y media. Luego subí a mi habitación y recogí algunos libros y mi sombrilla y me encaminé a Sunny Ledge. Debían ser las diez y veinticinco. Regresé al hotel hacia las doce menos diez, subí, recogí mi raqueta de tenis y me dirigí a la pista, donde jugué hasta la hora de comer.

—¿Estuvo usted en las peñas llamadas Sunny Ledge desde las diez y media hasta las doce menos diez?

—Sí.

—¿Vio usted esta mañana a *mistress* Marshall?

—No.

—¿La vio usted desde el peñasco mientras se dirigía en su esquife a la Ensenada del Duende?

—No; tuvo que pasar antes de que yo llegase allí.

—¿Vio usted a alguien en un esquife o en un bote?

—No. Y no les extrañe, porque estuve leyendo. Claro que de vez en cuando levantaba la vista de mi libro, pero siempre dio la casualidad de que el mar se encontrase desierto.

—¿Ni siquiera se dio usted cuenta de que *mister* Redfern y *miss* Brewster pasaron por allí?

—No.

—Tengo entendido que conocía usted a *mister* Marshall.

—El capitán Marshall es un antiguo amigo de mi familia. Su familia y la mía vivían en casas inmediatas. Sin embargo, hacía muchos años que yo no le había visto… creo que doce.

—¿Y *mistress* Marshall?

—Nunca había cambiado media docena de palabras con ella hasta que la encontré aquí.

—¿Sabe usted si estaban en buenas relaciones el capitán Marshall y su esposa?

—A mí me parecía que sí.

—¿Estaba el capitán Marshall muy enamorado de su esposa?

—Es posible. De eso no puedo decir nada. El capitán Marshall es un hombre algo chapado a la antigua y no tiene la costumbre moderna de ir pregonando a los cuatro vientos sus desdichas matrimoniales.

—¿Le era a usted simpática *mistress* Marshall, *miss* Darnley?

—No.

—El monosílabo salió sin esfuerzo alguno. Sonó como lo que era: como la simple afirmación de un hecho.

—¿Y por qué?

Los labios de Rosamund dibujaron una leve sonrisa.

—Seguramente que habrá usted descubierto que Arlena Marshall no era popular entre las de su mismo sexo. Se aburría de muerte entre las mujeres y no lo disimulaba. No obstante, me habría gustado ser su modista. Tenía un gran don para los vestidos. Sus trajes eran siempre los apropiados y los llevaba muy bien. Me habría gustado tenerla como cliente.

—¿Gastaba mucho en vestir?

—Tenía que gastarlo. Pero poseía capital propio y el capitán Marshall está también en buena posición.

—¿Estaba usted enterada o pensó usted alguna vez que *mistress* Marshall estaba siendo víctima de un peligroso chantaje?

Una expresión de intenso asombro animó el rostro de *miss* Darnley.

—¿Chantaje? ¿Arlena?

—La idea parece sorprenderla a usted mucho.

—Confieso que sí. Parece tan incongruente…

—Pero seguramente muy posible.

—Todo es posible, señor. El mundo nos enseña pronto eso. Pero ¿por qué iba nadie a intentar hacer víctima de un chantaje a Arlena?

—Supongo que existían ciertas cosas que *mistress* Marshall deseaba que no llegasen a oídos de su marido.

La joven sonrió con gesto de duda.

—Quizá pueda parecer escéptica, pero la conducta de Arlena era conocida de todos. Ella nunca trató de aparentar respetabilidad.

—¿Entonces cree usted que su marido estaba enterado de sus coqueterías?

Hubo una pausa. Rosamund quedó pensativa. Al fin habló con un tono de desgana en la voz.

—Crea usted que no sé realmente lo que pensar. Siempre he supuesto que Kenneth Marshall aceptaba a su mujer tal como era y que no se hacía ilusiones con ella. Pero quizá no fuese así.

—¿Tendría fe ciega en su esposa?

—Los hombres son tan necios que todo es posible —dijo Rosamund con exasperación—. No tendría nada de raro que Kenneth hubiese creído en su mujer ciegamente. Hasta el punto de pensar que sólo era admirada.

—¿Y no conoce usted a nadie, o mejor dicho, no ha oído usted hablar de nadie que tuviese algún rencor contra *mistress* Marshall?

—Solamente mujeres celosas —dijo Rosamund, sonriendo—. Pero supongo, puesto que fue estrangulada, que fue un hombre quien la mató.

—En efecto.

—Siendo así, no se me ocurre quién pueda haber sido. Tendrá usted que preguntárselo a alguna persona de la intimidad de la víctima.

—Muchas gracias, *miss* Darnley.

—¿No tiene *mister* Poirot alguna pregunta que hacerme? —preguntó intencionadamente Rosamund, girando sobre su asiento.

Hércules Poirot sonrió y movió la cabeza en gesto negativo.

—No se me ocurre nada —contestó.

Rosamund Darnley se puso en pie y salió.

Capítulo VIII

1

Estaba en el dormitorio que había sido de Arlena Marshall.

Dos grandes ventanas se abrían sobre un balcón que dominaba la playa y el mar. El sol inundaba la habitación, arrancando destellos de la batería de frascos y pomos del tocador de Arlena.

Había allí toda clase de cosméticos y productos de belleza. Entre este arsenal de armas femeninas se movían tres hombres, registrándolo todo. El inspector Colgate andaba de un lado a otro abriendo y cerrando cajones.

De pronto dejó escapar un gruñido de satisfacción. Había dado con un paquete de cartas. Weston se unió a él para examinarlas.

Hércules Poirot se dedicó a registrar el ropero. Su penetrante mirada recorrió la multiplicidad de batas y trajes colgados allí. Sobre uno de los estantes se apilaba la ropa interior con blancura y liviandad de espuma. Otro estaba lleno de sombreros, entre ellos dos de playa, laqueados en rojo y amarillo pálido, una gran pamela de paja hawaiana y tres o cuatro de forma absurda, por los que, a no dudar, habría pagado varias guineas por pieza; una especie de gorrito azul oscuro, un penacho, o poco más, de terciopelo negro, un turbante gris pálido.

Hércules Poirot los examinó uno tras otro, con una indulgente sonrisa en los labios.

—*Les femmes!* —murmuró.

Terminada la lectura, el coronel Weston volvió a doblar las cartas.

—Tres son del joven Redfern —dijo—. ¡Se necesitaba estar loco! Ya aprenderá a no escribir cartas a mujeres en unos cuantos años.

Las mujeres guardan las cartas y luego juran que las han quemado. Lea usted ésta, que me parece interesante.

Poirot cogió la carta, que decía así:

Querida Arlena:

Estoy muy triste. Marchar a China… y no verte quizá en años y años. No sé si algún hombre habrá querido a una mujer como te quiero yo. Gracias por el cheque. Por ahora no me molestarán. Fue un mal negocio, y todo porque quise ganar mucho dinero para ti. ¿Podrás perdonarme? Quería colocar diamantes en tus orejas… en tus adorables orejitas, y cubrir tu garganta de límpidas perlas, pero dicen que las perlas no son buenas hoy. ¿Una fabulosa esmeralda, entonces? Sí, eso es. Una gran esmeralda, fría y verde y llena de fuego oculto. No me olvides… aunque sé que no podrás. Eres mía para siempre.

Adiós… adiós… adiós.
J. N.

—Quizá valiera la pena averiguar si ese J. N. marchó efectivamente a la China —dijo el inspector Colgate—. De otro modo… podría ser la persona que andamos buscando. Estaba loco por ella, quería cubrirla de perlas y diamantes… y le pedía dinero. No sé por qué me parece que éste es el prójimo que mencionó *miss* Brewster. Sí, creo que podría sernos —útil.

—La carta es importante, importantísima —confirmó Hércules Poirot.

Su mirada recorrió una vez más la habitación, los frascos del tocador, el ropero, y un gran muñeco vestido de Pierrot, echado indolentemente sobre la cama.

Pasaron a la habitación de Kenneth Marshall.

Era la inmediata a la de su esposa, pero carecía de comunicación. Daba a la misma fachada y tenía dos ventanas, pero era mucho más pequeña. Entre las dos ventanas colgaba de la pared un espejo con marco dorado. En el ángulo junto a la ventana de la derecha estaba el tocador. Sobre él había dos cepillos de marfil, otro

de ropa y un frasco de loción para el cabello. En el ángulo de la izquierda, había una mesa escritorio y, sobre ella, una máquina de escribir y una pila de papeles.

Colgate los examinó, rápidamente.

—Todos parecen insignificantes —dijo—. Ah, aquí está la Carta que mencionó esta mañana. Está fechada el veinticuatro… es decir, ayer. Y aquí está el sobre… timbrado en Leathercombe Bay esta mañana. Ahora podremos convencernos de si pudo preparar la contestación de antemano.

Colgate tomó asiento y se dispuso a continuar sus investigaciones.

—Le dejamos a usted un momento —dijo el coronel Weston—. Vamos a echar un vistazo al resto de las habitaciones. Se ha desalojado a todo el mundo de este pasillo y la gente empieza a impacientarse.

Pasaron a la habitación de Linda Marshall, que era la inmediata. Estaba orientada al Este y se disfrutaba desde ella de una magnífica vista al mar por encima de las rocas.

Weston recorrió rápidamente la habitación.

—No creo que haya nada que ver aquí —murmuró—. Pero es posible que Marshall haya guardado en la habitación de su hija algo que no quisiera que encontrásemos. No es probable, sin embargo. Otra cosa sería si se tratase de ocultar un arma o algo por el estilo.

El coronel abandonó la habitación. Hércules Poirot *se* quedó rezagado. Había encontrado en la parrilla del hogar algo que le intrigó, algo que habían quemado allí recientemente. Se arrodilló y se puso a rebuscar con paciencia. Luego colocó sus hallazgos sobre una hoja de papel. Un gran trozo irregular de sebo de vela, algunos fragmentos de papel verde o cartón, posiblemente arrancados de un calendario, pues iban unidos a un trozo que mostraba una gran cifra «5» y una leyenda impresa que empezaba diciendo «hechos notables». Había también un alfiler ordinario y una substancia animal, que bien podía ser pelo, carbonizada.

Poirot colocó cuidadosamente en fila todos aquellos objetos y se quedó contemplándolos.

—¿Qué consecuencias sacar de esta colección? —murmuró—. *C'est fantastique!*

Cogió luego el alfiler y su mirada pareció hacerse más viva y

penetrante.

—*Pour l'amour de Dieu!* —exclamó—. ¿Es posible?

Se levantó de donde se había arrodillado junto a la parrilla. Paseó lentamente la mirada por la habitación y esta vez apareció una expresión completamente nueva en su rostro, una expresión grave, casi dura.

A la izquierda de la chimenea había un estante con unas hileras de libros. Hércules Poirot leyó los títulos, pensativo.

Una Biblia, un manoseado ejemplar de las obras de Shakespeare. «El casamiento de William Ashe», por *mistress* Humphry Ward. «La madrastra joven», por Charlotte Yonge. «Asesinato en la catedral», por Eliot. «Saint Joan», de Bernard Shaw. «El viento se lo llevó», de Margaret Mitchell. «El patio en llamas», por Dickson Carr.

Poirot eligió dos libros: «La madrastra joven» y «William Ashe», y examinó el borroso sello estampado en la portada. Iba ya a volverlos a su sitio, cuando tropezó su mirada con un libro colocado forzadamente detrás de los otros. Era un pequeño volumen encuadernado lujosamente en piel color castaña.

Lo sacó y lo abrió.

—*Tenía yo razón* —murmuró lentamente mientras lo examinaba —. Tenía yo razón. Pero en cuanto a lo demás… ¿será posible? No, no es posible… a menos que…

Quedó perplejo, acariciándose el bigote mientras su imaginación repasaba el problema.

Y volvió a repetir lentamente:

—A menos que…

2

El coronel Weston se asomó a la puerta.

—Hola, Poirot, ¿pero todavía aquí?

—Ya voy, ya voy —contestó el detective.

Salió apresuradamente al pasillo.

La habitación inmediata a la de Linda era la de los Redfern.

Poirot la recorrió, observando automáticamente las huellas de dos individualidades diferentes: una pulcritud y delicadeza, que asoció con Cristina, y un pintoresco desorden, que era la

característica de Patrick. Aparte de aquellos indicios delatores de la personalidad, la habitación no le interesó.

Seguía a continuación la habitación de Rosamund Darnley, y en ella se detuvo unos momentos gozando el vivo placer de observar la personalidad de su dueña.

Observó los libros colocados sobre la mesa junto a la cama y la refinada sencillez de los adminículos esparcidos por el tocador. Y allí percibió su olfato el elegante perfume usado por Rosamund Darnley.

A continuación de la habitación de Rosamund Darnley, en el extremo Norte del pasillo, se abría una puerta vidriera desde la que una escalera exterior conducía a las rocas de abajo.

—Por aquí baja la gente a bailarse antes de desayunar —explicó Weston.

La mirada de Hércules Poirot mostró repentino interés. El detective se asomó al balcón y miró hacia abajo.

Un sendero cortaba en zigzag las locas hasta llegar al mar. Había también otro que rodeaba el hotel hacia la izquierda.

—Se puede bajar por estas escaleras —dijo Poirot—, rodear el hotel por la izquierda y salir al camino principal que arranca de la calzada.

—Y también se puede atravesar la isla por la derecha sin necesidad de cruzar por delante del hotel —añadió Weston—. Pero así y todo, le verían a uno desde una ventana.

—¿Desde qué ventana?

—Dos de los cuartos de baño tienen vistas hacia esa parte, así como las salas de tertulia de la planta baja y el salón de billar.

—Cierto —dijo Poirot—, pero los primeros tienen cristales deslustrados, y no se pone uno a jugar al billar en una hermosa mañana de sol.

—Exacto —convino Weston—. Pero, contando con ello, ése fue el camino que tomó él.

—¿Se refiere usted al capitán Marshall?

—Sí. Todos los indicios apuntan hacia él. Por otra parte, su conducta no puede ser más sospechosa y desdichada.

—Es posible —dijo Poirot—, pelo las rarezas de un hombre no bastan para convertirle en asesino.

—Entonces ¿cree usted que debemos descartarle? —inquirió

Weston.

—No me atrevería a decir tanto —contestó Poirot.

—Veremos lo que Colgate ha averiguado de la coartada de la máquina de escribir —dijo Weston—. Entretanto, la camarera de este piso nos está esperando para ser interrogada. Su declaración puede aclararnos muchas cosas.

La camarera era una mujer de treinta años, vivaracha e inteligente. Sus respuestas fueron claras y terminantes.

El capitán Marshall había subido a su habitación no mucho después de las diez y media. Ella estaba entonces terminando de arreglar el cuarto. Él le pidió que terminase lo antes posible. La camarera no le había visto volver, pero había oído poco después el ruido de su máquina de escribir. Serían entonces las once y cinco aproximadamente. Ella se encontraba en aquel momento en la habitación de los señores Redfern. Cuando terminó de arreglarla, se trasladó a la de *miss* Darnley, situada al final del pasillo. Desde allí no podía oír la máquina de escribir. Fue a la habitación de *miss* Darnley poco después de las once. Recordaba haber oído la campana de la iglesia de Leathercombe dar la hora al entrar. A las once y cuarto había bajado a tomar un piscolabis. Después había ido a arreglar las habitaciones de la otra ala del hotel. A una pregunta del coronel Weston, la camarera explicó que había hecho las habitaciones de aquel pasillo en el orden siguiente:

La de *miss* Linda Marshall, los dos cual tos de baño públicos, la habitación de *mistress* Marshall y su cuarto de baño privado, y la del capitán Marshall La habitación de los señores Redfern con su cuarto de baño y la de *miss* Darnley, también con su cuarto de baño. En cuanto a las habitaciones del capitán Marshall y de *miss* Marshall carecían de cuarto de baño privado.

Durante el tiempo que permaneció en la habitación de *miss* Darnley no había oído pasar a nadie por delante de la puerta o visto salir por la escalera exterior a las locas, pero era muy probable que no lo hubiera oído de haber salido alguien silenciosamente.

Weston orientó luego sus preguntas hacia el tema de *mistress* Marshall. No, la señora Marshall no se levantaba temprano por lo general. Ella, la camarera Gladys Narracott, se había sorprendido al encontrar la puerta abierta y que *mistress* Marshall había bajado poco después de las diez. Aquello era algo completamente

desacostumbrado.

—¿Desayunaba *mistress* Marshall siempre en la cama?

—Oh, sí, señor, siempre. Pero desayunaba muy poco. Solamente té y jugo de naranja y una tostada. Esto lo hacen muchas señoras para adelgazar.

No; no había notado nada desacostumbrado en *mistress* Marshall aquella mañana. Tenía el humor de costumbre.

—¿Que opinión tenía usted de *mistress* Marshall, *mademoiselle*? —preguntó Poirot.

—Eso no está bien que yo lo diga, señor —se excusó Gladys Narracott.

—Por el contrario, estará muy bien —replicó Poirot—. Estamos ansiosos, muy ansiosos de escuchar su opinión, que será muy valiosa para nosotros.

Gladys dirigió una temerosa mirada al coronel, quien se esforzaba por poner gesto de aprobación, aunque realmente se sentía ligeramente desconcertado por los extraños métodos de su colega extranjero.

Por primera vez abandonó Gladys Narracott su animosa serenidad. Sus dedos no hacían más que alisar la punta de su delantal.

—Verá usted —empezó diciendo—; a mí *mistress* Marshall no me parecía del todo una señora. Quiero decir que recordaba más a una actriz.

—Como que lo era —dijo el coronel Weston.

—Sí, señor; eso es lo que iba a decir. Era una señora que lo hacia todo como le venía en gana. No se molestaba en ser cortés si no se sentía con humor para serlo. Tan pronto era toda sonrisas y arrumacos como la trataba a una con la mayor grosería, sólo porque no había acudido en seguida a la llamada del timbre o no le había devuelto su ropa blanca. Ninguna de nosotras la queríamos. Pero sus vestidos eran bonitos y ella una mujer muy guapa, y era natural que se la admirase.

—Siento tener que dirigir a usted la pregunta que le voy a hacer —intervino el coronel—, pero es algo de vital importancia. ¿Puede usted decirme cómo se llevaba con su marido?

Gladys Narracott titubeó un momento.

—¿Es que sospecha usted de él? —preguntó.

—¿Qué le parecería a usted si sospechásemos? —preguntó a su vez Poirot.

—Oh, no quiero ni pensarlo. El capitán Marshall es todo un caballero y no pudo hacer eso.

—Pero usted no está muy segura… lo noto en su voz.

—¡Lee una tantas cosas en los periódicos! —exclamó Gladys—. Los celos son mala cosa. Además, todo el mundo habla de lo mismo… ¡de ella y de *mister* Redfern! ¡Lástima de señora! *Mister* Redfern también es un perfecto caballero, pero parece ser que los hombres pierden la cabeza con mujeres como *mistress* Marshall, tan bella y elegante… Yo no sé si el capitán Marshall llegaría a enterarse.

—Y si se enteró, ¿qué? —preguntó vivamente el coronel Weston.

—A veces llegué a pensar que *mistress* Marshall tenía miedo de que su marido se enterase.

—¿Qué le hacía a usted pensarlo?

—No era nada concreto, señor. Era solamente que a veces me parecía que le tenía miedo. Él es un caballero muy tranquilo… pero nunca se sabe lo que una persona lleva dentro.

—Hasta ahora no nos ha dicho usted nada concreto —dijo Weston—. ¿No escuchó usted nunca alguna conversación entre los dos?

Gladys Narracott negó con un lento movimiento de cabeza.

Weston lanzó un suspiro de resignación.

—Hablemos, entonces, de las cartas recibidas por *mistress* Marshall esta mañana —dijo—. ¿Puede usted decirnos algo de ellas?

—Hubo seis o siete, señor. No puedo decirlo exactamente.

—¿Se las llevó usted a la señora?

—Sí, señor. Las recogí en el despacho, como de costumbre, y las puse en la bandeja del desayuno.

—¿Recuerda usted algo de su aspecto?

—Eran cartas de aspecto corriente. Algunas me parecieron facturas y circulares, porque la señora las rompió y echó los pedazos en la bandeja.

—¿Qué fue de ellos?

—Fueron a parar al cajón de la basura, señor. Un policía los está examinando ahora.

—¿Y el contenido del cesto de los papeles?

—Estará también en el cajón de la basura.

—Muy bien; nada más por ahora —dijo Weston, lanzando una interrogadora mirada a Poirot.

Poirot se inclinó hacia delante y formuló una última pregunta:

—Cuando arregló la habitación de *miss* Linda esta mañana, ¿limpió usted la chimenea?

—No tenía nada que limpiar, señor. No se había encendido fuego en ella.

—¿Y no había nada en el hogar?

—Nada absolutamente.

—¿A qué hora arregló usted la habitación?

—A las nueve y cuarto, cuando la señorita bajó a desayunar.

—¿Sabe usted si después de desayunar volvió a subir a su habitación?

—Sí, señor; subió a las diez menos cuarto.

—¿Se quedó en la habitación?

—No, señor. Salió, algo apresuradamente, poco antes de las diez y media.

—¿Usted no volvió a entrar en su habitación?

—No, señor. Había terminado con ella.

—Hay otra cosa que necesito saber —dijo Poirot—. ¿Qué personas se bañaron antes de desayunar esta mañana?

—No puedo saber lo que hicieron las que habitan en la otra ala o en el piso de arriba. Sólo estoy enterada de las que se alojan en éste.

—Es precisamente lo que me interesa saber.

—Pues me parece que el capitán Marshall y *mister* Redfern fueron los únicos que se bañaron esta mañana. Siempre bajan temprano a darse un chapuzón.

—¿Los vio usted?

—No, señor; pero sus ropas de baño estaban puestas a secar en la barandilla del balcón, como de costumbre.

—¿*Miss* Linda Marshall no se bañó esta mañana?

—No, señor. Su ropa de baño estaba seca.

—Es todo lo que quería saber —dijo Poirot.

—Pero la señorita se baña casi todas las mañanas —añadió espontáneamente Gladys Narracott.

—¿Y los otros tres, *miss* Darnley, *mistress* Redfern y *mistress* Marshall?

—La señora Marshall nunca se bañaba tan temprano, señor. *Miss* Darnley lo hizo una o dos veces. *Mistress* Redfern no se baña con frecuencia antes de desayunar… solamente cuando hace mucho calor, pero no se bañó esta mañana.

—¿Ha observado usted si falta un frasco de alguna de las habitaciones que limpió usted? —preguntó de pronto Poirot.

—¿Un frasco, señor? ¿Qué clase de frasco?

—Desgraciadamente, no lo sé. Pero ¿lo ha notado usted… o lo hubiese notado si hubiese desaparecido alguno de ellos?

—Tratándose de la habitación de *mistress* Marshall, eso no sería posible. ¡Tiene tantos la señora!

—¿Y las otras habitaciones?

—De *miss* Darnley tampoco estoy segura. Tiene muchas cremas y lociones. En las otras habitaciones ya es más fácil notar la falta de algún frasco.

—¿Pero usted no los echó de menos realmente?

—No, porque no puse cuidado.

—Quizá sería otra cosa si lo mirase usted ahora, ¿verdad?

—Ciertamente, señor.

La camarera abandonó la habitación. Weston miró interrogadoramente a Poirot.

—¿A qué viene todo esto? —le preguntó.

—¡Es mi metódica imaginación que se preocupa de bagatelas! —contestó Poirot—. *Miss* Brewster estuvo esta mañana bañándose junto a las rocas antes de desayunar y dice que le arrojaron desde arriba un frasco que casi le dio. Y bien; quiero saber quién arrojó ese frasco y por qué.

—Mi querido amigo, cualquiera pudo arrojar ese frasco sin propósito alguno.

—No lo crea. Para empezar, sólo pudo ser arrojado desde una ventana de la parte Este del hotel, es decir, desde una de las ventanas de las habitaciones que acabamos de examinar. Y ahora pregunto yo: si usted tiene un frasco vacío en su tocador o en su cuarto de baño, ¿qué haría con él? Yo contestaría que arrojarlo al cesto de los papeles. ¡No se toma uno la molestia de salir al balcón para lanzarlo al mar! En primer lugar, se corre el riesgo de dar a

alguien, y en segundo, seria tomarse demasiado trabajo. No; sólo se hace eso cuando *se quiere que alguien no vea ese frasco particular*.

Weston se le quedó mirando de hito en hito.

—Ya sé —dijo— que el inspector jefe Japp, a quien conocí no hace mucho tiempo, acostumbra a decir que tiene usted una imaginación tortuosa. ¿No me irá usted a decir ahora que Arlena Marshall no fue estrangulada, sino envenenada con un frasco misterioso que contenía una droga misteriosa?

—No; no creo que hubiese veneno en aquella botella.

—¿Qué había entonces?

—Lo ignoro. Eso es precisamente lo que me interesa.

Regresó Gladys Narracott, un poco agitada.

—Lo siento, señor —dijo—; pero no echo nada de menos. Estoy segura de que no falta nada de las habitaciones del capitán Marshall ni de *miss* Linda ni de la de los señores Redfern, y casi segura de que de la de *miss* Darnley no ha desaparecido nada tampoco. Pero no podría decir lo mismo de la de *mistress* Marshall. Como dije antes, en su tocador hay demasiados chirimbolos.

—No importa —dijo Poirot, encogiéndose de hombros—. Prescindiremos de ese detalle.

—¿Desea algo más el señor? —preguntó Gladys Narracott.

La muchacha paseó la mirada de uno a otro.

—No, muchas gracias —contestó Weston.

—Muchas gracias —dijo Poirot—. ¿Está usted segura de que no hay nada, nada en absolutos que haya olvidado decirnos?

—¿Acerca de la señora Marshall, señor?

—Acerca de cualquier cosa. Algo desacostumbrado, fuera de lo corriente, inexplicable, peculiar, curioso… *en fin*, algo que le haya hecho decirse a sí misma o a alguna de sus colegas: «¡Es extraño!».

—Pero ¿a qué clase de cosas se refiere usted? —insistió la camarera.

—Nada importa a lo que me refiera —replicó Poirot—. ¿Es cierto o no que usted dijo hoy a una de sus compañeras: «¡Es extraño!»?

Poirot recalcó con cierta ironía las dos palabras.

—No era nada realmente —dijo Gladys—. Se trataba de que se oía correr el agua de un baño y yo dije a mi compañera Elsie que era extraño que alguien se estuviese bañando cerca de las doce.

—¿De qué baño se trataba? ¿Quién tomó el baño?

—Eso no podríamos decírselo, señor. Nosotras oímos correr el agua y nada más.

—¿Está usted segura de que era un baño? ¿No sería un lavabo?

—¡Oh, completamente segura, señor! No se puede confundir el ruido del agua que produce un baño al vaciarse con el de un lavabo.

Poirot no mostró nuevos deseos de retener a la camarera, y Gladys Narracott recibió permiso para retirarse.

—No creerá usted que ese detalle del baño sea importante, ¿verdad, Poirot? —preguntó Weston—. No había manchas de sangre ni nada por el estilo que lavar. Es una de las ventajas del…

—Sí, una de las ventajas del estrangulamiento —completó Poirot —. Ni manchas de sangre, ni armas, ni nada de que deshacerse o que ocultar. No se necesita más que fuerza física ¡*y tener alma de asesino*!

Su voz tuvo un tono tan vehemente, tan apasionado, que Weston se amoscó un poco. Hércules Poirot le sonrió disculpándose.

Hubo una pausa.

—Tiene usted razón —dijo—, lo del baño carece probablemente de importancia. Cualquiera pudo tomar un baño. La señora Redfern antes de bajar a jugar al tenis, el capitán Marshall, *miss* Darnley ¡cualquiera! El detalle no tiene nada de particular.

Un agente de policía llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—Es *miss* Darnley, señor. Dice que desearía ver a ustedes un momento. Se le olvidó decirles algo que considera importante.

—Ahora bajamos —dijo Weston.

3

Al primero que vieron fue a Colgate. Su rostro tenía una expresión sombría.

—Un momento, señor.

Weston y Poirot le siguieron al despacho de *mistress* Castle.

—He estado comprobando con Heald lo de la máquina de escribir —dijo Colgate—. No cabe duda de que el trabajo no puede hacerse en menos de una hora. Y es bastante más, si hay que detenerse de vez en cuando para pensar. Lea ahora esta carta.

Mi querido Marshall:

Siento turbar tus vacaciones, pero ha surgido una situación completamente imprevista en el asunto de los contratos de Burley y Tender…

—Etcétera, etcétera —añadió Colgate—. Está fechada el veinticuatro, es decir, ayer. El sobre lleva el cuño de ayer tarde, el de Londres, y el de Leathercombe Bay esta mañana. Utilizaron la misma máquina para el sobre y para la carta. Y por el contenido resulta claramente imposible que Marshall preparase la contestación de antemano. Las cifras que figuran en ésta son consecuencia del asunto de que trata la carta y… en fin, que todo el asunto es muy complicado.

—¡Hum! —rezongó Weston—. Al parecer habrá que descartar también a Marshall. Tendremos que investigar por otro lado. Ahora voy a ver a *miss* Darnley. Nos está esperando.

Entró Rosamund. Su sonrisa parecía pedir perdón por anticipado.

—No saben lo que siento molestarles —dijo—. Probablemente no valdrá la pena, pero olvidé decirles algo que, a mi juicio, tiene cierto interés.

—Usted dirá, *miss* Darnley —dijo Weston, indicando una silla.

—Oh, ni siquiera necesito sentarme —se excusó la joven—. Se trataba sencillamente de esto: yo les dije a ustedes que pasé la mañana en Sunny Ledge. No es del todo exacto. Olvidé decir que regresé una vez al hotel y volví a salir.

—¿A qué hora fue eso, *miss* Darnley?

—Alrededor de las once y cuarto.

—¿Y dice usted que volvió al hotel?

—Sí, había olvidado mis lentes ahumados. Al principio pensé que podría pasarme sin ellos, pero se me cansaron los ojos y decidí venir a buscarlos.

—¿Y fue usted directamente a su habitación?

—Sí. Es decir, no hice más que asomarme un momento a la habitación de Kenn… del capitán Marshall. Oí teclear en su máquina y pensé que era absurdo que se encerrase a escribir con un día tan hermoso. Me asomé para decirle que saliese.

—¿Y qué contestó el capitán Marshall?

Rosamund sonrió con cierto misterio.

—Cuando abrí la puerta estaba tan entusiasmado escribiendo y parecía tan abstraído en su trabajo, que decidí retirarme silenciosamente. No creo que ni siquiera me viese.

—¿A qué hora fue eso, *miss* Darnley?

—A las once y veinte aproximadamente. Al salir miré el reloj del vestíbulo.

4

—Esto acaba de poner la tapadera —comentó el inspector Colgate—. La camarera le oyó teclear hasta las once menos cinco. *Miss* Darnley le vio a los once menos veinte, y la mujer fue muerta a las doce menos cuarto. Él dice que pasó aquella hora escribiendo en su cuarto, y no hay nada que contradiga su afirmación. Esto excluye al capitán Marshall por completo.

Colgate hizo una pausa y miró a Poirot con curiosidad.

—*Mister* Poirot parece muy preocupado por algo —dijo.

—Me estoy preguntando —contestó Poirot— por qué se ha presentado tan repentinamente a hacer esta declaración extraordinaria.

—¿Le parece extraño? —preguntó Colgate, ya intrigado.

—¿Es que no cree usted en lo del olvido? —Colgate reflexionó unos momentos.

—Vamos a examinar este incidente desde otro aspecto —dijo al fin—. Supongamos que *miss* Darnley no estuviese en Sunny Ledge como dijo. En ese caso su declaración es falsa. Supongamos ahora que después de haberla hecho se enteró de que alguien la había visto en alguna otra parte o de que alguien fue a Sunny Ledge y no la encontró allí. Discurrió entonces rápidamente esta historia y vino a contárnosla para justificar su ausencia. Observarían ustedes que tuvo buen cuidado de hacer resaltar que el capitán Marshall no la vio cuando Se asomó a su habitación.

—Sí, ya lo observé —murmuró Poirot.

—¿Quiere usted sugerir que *miss* Darnley está complicada en

esto? —preguntó Weston con acento de incredulidad.

—Eso me parece absurdo. ¿Por qué iba a intervenir?

Colgate tosió para aclararse la garganta.

—Recordará usted lo que dijo la dama americana, *mistress* Gardener. Esa señora indicó que *miss* Darnley estaba enamorada del capitán Marshall. ¿No encuentra usted la explicación ahí, señor?

—Arlena Marshall no fue muerta por una mujer —replicó Weston, impaciente—. Es un hombre el que tenemos que buscar.

—Sí, es cierto, señor —suspiró Colgate—. Es preciso seguir ateniéndonos a nuestra primera hipótesis de asesino, hombre y nada más que hombre.

—Dedique un agente a comprobar un dato que necesito —ordenó Weston—; el tiempo que se emplea en ir desde el hotel, atravesando la isla, hasta lo alto de la escalerilla. Que calcule el tiempo corriendo y al paso. Otro agente comprobará el tiempo que lleve ir en esquife desde la playa de baños hasta la ensenada.

—Me ocuparé de todo eso, señor —prometió Colgate.

—Yo marcharé a visitar la ensenada ahora —declaró Weston—. Veremos si Phillips ha descubierto algo. Allí está también la Cueva del Pirata, de la que tanto hemos oído hablar. Es preciso ver si encuentran en ella huellas de alguien que se hubiese escondido allí. ¿Qué le parece, Poirot?

—Muy bien. Es una posibilidad —contestó el detective.

—Si alguien consiguió penetrar inadvertido en la isla, encontraría allí un buen sitio para esconderse. Supongo que los habitantes de la localidad conocerán bien esa cueva.

—No creo que la conozca la generación más joven —repuso Colgate—. Ello es debido a que desde que se edificó este hotel, las ensenadas pasaron a ser propiedad privada. Allí no van ni pescadores ni excursionistas. Y la servidumbre del hotel no es de la localidad. *Mistress* Castle es londinense.

—Podemos hacer que nos acompañe Redfern —propuso Weston —. Él fue quien primero nos habló de la cueva.

—¿Vendrá usted, *mister* Poirot?

Hércules Poirot titubeó y terminó contestando con pronunciado acento extranjero:

—No. Digo lo que *miss* Brewster y *mistress* Redfern: no me gusta bajar por las escalerillas perpendiculares… a veces son peligrosas.

—Puede usted ir en bote.

Hércules Poirot lanzó un suspiro.

—Mi estómago no se siente muy feliz en el mar.

—¡Pero si hace un día hermoso! El mar está como un estanque. No puede usted abandonarnos.

Hércules Poirot iba a discurrir una nueva negativa cuando *mistress* Castle asomó por la puerta su complicado peinado.

—Espero que no les molestaré —dijo—, pero *mister* Lane, el clérigo que ustedes conocen, acaba de regresar, y pensé que quizá quisieran ustedes verle.

—¡Ah, sí, muchas gracias, *mistress* Castle! Le veremos ahora mismo.

Mistress Castle penetró un poco más en la habitación.

—No sé si valdrá la pena mencionarlo —dijo con aire de misterio—, pero siempre he oído decir que no debe desperdiciarse el más ligero detalle…

—Sí, sí; así es —dijo Weston impaciente.

—Se trata de que a eso de la una estuvieron aquí una señora y un caballero. Vinieron del continente a almorzar, Les dijimos que había ocurrido un accidente y que, dadas las circunstancias, no se podían servir almuerzos.

—¿Tiene usted idea de quiénes eran?

—Lo ignoro. No me dieron el nombre, naturalmente. Me expresaron su decepción y revelaron cierta curiosidad por conocer la naturaleza del accidente. Yo no les conté nada, por supuesto. Por su aspecto me parecieron veraneantes de la mejor clase.

—Bien, gracias por el informe —dijo Weston con cierta brusquedad. Probablemente no tendrá importancia, pero ha hecho usted bien en decírmelo.

—¡Yo siempre cumplo con mi deber! —declaró solemnemente *mistress* Castle.

—Muy bien, muy bien. Diga a *mister* Lane que entre.

5

Stephen Lane entró en la habitación, caminando con su acostumbrado vigor.

—Soy el jefe de policía de este distrito —se anunció Weston—. Supongo que le habrán dicho lo que ha ocurrido aquí.

—Sí… ¡oh, sí, me enteré en cuanto llegué! Terrible… terrible. —Su recio armazón se estremeció—. Desde que estoy aquí —añadió abajando la voz—, he tenido la sensación de que nos iban cercando las fuerzas del Mal.

Sus ojos, ávidos y ardientes, se clavaron en Poirot.

—¿Recuerda, *mister* Poirot, nuestra conversación de hace unos días? ¿Sobre la realidad del Mal?

Weston estudiaba la alta y corpulenta figura del clérigo con cierta perplejidad. Encontraba difícil llegar a comprender a aquel hombre. La mirada de Lane volvió a él. El clérigo añadió con leve sonrisa:

—No sé por qué se me figura que le parezco a usted fantástico, señor. En nuestros días hemos abandonado la creencia en el Mal. ¡Hemos abolido el fuego del infierno! ¡Ya no creemos en el Diablo! ¡Pero Satán y los emisarios de Satán nunca fueron más poderosos que hoy en día!

—¡Oh, sí, es muy posible! —dijo Weston—. Pero todo eso, *mister* Lane, es de su ministerio. El mío es más prosaico… consiste en aclarar un caso de asesinato.

—Horrible palabra. ¡Asesinato! —exclamó Stephen—. Uno de los primeros pecados que se conocieron sobre la Tierra: el cruel derramamiento de la sangre de un hermano inocente… —Hizo una pausa, con los ojos medio cerrados, y añadió en tono más natural—: ¿En qué —puedo servirle?

—En primer lugar, *mister* Lane, ¿quiere decirme en qué empleó hoy su tiempo?

—Con mucho gusto. Salí muy temprano para una de mis acostumbradas excursiones. Me gusta andar. He recorrido la mayor parte de estos alrededores. Hoy fui hasta Saint Petrock-in-the-Combe. Dista unas siete millas de aquí, una agradable caminata por intrincados senderos, subiendo y bajando por montañas y valles. Me llevé el almuerzo y me lo comí en un bosque. Visité la iglesia, que tiene fragmentos de vidrieras antiguas, y también unas interesantísimas pinturas murales.

—Gracias, *mister* Lane. ¿Encontró a alguien en el camino?

—Por supuesto. Me crucé con un coche y con un par de

muchachos en bicicleta. No obstante —añadió sonriendo—, si usted quiere pruebas de mis afirmaciones, inscribí mi nombre en el libro de la iglesia. Lo encontrará usted allí si se llega a visitarla.

—¿No vio usted a nadie en la iglesia… al vicario o al pertiguero?

—No, no había nadie por allí, y yo era el único visitante. Saint Petrock es un lugar muy apartado. El verdadero pueblo está situado a media milla.

—No debe usted pensar que dudamos de lo que usted dice —se disculpó amablemente Weston—. Hemos hecho lo mismo con todo el mundo. Cuestión de rutina, como usted sabe, mera rutina. En casos de esta clase no hay más remedio que seguirla.

—¡Oh, sí!, lo comprendo perfectamente —dijo Stephen Lane con toda amabilidad.

—Toquemos otro punto —prosiguió Weston—. ¿Sabe usted algo que pueda ayudarnos en nuestra tarea? ¿Algo referente a la mujer muerta? ¿Algo que nos de una pista del que la asesinó?

—No sé nada —contestó Stephen—. Todo lo que puedo decir es esto: que supe instintivamente, tan pronto como la vi, que Arlena Marshall era un foco de maldad. ¡Ella era el Mal! ¡El Mal personificado! La mujer puede ser la ayuda del hombre y la inspiración de su vida, pero también puede ser su perdición. Puede arrastrarle al nivel de la bestia. La muerta era una mujer de ésas. Sus falsos encantos subyugaban a los hombres. Era como Jezabel y Aholibah. ¡Ahora yace aplastada por el peso de su maldad!

Hércules Poirot se estremeció.

—Aplastada, no —murmuró—, ¡estrangulada! Estrangulada, *mister* Lane, por un par de manos humanas.

Las propias manos del clérigo temblaron. Sus dedos parecieron engarfiarse en algo invisible. Cuando habló, su voz fue ronca y ahogada.

—Es horrible… horrible.

—Pero es la simple verdad —replicó Poirot—. ¿Tiene usted idea, *mister* Lane, de qué manos fueron ésas?

Lane movió lentamente la cabeza.

—No se nada… nada…

Weston se puso en pie, y tras lanzar una mirada a Colgate, a la que éste correspondió con un ligero gesto, dijo con cierto tono de

impaciencia:

—Bien; tenemos que salir para la Cueva.

—¿Es allí donde… sucedió? —preguntó Lane.

Weston hizo un gesto afirmativo.

—¿Puedo… puedo ir con ustedes? —inquirió el clérigo.

A punto de dar una lacónica negativa, Weston dejó que Poirot contestase:

—No hay inconveniente. Me acompañará usted en un bote, *mister* Lane. Saldremos inmediatamente.

Capítulo IX

1

Por segunda vez en aquella mañana, Patrick Redfern remaba en un bote hacia la Ensenada del Duende. Los otros ocupantes de la embarcación eran Hércules Poirot, muy pálido y con una mano en el estómago, y Stephen Lane, El coronel Weston había seguido la ruta terrestre, y como se retrasó algo en el camino, llegó a la playa al mismo tiempo que encallaba el bote. Un agente y un sargento de policía se encontraban ya en la playa. Weston se dedicaba a interrogar al último cuando se le reunieron los ocupantes de la embarcación.

—Hemos registrado hasta la última pulgada de playa, señor —dijo el sargento Phillips.

—Bien, ¿qué encontraron, ustedes?

—Lo hemos reunido todo. Si quiere usted venir, lo verá, señor.

Sobre una roca había extendida una pequeña colección de objetos: un par de tijeras, un paquete vacío de Gold Flake, cinco tapones de botellas, un cierto número de fósforos usados, tres trozos de cordón, uno o dos fragmentos de periódicos, un trozo de una pipa aplastada, cuatro botones, el hueso de una pata de pavo y un botellín de aceite para el sol, vacío.

Weston examinó detenidamente todos los objetos.

—¡Hum! —rezongó—. ¡Poca cosa para una playa de nuestros días! ¡La mayoría de la gente parece confundir una playa con un basurero público! El frasco vacío lleva aquí algún tiempo, a juzgar por lo borroso de la etiqueta… y lo mismo la mayor parte de las otras cosas. Las tijeras, no obstante, están nuevas, pulidas y brillantes. ¡No estuvieron expuestas a la lluvia de ayer! ¿En dónde

las encontraron?

—Casi al pie de las escalerillas señor. Y también, este trozo de pipa.

—Hum, probablemente dejada caer por alguno al subir o bajar. ¿Averiguaron a quién pertenecen las tijeras?

—No, señor. Son unas tijeras corrientes, para uñas. La pipa es de buena calidad… y de precio.

—Me parece que el capitán Marshall nos dijo que había perdido su pipa —murmuró Poirot.

—El capitán Marshall quedó excluido del cuadro —replicó Weston—. Además, no es la única persona que fuma en pipa aquí.

Hércules Poirot observó que Stephen Lane se introducía instintivamente la mano en un bolsillo.

—¿Usted también fuma en pipa, verdad, *mister* Lane? —le preguntó.

El clérigo miró a Poirot con asombro.

—Sí, ¡oh, sí! —contestó.

—Mi pipa es una vieja amiga y compañera—. Volvió a meterse la mano en un bolsillo y sacó una pipa, que llenó de tabaco y encendió.

Hércules Poirot se aproximó a Redfern, que permanecía en pie con la mirada fija en el suelo.

—Me alegro de que… se la hayan llevado —dijo en voz baja el joven.

—¿En dónde la encontraron? —preguntó Stephen Lane.

—Casi donde está usted, señor —contestó alegremente el sargento.

Lane se apartó rápidamente a un lado, y se quedó mirando el sitio que acababa de abandonar.

—El lugar adonde fue empujado el esquife por la marea —prosiguió el sargento— indica que la víctima llegó aquí a eso de las diez y cuarenta y cinco.

—¿Han fotografiado todo esto? —preguntó Weston.

—Sí, señor.

Weston se dirigió a Redfern.

—Vamos a ver, joven, ¿dónde está la entrada de su cueva?

Patrick Redfern tenía todavía fija la vista en el sitio de la playa donde había estado Lane. Era como si contemplase aún aquel

cuerpo inanimado, para él tan querido y que ya no estaba allí.

Las palabras de Weston le volvieron a la realidad.

—Está allí.

Avanzó hacia una gran masa de rocas apiladas pintorescamente por el lado del acantilado, y se dirigió directamente al sitio donde dos grandes peñascos dejaban entre sí una estrecha abertura.

—Esta es la entrada —dijo.

—¿Aquí? —preguntó Weston con extrañeza—. Me parece imposible que pueda entrar un hombre por ahí.

—La vista engaña, señor. Pruébelo y verá como sí es posible.

Weston se insertó en la abertura. No era tan estrecha como parecía. Dentro, el espacio se ensanchaba hasta formar un recinto lo suficientemente amplio para permitir permanecer en pie y andar de un lado a otro.

Hércules Poirot y Stephen Lane se reunieron con el coronel Weston. Los otros se quedaron fuera. Se filtraba alguna claridad por la abertura, pero Weston llevaba también una potente linterna con la que registró perfectamente todo el interior de la cueva.

—Buen escondrijo —comentó—. Desde fuera, yo nunca hubiera sospechado su existencia.

El rayo de luz de su linterna recorrió cuidadosamente el suelo.

Hércules Poirot olfateaba delicadamente el aire. Al advertirlo, dijo Weston:

—Aire completamente fresco. No huele a pescado ni a algas. Se ve que esta cueva está muy por encima del nivel de la marea alta.

Pero para el sensible olfato de Poirot el aire era más que fresco. Estaba delicadamente perfumado. Poirot conocía a dos personas que usaban aquel delicioso perfume…

El haz de luz se detuvo.

—No se ve por aquí nada extraño —dijo Weston.

Poirot levantó la mirada hacia un pequeño reborde un poco por encima de su cabeza.

—¿Y no habrá allí nada que ver? —preguntó.

—Si lo hay —dijo Weston—, lo habrán puesto deliberadamente. Sin embargo, haremos bien en mirarlo.

—Usted es el más alto de todos nosotros, monsieur —dijo Poirot a Lane—. ¿Podemos pedirle que mire si hay algo en aquel reborde?

Lane se estiró, pero no pudo llegar al sitio indicado. Vio

entonces una rendija en la roca, introdujo un pie en ella y se izó, agarrándose con una mano al reborde.

—Sí, aquí hay una caja —anunció el clérigo, tras de pasear un trecho la mano por la pequeña cornisa.

Unos instantes más tarde hallábanse otra vez al sol y examinaron el hallazgo de Stephen Lane.

—Vayan con cuidado y tóquenla solamente lo indispensable —advirtió Weston—. Puede haber huellas dactilares.

Era una caja de hojalata de color verde oscuro y llevaba impresa la palabra emparedados.

—Supongo que la habrán dejado algunos excursionistas —opinó el sargento Phillips.

El policía abrió la tapa con su pañuelo.

En el interior había pequeños recipientes de hojalata marcados con la palabra «sal», «pimienta», «mostaza», y dos cuadrados y más grandes, evidentemente destinados a los emparedados. El sargento Phillips levantó la tapa del recipiente de la sal. Estaba lleno hasta el borde. Levantó entonces la del segundo recipiente y comentó:

—¡Hum, hay también sal en el de la pimienta!

El compartimiento de la mostaza contenía igualmente sal.

Su rostro reveló repentina alarma. El sargento abrió uno de los recipientes cuadrados. Contenía también el mismo polvo, blanco y cristalino.

El sargento introdujo apresuradamente un dedo en el polvo y se lo aplicó a la lengua.

Cambió la expresión de su rostro.

—¡Esto no es sal, señor! —exclamó—. ¡Ni mucho menos! ¡Sabe muy amargo! No sé por qué me parece que es una *droga*.

2

—El tercer ángulo —dijo el coronel Weston gruñendo.

Habían regresado al hotel.

El coronel Weston prosiguió:

—Si por casualidad se tratase de un estupefaciente, se nos abren varias posibilidades. La primera de todas es que la mujer muerta

pudo estar en inteligencia con los mismos contrabandistas. ¿Le parece probable?

—Es posible —contestó Poirot.

—Quizá fue ella misma una morfinómana.

Poirot hizo un gesto negativo.

—Lo dudo —dijo—. Aquella mujer tenía los nervios muy firmes, salud radiante y no se observaban huellas de inyecciones hipodérmicas (aunque esto no indicaría nada, pues hay gente que aspira la droga). No, no creo que fuese morfinómana.

—En ese caso —repuso Weston— pudo verse complicada en el asunto accidentalmente, y la redujeron al silencio los que llevaban el negocio. Pronto sabremos de qué droga se trata. La he enviado a Neasdon. Si se comprueba que es morfina, los que trafican con ella no son gente que se detenga ante nada...

Se interrumpió al ver que se abría la puerta para dar paso a *mister* Horace Blatt.

Mister Blatt parecía muy excitado. Se limpió el sudor de la frente con un pañuelo. Su voz poderosa llenó la pequeña habitación.

—¡Acabo de regresar y me entero de la noticia! ¿Es usted el jefe de Policía? Me dijeron que estaba usted aquí. Mi nombre es Blatt… Horace Blatt. ¿Puedo ayudarle en algo? No lo creo. He estado en mi bote desde esta mañana temprano. Me he perdido un gran espectáculo. ¡El único día que ocurre aquí algo, se me antoja marcharme! Así es la vida, ¿no es cierto? Hola, Poirot, no le había visto. ¿También está usted metido en esto? ¡Oh, es muy natural! Sherlock Holmes ayuda a la policía local, ¿no es eso? ¡Ja, ja! Me divertirá verle a usted trabajar como sabueso.

Mister Blatt echó el ancla en un sillón, sacó una pitillera y la ofreció al coronel Weston, quien la rechazó con un movimiento de cabeza.

—Soy un inveterado fumador de pipa —dijo con ligera sonrisa.

—Lo mismo que yo. Fumo cigarrillos también… pero no hay nada como una pipa.

—Pues enciéndala —le animó el coronel con repentina jovialidad.

—No llevo la pipa en este momento —dijo Blatt—. Las noticias me han trastornado un poco. Me he enterado de que *mistress* Marshall fue encontrada asesinada en una de estas playas.

—En la Ensenada del Duende —aclaró Weston, observándole atentamente.

Pero *mister* Blatt se limitó a preguntar con cierta excitación:

—¿Y la estrangularon?

—Sí, *mister* Blatt.

—Mal asunto. ¿Y tienen ustedes idea de quién la asesinó, si es que puedo preguntarlo?

—Permita que le recuerde que somos nosotros los que hemos de hacer preguntas —dijo Weston, sonriendo levemente.

—Lo siento, perdone mi equivocación. Prosiga.

—Dice usted que salió al mar esta mañana. ¿A qué hora?

—Salí de aquí a las diez menos cuarto.

—¿Iba alguien con usted?

—Nadie. Amo a veces la soledad.

—¿Y adonde fue usted?

—A lo largo de la costa, en dirección a Plymouth. Me llevé la merienda. No sopló mucho viento y realmente no me alejé mucho.

—Hablemos de los Marshall —dijo Weston, después de dos o tres preguntas más—. ¿Sabe usted algo que pueda ayudarnos?

—Le voy a dar a usted mi opinión. *Crime passionnel!* Todo lo que puedo decirle es que no fui yo. La rubia Arlena estaba de más para mí. Nada hay de nuevo por ese lado. Ella tenía ya su muchacho de ojos azules. Y lo malo era que Marshall se iba ya enterando.

—¿Tiene usted pruebas de eso?

—Le vi una o dos veces lanzar una mirada atravesada al joven Redfern. Raro individuo ese Marshall. Parece cachazudo y como si estuviera siempre medio dormido… pero no tiene esa reputación en la City. He oído una o dos cosas de él. Cierta vez casi le procesaron por agresión. Un individuo, en quien Marshall había confiado, le hizo una mala jugada…, un asunto muy sucio, según creo; y Marshall fue a buscarle, y medio lo mató. El individuo no le denunció, temeroso de lo que pudiera sucederle, pero la gente se enteró del asunto. Le doy a usted este interesante detalle por lo que valga.

—¿Así es que cree usted posible que el capitán Marshall estrangulase a su mujer? —preguntó Poirot.

—Nada de eso. Nunca dije tal cosa. He querido indicarles que se trata de un individuo que en ocasiones puede abandonar su flema.

—*Mister* Blatt —dijo Poirot—, hay razones para creer que la señora Marshall fue esta mañana a la Ensenada del Duende a reunirse con alguien. ¿Tiene usted idea de quién pueda ser?

Mister Blatt guiñó un ojo. El gesto era bien malicioso.

—No es una suposición. Es una certidumbre. ¡Redfern!

—No era *mister* Redfern.

—Entonces, no sé… —dijo Blatt titubeando—. No puedo imaginármelo.

Hizo una pausa y prosiguió, recobrando un poco el aplomo perdido:

—Como dije antes, ¡no fui yo! ¡No tuve tal suerte! Déjenme reflexionar. Gardener no pudo ser; su mujer no le quita el ojo de encima. ¿Y ese viejo asno de Barry? ¡Quiá! El párroco tampoco es probable. Aunque no lo querrán ustedes creer, pero he visto a su reverencia observándola sin pestañear. Mucha santa indignación, pero procuraba no perder detalle. Estos pastores de secta son un hatajo de hipócritas. ¿No le parece?

—¿No se le ocurre nada más que pueda ayudarnos? —preguntó Weston fríamente.

—No. No se me ocurre nada —contestó Blatt, y añadió tras una pausa—: Este asunto va a armar un poco de ruido, La Prensa se lanzará sobre él como chicos sobre pasteles calientes. El Jolly Roger no tendrá en lo futuro esa fama de remanso de paz… y de aburrimiento.

—¿No se ha divertido usted aquí? —preguntó Hércules Poirot con ironía.

El colorado rostro de *mister* Blatt enrojeció un poco más.

—No, no me he divertido —declaró—. El panorama, el servicio y los alimentos no tienen tacha… pero el lugar carece de emociones. ¡Ya saben lo que quiero decir! Mi dinero es tan bueno como el de cualquiera. Todos hemos venido a divertirnos. ¿Por qué no reunimos y tratar de pasarlo lo mejor posible? La gente se siente diseminada, y se limita a decir «buenos días», «buenas tardes». «Sí, hace un tiempo muy hermoso». ¡No hay alegría de vivir! ¡Todos son unas momias!

Mister Blatt se pasó el pañuelo por la frente una vez más y añadió en tono de disculpa:

—No me hagan ustedes caso. Estoy excitado.

3

—¿Qué pensar de *mister* Blatt? —murmuró Hércules Poirot.

—Eso digo yo —repuso el coronel Weston—. ¿Qué piensa usted de él? Usted le ha tratado más que yo.

—En su idioma inglés hay muchas frases que le describen. ¡Diamante en bruto! ¡Autodidacta! ¡Arribista! Según se le mire, es un hombre patético, ridículo, vocinglero. Todo es cuestión de opinión. Pero yo creo también que es algo más.

—¿Qué más?

Hércules Poirot levantó la mirada hacia el techo y murmuró:

—¡Creo que es… *nervioso*!

4

—He cronometrado aquellas distancias —informó el inspector Colgate—. Desde el hotel hasta el pie de la escalerilla de la Ensenada del Duende, tres minutos. Para ello hay que andar hasta perderse de vista el hotel y luego echar a correr como un endemoniado.

—Es menos tiempo del que yo pensé —dijo Weston, levantando las cejas.

—Desde el pie de la escalerilla hasta la playa, un minuto y tres cuartos. Subida, dos minutos. Esto, según Flint, que tiene algo de atleta. Caminando y tomando la escalerilla de un modo normal, se emplea cerca de un cuarto de hora.

—¿Y la cuestión de la pipa? —preguntó Weston.

—Fuman en pipa Blatt, Marshall y el clérigo —informó Colgate —. Redfern fuma cigarrillos, y el americano prefiere el cigarro. El mayor Barry no fuma en absoluto. Hay una pipa en la habitación de Marshall, dos en la de Blatt y una en la del pastor. La camarera dice que Marshall tiene dos pipas. La otra camarera no es muchacha muy despabilada. No sabe cuántas pipas tienen los otros dos. Dice vagamente que ha visto dos o tres en sus habitaciones.

—¿Algo más? —inquirió Weston.

—He investigado los antecedentes del personal del hotel. Todos parecen excelentes. Henry, el del bar, confirma la declaración de Marshall de que le vio a las once menos diez. William, el guarda de la playa, pasó la mayor parte de la mañana reparando la escalerilla de las rocas. George marcó la pista de tenis y luego preparó algunas plantas para el comedor. Ninguno de ellos vio a nadie que cruzase por la calzada hacia la isla.

—¿Cuándo quedó descubierta la calzada por la marea?

—A eso de las nueve y media, señor.

Weston comunicó a su subordinado el hallazgo de la caja de emparedados en la cueva.

5

Se oyó un golpe en la puerta.

—Entre —dijo Weston.

Era el capitán Marshall.

—¿Puede usted decirme qué preparativos puedo hacer para el funeral? —preguntó.

—Creo que podremos celebrar la información judicial pasado mañana, capitán.

—Muchas gracias.

—Permítame que le devuelva esto —intervino el inspector Colgate, entregando a Marshall las tres cartas.

Kenneth Marshall sonrió sardónicamente.

—¿Ha estado comprobando el departamento de policía la velocidad de mi escritura? —preguntó—. Espero que mi testimonio habrá quedado justificado.

—Sí, capitán Marshall —dijo Weston amablemente—, creo que podemos darle a usted un certificado de sanidad. Se emplea una buena hora en escribir a máquina esas hojas. Además, la camarera le oyó a usted teclear hasta las doce menos cinco y otro testigo le vio a usted a las once y veinte.

—¿De veras? ¡Todo eso parece muy satisfactorio! ¡Me alegro!

—Sí. *Miss* Darnley se asomó a su habitación a las once y veinte. Usted estaba tan abstraído escribiendo, que no se dio cuenta de su

presencia.

El rostro de Kenneth Marshall adoptó una expresión impasible.

—¿Dice eso *miss* Darnley? —preguntó—. Pues en realidad se equivoca. La vi, aunque ella quizá no se enterase. La vi por el espejo.

—¿Pero no interrumpió usted la escritura? —inquirió Poirot.

—No. Necesitaba terminar —contestó lacónicamente el capitán Marshall.

Guardó silencio unos momentos y preguntó bruscamente:

—Bien, ¿puedo servirles en algo más?

—No, gracias, capitán Marshall.

Kenneth se inclinó y abandonó la habitación.

—Se nos escapó nuestro mejor «sospechoso» —dijo Weston con un suspiro—. De ahora en adelante habrá que prescindir por completo de Marshall. ¡Caramba, aquí tenemos a Neasdon!

Entró el doctor. Parecía bastante emocionado.

—¡Bonitos polvos me envió usted para examinar! —exclamó.

—¿De qué se trata?

—¿De qué se trata? De hidrocloruro de diamorfina, llamado vulgarmente heroína.

El inspector Colgate lanzó un silbido de asombro.

—¡Ahora sí que vamos a alguna parte! —exclamó—. No sé por qué me parece que el hallazgo de esta droga constituye el fondo de todo este asunto.

Capítulo X

1

La pequeña multitud desalojó el edificio del Tribunal. La breve indagatoria había sido aplazada por quince días.

Rosamund Darnley se reunió con el capitán Marshall.

—Parece que no ha ido del todo mal, ¿eh, Kenn? —preguntó en voz baja.

Él no contestó de momento. Quizá se daba cuenta de las miradas de los aldeanos fijas en él, de los dedos que casi le apuntaban como diciendo: «Ese, ése es». «¡El marido!». «Mira, allá va».

Los murmullos no eran lo suficientemente altos para llegar a su oído, pero no por eso dejaba de adivinar su significado. Aquélla era la comidilla del día. Los periodistas estaban presentes a escribir aquel «No tengo nada que decir» que se había repetido tantas veces durante la vista. Aun los cortos monosílabos pronunciados con la esperanza de que no pudieran interpretarse mal, habían reaparecido en los periódicos de la mañana en una forma completamente diferente. «Preguntado si estaba de acuerdo con que el misterio de la muerte de su esposa podía solamente explicarse en el supuesto de que un maniático homicida hubiese penetrado en la isla, el capitán Marshall declaró que…» y así por el estilo.

Las cámaras fotográficas habían funcionado incesantemente. Aun le pareció oír uno de sus chasquidos. Se volvió rápidamente, un joven fotógrafo le sonrió jovial, cumplido ya su propósito.

—El capitán Marshall y una amiga abandonando el edificio de la Audiencia después de la indagatoria —murmuró Rosamund.

Marshall hizo un gesto de mal humor.

—¡No te enfades, Kenn! —dijo ella—. Tienes que sufrirlo. ¡Y

mucho más! Miradas curiosas, lenguas murmuradoras, fatuas entrevistas en los periódicos ¡Lo mejor es echarlo todo a broma! Fija una sardónica sonrisa en tus labios y procura salir así en todos esos imbéciles clisés.

—¿Lo harías tú así? —preguntó él.

—Sí —contestó ella—. Ya sé que tú no. A ti te gustaría perderte, esfumarte en el fondo del cuadro. Pero aquí no puedes hacer eso. Aquí no hay fondo donde esfumarse. Aquí destacarás como un tigre descuartizado sobre un paño blanco. ¡*Eres el marido de la mujer asesinada*!

—¡Por amor de Dios, Rosamund!

—¡Querido, sólo trato de animarte!

Dieron unos pasos en silencio. Luego Marshall dijo con voz acariciadora:

—Eres muy bondadosa para mí. No soy realmente ingrato, Rosamund.

Habían traspuesto los limites del pueblo. Les seguían unos ojos, pero no había nadie a la lista. La voz de Rosamund Darnley descendió de tono para repetir como una variante de su primera observación:

—La cosa no marchó del todo mal, ¿verdad?

—No lo sé —contestó él tras un momento de embarazoso silencio.

—¿Qué piensa la policía?

Por ahora se muestra muy poco comunicativa.

—Ese hombrecillo Poirot ¿se toma realmente un interés activo?

—El otro día me pareció que tenía en el bolsillo al jefe de policía —contestó Marshall.

—Lo sé… ¿Pero está *haciendo algo*?

—¿Cómo quieres que yo lo sepa, Rosamund?

Llegaron a la calzada. Frente a ellos, serena bajo el sol, se levantaba la isla.

—A veces todo me parece irreal —dijo de pronto Rosamund—. En este momento no puedo creer que haya sucedido…

—Creo comprenderte —dijo lentamente Marshall—. Nuestros sentidos nos engañan a veces. Imagínatelo así y no te preocupes más.

—Sí —murmuró Rosamund—, será mejor tomarlo de ese modo.

Él lanzó una rápida mirada. Luego repitió en voz baja:

—No te preocupes, querida. *Todo marcha bien*. Todo marcha bien.

2

Linda bajó al camino, a su encuentro. La joven se movía con la espasmódica inseguridad de un potrillo nervioso. Su joven rostro aparecía desfigurado por las profundas sombras que rodeaban sus ojos. Sus labios estaban secos y agrietados.

—¿Qué sucedió?… ¿Qué dijeron? —preguntó casi sin aliento.

—La investigación se ha aplazado por quince días —contestó el padre.

—¿Eso significa que… que no han decidido nada?

—Sí. Se necesitan más pruebas.

—Pero… pero ¿qué piensan ellos?

Marshall sonrió.

—Oh, querida, ¿quién lo sabe? ¿Y a quién llamas tú «ellos»? ¿Al fiscal, al jurado, a la policía, a los periodistas, a los pescadores de Leathercombe Bay?

—Yo me refiero a la policía —contestó lentamente Linda.

—Pues si la policía piensa algo, no parece dispuesta a revelarlo por el momento.

Después de pronunciada la frase, Marshall apretó los labios y entró en el hotel.

Rosamund Darnley se disponía a seguirle cuando Linda la detuvo.

—¡Rosamund!

Rosamund se volvió. La muda súplica del rostro de la muchacha la conmovió. Pasó su brazo por debajo del de Linda y ambas se alejaron del hotel, siguiendo el sendero que conducía al otro extremo de la isla.

—Trata de no pensar mucho, Linda —dijo Rosamund dulcemente—. Comprendo que ha sido una emoción terrible para ti, pero es inútil atormentarse por estas cosas. Sólo es el horror de la desgracia lo que influye en tu ánimo, porque tú no querías a Arlena...

Sintió el temblor que agitó el cuerpo de la muchacha al contestar:

—No, no la quería…

Rosamund prosiguió:

—El sentir pesar por una persona es diferente… uno no lo puede remediar. Pero se pueden dominar la emoción y el horror no dejando que nuestra imaginación piense sin cesar en ello.

—Usted no comprende —dijo vivamente Linda.

—Ya lo creo que comprendo, querida.

—No, usted no comprende. ¡Y Cristina tampoco! Ustedes dos han sido muy buenas conmigo, pero no pueden comprender lo que siento. Creen que es algo morboso… que me obstino en pensar en lo que no debo. —Hizo una pausa y continuó—: Pero no es eso. Si usted supiese lo que yo sé… si usted supiese…

Rosamund se paró bruscamente. Su cuerpo no tembló. Se irguió, por el contrario. Miró fijamente a la joven unos momentos. Luego desenganchó su brazo del de Linda.

—¿Que es lo que sabes tú, Linda? —preguntó.

Linda movió la cabeza:

—Nada —murmuró la joven.

Rosamund la cogió por el brazo. La presión de los dedos le hizo daño y Linda trató de desprenderse.

—Ten cuidado, Linda. Ten cuidado —dijo Rosamund. Linda había palidecido intensamente.

—Siempre tengo mucho cuidado —murmuró.

—Escucha, Linda: lo que te dije hace unos minutos tiene también aplicación a esto… y con mucha razón. *Borra este asunto de tu imaginación*. No pienses más en él. Olvida… olvida… ¡Lo conseguirás si lo intentas! Arlena está muerta y nada puede volverla a la vida… Olvídalo todo y vive en el futuro. Y sobre todo, *refrena tu lengua*.

Linda se estremeció.

—¿Es que lo sabe usted todo? —preguntó.

—¡Yo no sé nada! —replicó Rosamund enérgicamente.

—En mi opinión un loco vagabundo penetró en la isla y mató a Arlena. Esta es la solución más probable. Estoy completamente segura de que la policía tendrá que aceptarla al final. ¡Esto es lo que tuvo que Suceder! ¡Esto es lo que sucedió!

—Si papá…

—No hables de tu padre —la interrumpió Rosamund.

—Iba decir una cosa. Mi madre…

—¿Qué?

—¿Es cierto que fue procesada por asesinato?

—Sí.

—Y papá se casó luego con ella. Eso parece indicar que papá no cree realmente que el asesinato sea siempre una cosa muy mala.

—No digas esas tonterías… ¡ni siquiera a mí! —replicó vivamente Rosamund—. La policía no ha averiguado nada contra tu padre. Tiene una coartada que nadie podrá desvirtuar. Está perfectamente a salvo.

—¿Es que creyeron al principio que papá…? —musitó Linda.

—¡No sé lo que creyeron! —atajo Rosamund—, pero ahora saben *¡qué él no pudo ser! ¿Comprendes? ¡Él no pudo ser!*

Hablaba con autoridad, fijos los ojos en los de Linda. La muchacha dejó escapar un largo suspiro.

—Pronto podréis marchar de aquí —añadió Rosamund—. Lo olvidarás todo… ¡todo!

—*Nunca olvidaré* —replicó Linda con inesperada violencia y decisión.

Se volvió bruscamente y echó a correr hacia el hotel. Rosamund quedó como petrificada.

3

—Hay algo que necesito saber, *madame*.

Cristina Redfern miró a Poirot de un modo ligeramente abstraído.

—¿Sí? —dijo.

Poirot no tomó en cuenta su abstracción. Había observado que su mirada seguía la figura de su marido, que se paseaba por la terraza exterior del bar, pero por el momento no sentía el menor interés por problemas puramente conyugales. Buscaba detalles de otra especie.

—Sí, *madame* —insistió—. El otro día dijo usted una frase… una

frase casual que llamó mi atención.

La mirada de Cristina seguía fija en Patrick.

—¿Sí? —repitió—. ¿Qué dije?

—Fue en contestación a una pregunta del jefe de Policía. Describió usted cómo entró en la habitación de *miss* Linda Marshall la mañana del crimen, que encontró a la muchacha ausente y que al poco tiempo regresó, y entonces fue cuando el jefe de Policía preguntó a usted dónde había estado la joven.

—Y yo contesté que bañándose, ¿no es eso? —dijo Cristina con cierta impaciencia.

—No es eso precisamente —replicó Poirot—. Usted no contestó que «se había estado bañando». Sus palabras fueron que «ella dijo que se había estado bañando».

—Me parece que es la misma cosa —repuso Cristina.

—¡No es la misma cosa! La forma de su respuesta indica una cierta actitud de imaginación por su parte. Linda Marshall entró en la habitación, llevaba una capa de baño y, sin embargo, por cierta razón, usted no explicó inmediatamente que había estado bañándose. Lo demuestran las palabras que usted empleó: «*Dijo* que había estado bañándose». ¿Qué hubo en su aspecto, en sus modales, en algo que llevaba o en algo que dijo que influyó en su ánimo para sentirse sorprendida cuando manifestó que había estado bañándose?

La atención de Cristina abandonó a Patrick para concentrarse enteramente en Poirot.

Se sentía interesada.

—Es usted muy perspicaz —dijo—. Es cierto, ahora recuerdo que… me sentí ligeramente sorprendida cuando Linda dijo que había estado bañándose.

—Pero ¿por qué, *madame*, por qué?

—¿Que por qué? Eso es precisamente lo que trato de recordar. ¡Oh, sí!, creo que era el paquete que llevaba en la mano.

—¿Llevaba un paquete?

—Sí.

—¿No sabe usted lo que contenía?

—¡Oh, sí! El cordel se rompió. Lo habían atado muy flojo. Eran velas… y se desparramaron por el suelo. Yo la ayudé a recogerlas.

—¡Ah! —dijo Poirot—. Velas.

Cristina le miró con curiosidad.

—Parece usted emocionado, *mister* Poirot.

—¿Dijo Linda por qué había comprado las velas? —preguntó el detective.

Cristina reflexionó.

—No, no creo que lo dijera. Supongo que serían para leer por la noche… quizá la luz eléctrica no era buena.

—Por el contrario, *madame*; junto a su lecho hay una lámpara eléctrica en perfecto estado.

—Entonces no sé para qué las quería —confesó Cristina.

—¿Cómo reaccionó cuando se rompió el cordel y cayeron las velas?

—Pareció un poco confusa… azorada… sí, azorada —contestó Cristina.

—¿Advirtió usted si había algún calendario en su habitación?

—¿Un calendario? ¿Qué clase de calendario?

—Posiblemente un calendario verde… con hojas, para arrancar.

Cristina cerró los ojos en un esfuerzo de memoria.

—Un calendario verde… de un verde algo chillón… Sí, yo he visto un calendario como ése… pero no puedo recordar dónde. Pudo ser en la habitación de Linda, pero no estoy segura.

—Pero usted ha visto definitivamente tal cosa.

—Sí. ¿Pero qué pretende usted, *mister* Poirot? ¿A qué viene todo esto?

Por toda contestación Poirot sacó un pequeño volumen encuadernado en cuero color castaño.

—¿Ha visto usted esto alguna vez? —preguntó.

—Pues… no estoy segura… ¡Ah, sí! Linda lo estaba examinando el otro día en la librería del pueblo. Pero lo cerró y lo volvió rápidamente al estante cuando me aproximé. Ello me hizo preguntarme de qué se trataba.

Poirot mostró silenciosamente el título:

«Historia de brujerías y sortilegios y breve tratado de preparación de venenos que no dejan rastro».

—No comprendo —dijo Cristina—. ¿Qué significa este título tan extraño?

—Puede significar muchísimo, *madame* —contestó gravemente Poirot.

Ella le miró interrogadora, pero él no dio más explicación. En su

lugar dijo:

—Una pregunta más, *madame*. ¿Tomó usted aquella mañana un baño antes de salir a jugar al tenis?

—¿Un baño? —repitió Cristina, extrañada—. No. No habría tenido tiempo y, de todos modos, no habría tomado un baño antes de jugar al tenis… lo habría tomado después.

—¿Utilizó usted su cuarto de baño cuando volvió?

—Me pasé una esponja por la cara y las manos; eso fue lo que hice.

—¿No abrió usted los grifos del baño?

—No; estoy segura de que no los abrí.

—Muy bien. Carece de importancia el detalle —terminó diciendo Poirot.

4

Hércules Poirot se aproximó a la mesa donde *mistress* Gardener luchaba con un rompecabezas. Ella levantó la mirada y se sobresaltó.

—¡Caramba, *mister* Poirot, qué silenciosamente se ha acercado usted! No le oí en absoluto. ¿Acaba usted de regresar de la investigación? Cada vez que me acuerdo de ese asunto me pongo nerviosa. No sé qué hacer. Por eso me he puesto a componer este rompecabezas. Sentía que no podría pasar el tiempo en la playa como de costumbre. *Mister* Gardener sabe muy bien que cuando se me alteran los nervios, no hay nada como uno de estos rompecabezas para calmarme. Por cierto que no sé dónde colocar esta pieza blanca. Debe de formar parte de la alfombrilla de piel, pero no me parece ver…

Poirot le quitó suavemente el trozo de madera de la mano.

—Encaja aquí, *madame* —dijo—; forma parte del gato.

—No puede ser. Es un gato negro —replicó la dama.

—Un gato negro, sí, pero ya sabe que la punta del rabo de los gatos negros suele ser blanca.

—¡Oh, es cierto! ¡Qué talento tiene usted! Pero yo creo que los que hacen los rompecabezas tienen que poner lo contrario de lo natural para engañarle a uno —*mistress* Gardener encajó otra pieza

y siguió hablando—: Sabrá usted, *mister* Poirot, que le vengo observando desde hace un par de días. Quería verle trabajar como detective, cosa que me parecería un juego, de no haber una pobre criatura muerta. ¡Oh, Dios mío, cada vez que me acuerdo de ello me dan escalofríos! Esta mañana le dije a *mister* Gardener que deseaba marcharme cuanto antes de aquí, y ahora que la investigación ha terminado dice que cree que podremos salir mañana, cosa que sería una bendición. Pero volviendo al detectivismo, me gustaría conocer sus métodos… y me sentiría muy honrada si usted me los explicase.

—Es algo parecido a su rompecabezas, *madame* —dijo Poirot—. No se trata de otra cosa que de ensamblar las piezas Es como un mosaico; muchos colores y diseños, y cada piececita de forma extraña tiene que encajar perfectamente en su debido sitio.

—¡Oh!, ¿no es interesante? ¡Y qué bellamente lo explica usted!

—Y a veces —prosiguió Poirot— es como la pieza de que acabamos de hablar. Uno coloca metódicamente las piezas del rompecabezas, eligiendo los colores, pero no puede impedir que una pieza de un color que debiera al parecer encajar en una alfombrilla, encaje en su lugar en la cola de un gato negro.

—¡Oh, es fascinador! ¿Y hay muchas piezas, *mister* Poirot?

—Sí, *madame*. Casi todos los de este hotel me han dado una pieza para mi rompecabezas. Usted entre ellos.

—¿Yo?

—Sí; una observación suya, *madame*, me fue utilísima. Debiera decir que iluminadora.

—¡Oh!, ¿no es encantador? ¿No puede usted decirme algo más, *mister* Poirot?

—¡Ah, *madame*!, me reservo las explicaciones para el último capítulo.

—¿No es un fastidio? —murmuró *mistress* Gardener.

5

Hércules Poirot llamó suavemente a la puerta de la habitación del capitán Marshall. Se oía dentro el ruido de una máquina de escribir.

Un lacónico «entre» llegó a sus oídos, y Poirot entró.

El capitán Marshall estaba vuelto de espaldas. Escribía con una

máquina colocada sobre una mesa entre las ventanas. No volvió la cabeza; pero su mirada se encontró con la de Poirot en el espejo colgado directamente frente a él.

—Bien, *mister* Poirot, ¿qué desea? —preguntó en tono de mal humor.

—Mil perdones por interrumpirle —dijo Poirot rápidamente—. ¿Está usted ocupado?

—Bastante —contestó el capitán.

—Deseo solamente hacerle una pequeña pregunta —dijo Poirot.

—¡Pardiez! —exclamó Marshall—, estoy cansado de contestar preguntas. Ya he contestado las de la policía. No creo que esté obligado a contestar las de usted.

—La mía es sencillísima —dijo Poirot—. Se trata solamente de esto: la mañana en que murió su esposa, ¿tomó usted un baño después de escribir y antes de ir a jugar al tenis?

—¿Un baño? No, por supuesto que no. Me había bañado a primera hora.

—Muchas gracias Esto es todo —dijo Poirot.

—Pero espere un momento.

Poirot continuó retrocediendo y cerró la puerta tras él.

—¡Este individuo está loco! —murmuró Marshall.

6

Poirot encontró en la misma puerta del bar a *mister* Gardener. Llevaba dos combinados y se dirigía evidentemente al sitio en que *mistress* Gardener estaba entretenida con su rompecabezas.

Mister Gardener sonrió a Poirot de la manera más afectuosa.

—¿Quiere usted acompañarnos, *mister* Poirot?

Poirot hizo un gesto negativo y preguntó:

—¿Qué le pareció la investigación, *mister* Gardener?

Mister Gardener bajó la voz para contestar:

—Me pareció un poco indecisa. Creo que la policía se guarda algo en la manga.

—Es posible —dijo Hércules Poirot. *Mister* Gardener bajó la voz todavía más.

—Tengo ganas de llevarme de aquí a *mistress* Gardener. Es una

mujer muy sensible y este asunto le ataca a los nervios. La encuentro muy afectada.

—¿Quiere usted permitirme, *mister* Gardener, que le haga una pregunta?

—No faltaba más, *mister* Poirot. Encantado de ayudarle en lo que pueda.

—Usted es un hombre de mundo… un hombre de mucha perspicacia. Dígame con franqueza, ¿qué opinión tenía usted de la difunta *mistress* Marshall?

Mister Gardener enarcó las cejas, sorprendido. Luego miró cautelosamente en torno y bajó la voz:

—Mire, *mister* Poirot, he oído unas cuantas cosas que circulan por ahí, especialmente entre las mujeres. —Poirot hizo un gesto de asentimiento—. Pero si quiere usted conocer mi humilde opinión, le diré que aquella mujer me parecía temible.

—Su opinión me parece muy interesante —dijo Poirot, pensativo.

7

—¿Me ha tocado la vez? —preguntó Rosamund Darnley.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo Poirot.

Rosamund se echó a reír.

—El otro día el jefe de Policía me interrogó. Usted estaba a su lado. Hoy, al parecer, quiere usted actuar por cuenta propia. Le he estado observando, *mister* Poirot. Primero *mistress* Redfern, luego *mistress* Gardener. Ahora me toca a mí.

Hércules Poirot se sentó a su lado. Estaban en Sunny Ledge. Bajo ellos el mar mostraba un verde brillante y profundo. Más lejos parecía de un azul más pálido.

—Es usted muy inteligente, *mademoiselle* —dijo Poirot.

—Lo comprendí desde que llegué aquí. Será un placer discutir este asunto con usted.

—¿Quiere usted conocer mi opinión? —preguntó dulcemente Rosamund.

—Sería interesantísimo.

—A mí todo este asunto me parece muy sencillo. La clave está en el pasado de la mujer.

—¿El pasado? ¿El presente, no?

—¡Oh, no es necesario referirse a un pasado muy remoto! Verá usted cómo lo enfoco yo. Arlena Marshall era atractiva, fatalmente atractiva para los hombres. Es posible, creo, que también se cansase de ellos rápidamente. Entre sus adoradores, llamémosles así, había uno que no se resignó. Probablemente era un hombre insignificante, pero vano y susceptible… uno de esos hombres que no olvidan fácilmente los agravios. Ese hombre la siguió hasta aquí, esperó su oportunidad y la mató.

—¿Cree usted que era un extraño que vino del continente?

—Sí. Y probablemente se escondió en aquella cueva hasta que vio su oportunidad.

—¿Y ella fue a reunirse con un hombre como el que usted describe? —preguntó Poirot con acento de duda—. No, ella se hubiese echado a reír y no habría ido.

—Es que quizá no supiese que iba a encontrarle —replicó Rosamund—. Quizá él le enviase un recado en nombre de otra persona.

—Es posible —murmuró Poirot—. Pero olvida usted una cosa, *mademoiselle*. Un hombre decidido a asesinar no se habría arriesgado a atravesar la calzada a la luz del día y a pasar por delante del hotel. Le habría visto alguien con toda seguridad.

—Es posible… pero no lo creo. Existe la posibilidad de que penetrase en la isla sin que nadie le viese.

—Es cierto, se lo concedo. Pero la cuestión es que no pudo *contar* con esa posibilidad.

—¿No olvida usted algo? ¿El tiempo?

—¿El tiempo?

—Sí. El día del asesinato era un día magnífico, pero recuerde que el anterior estuvo lloviendo y hubo niebla. Cualquiera pudo entrar en la isla sin ser visto. No tuvo más que bajar a la playa y pasar la noche en la cueva. Aquella noche, *mister* Poirot, es importante.

Poirot quedó pensativo unos minutos.

—Hay mucho de verdad en lo que acaba usted de decir —murmuró al fin.

—Le expongo a usted mi opinión por lo que valga —dijo Rosamund, enrojeciendo—. Ahora dígame usted la suya.

—¡Ah! —dijo Poirot, fijando la mirada en el mar—. *Eh bien, mademoiselle*, yo soy un hombre muy sencillo. Siempre me inclino a creer que la persona más probable es la que cometió el crimen. Y desde un principio me pareció que una persona está claramente indicada.

La voz de Rosamund enronqueció un poco.

—Prosiga —dijo.

—¡Pero hay algo que usted llama un tropiezo en el camino! Parece ser que *fue imposible* que esa persona cometiese el crimen.

Poirot oyó la rápida expulsión de su aliento.

—¿Y qué más? —preguntó con voz apenas audible.

Hércules Poirot se encogió de hombros.

—¿Para qué seguir hablando? Este es mi problema —hizo una pausa y prosiguió—: ¿Puedo hacer a usted una pregunta?

—Ciertamente.

Le miró, alerta y astuta. Pero la pregunta de Poirot fue completamente inesperada.

—Aquella mañana, cuando vino usted a cambiarse de ropa para el tenis, ¿tomó un baño? Rosamund quedó perpleja.

—¿Un baño? ¿Qué quiere usted decir?

—Lo que he dicho. ¡Un baño! El receptáculo de porcelana sobre el cual se abren unos grifos y se llena. Luego se mete uno en él, se sale al cabo de un rato y el agua hace glu, glu, glu al correr por la cañería.

—*Mister* Poirot, ¿está usted loco?

—No, estoy cuerdo y bien cuerdo.

—Bien, pues no tomé un baño.

—¡Ah! Nadie tomó un baño. Esto es exactamente interesante.

—¿Pero por qué tenía que tomar alguien un baño? —preguntó Rosamund.

—Eso me pregunto yo —murmuró Poirot.

—Supongo que esto será una genialidad de Sherlock Holmes —dijo Rosamund con exasperación.

Hércules Poirot sonrió. Luego olfateó el aire delicadamente.

—¿Me permite usted una impertinencia, *mademoiselle*? —preguntó.

—Estoy segura de que usted no podría decir impertinencias, *mister* Poirot.

—Es usted muy amable. Entonces voy a aventurarme a decir que el perfume que usted usa es delicioso… tienen *nuance*… un encanto delicado e indefinible. «Gabrielle número ocho», ¿no es cierto?

—Es usted muy listo. Sí, siempre uso ese perfume. Me parece delicioso.

—Como la difunta *mistress* Marshall. Es *chic*, ¿verdad? ¿Y muy caro? —Rosamund se encogió de hombros con una débil sonrisa. Poirot prosiguió—: Usted estaba donde nos encontramos ahora la mañana del crimen, *mademoiselle*. La vieron a usted aquí, o al menos su sombrilla, *miss* Brewster y *mister* Redfern cuando pasaron en su esquife. ¿Está usted segura, *mademoiselle*, de que durante la mañana no bajó usted a la Ensenada del Duende y entró en aquella cueva… en la famosa Cueva del Duende?

Rosamund volvió la cabeza y se le quedó mirando fijamente.

—¿Me pregunta usted que si maté a Arlena Marshall? —dijo con voz tranquila.

—No. Le pregunto si estuvo usted en la Cueva del Duende el día del crimen.

—Ni siquiera sé dónde está esa cueva. ¿Por qué razón iba a entrar en ella?

—El día que asesinaron a *mistress* Marshall, *mademoiselle*, alguien que usaba «Gabrielle número ocho» estuvo en la cueva.

—Usted mismo ha dicho, *mister* Poirot —replicó Rosamund con viveza—, que Arlena Marshall usaba «Gabrielle número ocho». Ella estuvo en la playa aquel día. Presumiblemente entró en la cueva.

—¿Y para qué iba a entrar? Aquello está muy oscuro y es muy estrecho e incómodo.

—No me pida usted razones —dijo Rosamund, impaciente—. Puesto que ella estuvo realmente en la ensenada, es la persona más probable. Ya le he dicho a usted que no abandoné este sitio en toda la mañana.

—Excepto para ir al hotel y asomarse a la habitación del capitán Marshall —le recordó Poirot.

—Sí, naturalmente. Lo había olvidado.

—Por cierto —añadió Poirot— que se engañó usted en creer que el capitán Marshall no la vio.

—¿Kenneth me vio? —dijo Rosamund en tono de incredulidad —. ¿Dijo él eso?

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—La vio a usted, *mademoiselle*, por el espejo que cuelga de la mesa.

—¿Es posible? —exclamó Rosamund, conteniendo el aliento.

Poirot no miraba ya al mar. Miraba las manos de Rosamund, mientras ésta las mantenía entrelazadas sobre el regazo. Eran manos bien formadas, bellamente moldeadas, con dedos larguísimos.

Rosamund siguió la dirección de su mirada.

—¿Por qué me mira las manos? —preguntó—. ¿Cree usted que yo…?

—¿Qué piensa usted que creo, *mademoiselle*? —inquirió Poirot.

—Nada —contestó Rosamund.

8

Una hora más tarde Hércules Poirot llegaba a lo alto del sendero que conducía a la Ensenada de las Gaviotas. Había una persona sentada en la playa. Vestía una blusa encarnada y falda azul oscuro. Poirot descendió por el sendero, pisando cuidadosamente con sus elegantes zapatos.

Linda Marshall volvió vivamente la cabeza. A Poirot le pareció que se estremeció.

La muchacha lo miró con la desconfianza y alarma de un animal atrapado. Él se dispuso a sentarse a su lado sobre la arena.

—¿Qué desea usted? —le preguntó la muchacha. Poirot no contestó por el momento.

—El otro día —habló al fin— manifestó usted al jefe de Policía que quería usted a su madrastra y que ella era muy bondadosa para usted.

—¿Y qué?

—Que no era cierto, *mademoiselle*.

—Sí que lo era —protestó la joven.

—Su madrastra quizá no fuese cruel para usted, se lo concedo —replicó Poirot—, pero usted no la quería. Creo, por el contrario, que

la aborrecía usted. De eso no me cabe la menor duda.

—Quizá no la quisiera mucho —concedió Linda—; pero eso no se puede decir de una persona muerta. No estaría bien.

Poirot suspiró.

—¿Le enseñaron a usted eso en el colegio?

—Claro que sí.

—Cuando una persona ha sido asesinada —repuso Poirot—, es más importante ser veraz que guardar las buenas formas.

—Ya suponía yo que usted opinaría así —dijo la joven.

—Lo digo y lo repito. Como usted comprenderá, mi misión es descubrir quién mató a Arlena Marshall.

—Quiero olvidarlo todo. ¡Es tan horrible! —murmuró Linda.

—¿Pero verdad que no puede usted olvidarlo? —remachó dulcemente Poirot.

—Yo supongo que la mataría algún loco —insinuó Linda.

—No soy del mismo parecer —declaró Poirot.

Linda contuvo el aliento.

—¿Es que…, sabe usted algo? —preguntó tímidamente.

—Es muy posible. ¿Quiere usted confiar en mí? Sea franca conmigo y yo haré todo lo que pueda para calmar su cruel inquietud.

—Yo no siento ninguna inquietud —saltó Linda—. Usted no puede hacer nada por mí. No sé de lo que está usted hablando.

—Estoy hablando de unas velas… —dijo Poirot, mirándola fijamente.

El terror se asomó a los ojos de la muchacha.

—¡No quiero escucharle, no quiero escucharle! —chilló.

Linda atravesó corriendo la playa, veloz como una joven gacela, y desapareció sendero arriba.

Poirot la siguió con la mirada y no pudo disimular su emoción.

Capítulo XI

1

El inspector Colgate estaba informando al jefe de Policía:

—He averiguado un detalle bastante sensacional, señor. Está relacionado con el dinero de *mistress* Marshall. He hablado del asunto con sus abogados. Tengo pruebas de que se trata de un chantaje. ¿Recuerda usted que el viejo Erskine le dejó a *mistress* Marshall cincuenta mil libras? Pues ya no quedan más que unas quince mil.

El coronel Weston lanzó un silbido de asombro.

—¿Pues qué ha sido del resto?

—Ese es el punto interesante, señor. La dama vendía valores de vez en cuando y siempre procuraba conseguir metálico o títulos de fácil negociación, indudablemente para entregar el dinero a alguien que no quería dejar rastro. Chantaje con todas las de la ley.

—Eso parece, en efecto —afirmó el jefe de Policía—; y el chantajista está aquí en este hotel. Lo que significa que tiene que —tratarse de uno de esos tres hombres. ¿Averiguó usted algo más de ellos?

—En realidad nada concreto, señor. El mayor Barry es un retirado del Ejército, según dice. Vive en un pequeño piso, cobra una pensión y una pequeña renta de sus bienes. Pero el año pasado ha ingresado sumas considerables en su cuenta corriente.

—Eso parece prometedor. ¿Qué explicación da él?

—Dice que son ganancias de apuestas. Es perfectamente cierto que asiste a todas las grandes carreras de caballos y juega fuerte.

—Es difícil probar lo contrario —convino Weston.

—El reverendo Stephen Lane —prosiguió Colgate— se ganaba

bien la vida en Saint Helen. Whiteridge, Surrey, pero dimitió su puesto hará un año a causa de su mala salud. Esto le obligó a ingresar en una casa de reposo para pacientes mentales. Permaneció en ella cerca de un año.

—Interesante —dijo Weston.

—Sí, señor. Traté de averiguar todo lo posible por el doctor encargado de la clínica, pero ya sabe usted cómo son estos médicos… es difícil sacarles toda la verdad. Pero, por lo que he podido averiguar, la enfermedad de Su Reverencia consistía en una obsesión bajo el Demonio… y era más bien el Demonio en forma de mujer que perdió a Babilonia.

—¡Hum! —refunfuñó Weston—. Ha habido asesinos con antecedentes como ése.

—Sí, señor. A mí me parece que el tal Stephen Lane es al menos una posibilidad. La difunta *mistress* Marshall es un buen ejemplo de lo que un clérigo llamaría una *Mujer Escarlata*… incluyendo facciones, color del cabello y todo lo demás. A mi juicio no es imposible que él creyese su deber librar a este mundo de su peligrosa presencia. Suponiendo, claro está, que estuviese chiflado.

—¿Nada que se relacione con la hipótesis del chantaje?

—No, señor. En ese aspecto creo que podemos eliminar a Lane por completo. Tiene algunos medios de vida, aunque no considerables, y no los ha aumentado últimamente.

—¿Qué se sabe de la distribución de su tiempo el día del crimen?

—No he podido comprobarlo. Nadie recuerda haberse encontrado con un clérigo por esas sendas. En cuanto al libro de la iglesia, la última entrada fue hace tres días y nadie lo había mirado desde hacía quince. Lane pudo presentarse uno o dos días antes, por ejemplo, y fechar su inscripción el día veinticinco.

—¿Y el tercer individuo? —preguntó Weston.

—¿Horace Blatt? En mi opinión es un pájaro de historia. Paga impuestos por una suma que excede con mucho a la que saca de su negocio de ferretería, juega a la Bolsa y ha intervenido en negocios poco limpios. Quizá haya una explicación plausible para ello, pero lo cierto es que en los últimos años ha ganado grandes sumas cuyo origen no está muy claro.

—¿Cree usted entonces que *mister* Blatt es un chantajista de

profesión?

—O chantajista o traficante en estupefacientes, señor. Me he entrevistado con el inspector Ridgeway, que está encargado de la represión del contrabando de drogas, y lo encontré muy alarmado. Al parecer, han entrado últimamente grandes partidas de heroína. Han detenido a pequeños distribuidores y saben sobre poco más o menos quién maneja el negocio en el extranjero, pero hasta ahora no han podido averiguar cómo meten el contrabando en el país.

—Si la muerte de *mistress* Marshall —dijo Weston— es la consecuencia de su complicidad, inocente o no, con la banda de contrabandistas, lo mejor sería entregar el asunto a Scotland Yard. Al fin y al cabo, sólo a ellos compete. ¿Qué le parece?

—Me temo que tenga usted razón, señor —dijo Colgáis con cierto pesar—. Si se trata de estupefacientes, sólo al Yard le corresponde ocuparse de ello.

—Me parece la explicación más verosímil —decidió al fin.

Weston reflexionó unos momentos.

—No hay otra, en efecto —asintió Colgate—. A Marshall hay que descartarle, aunque tengo algunos informes que podrían haber sido útiles de no tener una coartada tan sólida.

Parece que sus negocios van de mal en peor. No por su culpa ni de su socio, sino por el resultado general de la crisis del año pasado y por el actual estado del comercio y las finanzas. Por otra parte, según mis informes, tenía que cobrar cincuenta mil libras a la muerte de su mujer. Y cincuenta mil libras habrían sido una suma muy útil.

Colgate lanzó un profundo suspiro.

—Es una lástima —prosiguió— que un hombre que tenía dos motivos perfectamente buenos para asesinar pueda probar que no tiene nada que ver con el asunto.

—Consuélese, Colgate —sonrió Weston—. Nos queda todavía una oportunidad para lucirnos. Tenemos ahí la cuestión del chantaje y la del clérigo loco, pero personalmente creo que la solución del contrabando de estupefacientes es la más verosímil. Y si fue una banda de contrabandistas la que quitó de en medio a *mistress* Marshall, podremos alegar que nuestra gestión ha sido decisiva para ayudar a Scotland Yard a resolver su problema. De un modo o de otro, tendrán que reconocer que nuestro trabajo ha sido

de los más meritorios.

Una involuntaria sonrisa animó el rostro de Colgate...

—Tendremos que conformarnos con eso, señor —dijo con melancolía—. Se me olvidaba decirle que averigüé quién escribió aquella carta que encontramos en la habitación de la muerta, el que firmaba J. N. No hay nada que hacer. Se encuentra en China. Probablemente se tratará de algún pillo, como nos decía *miss* Brewster. También me he proporcionado los antecedentes del resto de los amigos de *mistress* Marshall. No hay la menor pista por ahí. Todos los materiales que teníamos que reunir los tenemos ya en la mano, señor, pero, desgraciadamente no nos sirven para nada.

—¿Qué opina nuestro colega belga, Colgate? —preguntó Weston —. ¿Sabe ya lo que acaba usted de comunicarme?

—El tal colega es un poco tunante —sonrió Colgate—. ¿Sabe usted lo que me preguntó anteayer? Me pidió detalles de los casos de estrangulación ocurridos en los tres últimos años.

El coronel Weston se puso bruscamente en pie.

—¿De veras? Ahora me explico… —Hizo una pausa y prosiguió —: ¿Cuándo dice usted que el reverendo Stephen Lane entró en la clínica mental?

—Por Pascuas hizo un año, señor.

Weston quedó pensativo.

—Recuerdo un caso —murmuró—. Encontraron el cadáver de una joven cerca de Bagshot. Salió a reunirse con su marido en no sé qué punto y nunca volvió. Y ocurrió también otro caso, que los periódicos titularon «El misterio del matorral solitario». Uno y otro ocurrieron en Surrey, si no recuerdo mal.

—¿En Surrey? —exclamó Colgate—. Ahora me explico por qué Poirot…

2

Hércules Poirot estaba sentado sobre la hierba en la parte más alta de la isla.

Un poco a su izquierda arrancaba la escalerilla de acero por la que se descendía a la ensenada del Duende. Había varios peñascos cerca de la cabeza de la escalerilla que formaban un fácil escondite

para quien se propusiera descender a la playa situada debajo. Esta playa era casi invisible desde aquel sitio, debido al saliente de las rocas.

Hércules Poirot hizo un gesto de comprensión. Las piezas de su mosaico iban acoplándose magníficamente.

Poirot examinó mentalmente cada una de aquellas piezas, considerándolas como un elemento aislado.

Unos días antes, Arlena Marshall había aparecido muerta una mañana en la playa de baños. La víspera se había celebrado una partida de *bridge*. Él, Patrick y Rosamund Darnley se habían sentado a la mesa. Cristina había salido a la terraza y había sorprendido cierta conversación. ¿Quiénes se encontraban en el salón? ¿Quiénes habían estado ausentes?

Poirot siguió recordando y clasificando sus piezas.

Noche víspera del crimen. Poirot había sostenido una conversación con. Cristina en el acantilado, y al regreso al hotel había sorprendido cierta escena.

«Gabrielle número ocho». Un par de tijeras. Una pipa rota. Un frasco arrojado desde una ventana. Un calendario verde. Un paquete de velas. Un espejo y una máquina de escribir. Un ovillo de lana color púrpura. Un reloj de pulsera de muchacha. El agua de un baño que corre por una cañería.

Cada uno de estos hechos dispares tenía que encajar en su debido sitio. No podían quedar cabos sueltos.

Y luego, acoplada cada una de ellas en su debida posición, quedaba por colocar una última pieza: la presencia del espíritu del mal en la isla.

La Maldad…

Poirot contempló una vez más la lista que tenía en la mano:

«NELLIE PARSONS, ENCONTRADA ASESINADA EN UN MATORRAL SOLITARIO CERCA DE COBHAM. NO SE TIENE LA MENOR PISTA DEL ASESINO».

¿Nellie Parsons?
ALICE CORRIGAN.

Leyó cuidadosamente los detalles de la muerte de Alice Corrigan.

3

Hércules Poirot continuaba sentado en el arrecife cuando se le aproximó el inspector Colgate.

A Poirot le agradaba el inspector Colgate. Le agradaban su rugoso rostro, sus ojos vivaces y sus ademanes sosegados.

El inspector Colgate se sentó a su lado.

—¿Ha hecho algo con esos casos, señor? —preguntó, mirando las hojas escritas a máquina que Poirot tenía en la mano.

—Los he estudiado… sí.

Colgate se puso en pie, se alejó un poco y se asomó al próximo nicho practicado en las rocas. Luego volvió, diciendo:

—Todo el cuidado es poco. No me agradaría que nadie escuchase nuestra conversación.

—Es usted prudente —dijo Poirot.

—No tengo inconveniente en confesar, *mister* Poirot, que yo mismo me interesé en esos dos casos, aunque quizá no los habría recordado de no haberme preguntado usted por ellos. —Hizo una pausa y añadió—: Confieso también que uno de esos casos me interesó en particular.

—¿El de Alice Corrigan?

—El de Alice Corrigan. Colaboré con la policía de Surrey para aclararlo…

—Cuénteme, amigo mío, me interesa muchísimo —apremió Poirot.

—Ya me lo suponía. Alice Corrigan fue encontrada estrangulada en un bosquecillo de Blackridge Heath, a unas diez millas de Marley Copse, donde fue descubierto el cadáver de Nellie Parsons. Ambos lugares están a unas doce millas de Whiteridge, donde fue vicario *mister* Lane tiempo atrás.

—Cuénteme algo más de la muerte de Alice Corrigan —rogó Poirot.

—La policía de Surrey no relacionó al principio su muerte con la de Nellie Parsons. Ello fue debido a que consideraron al marido como culpable. En realidad, no sé por qué. Únicamente se explica porque se trataba de un individuo de esos que la Prensa llama «hombre misterioso», de los que no saben quiénes son ni de dónde

vienen. Ella se había casado con él contra la voluntad de su familia y, además de poseer algún dinero, se hizo un seguro de vida a su favor, cosa que fue suficiente para despertar las sospechas contra el pobre diablo…

»Pero cuando salieron a flote los hechos reales hubo que borrar al marido del cuadro. El cadáver fue descubierto por una de esas exploradoras que llevan pantalones. Era un testigo absolutamente competente y de fiar… profesora de gimnasia en un colegio de Lancashire. Anotó la hora cuando descubrió el cadáver; eran exactamente las cuatro y cuarto, y expuso su opinión de que la mujer llevaba poco tiempo muerta… quizá no más de diez minutos. Aquello estuvo de acuerdo con el dictamen del forense, quien examinó el cuerpo a las cinco y cuarenta y cinco. La testigo lo dejó todo como lo había encontrado y se dirigió a campo traviesa hasta el cercano puesto de policía de Bagshot. Ahora bien; entre tres y cuarto, el marido de la muerta, Edward Corrigan, se encontraba en un tren que venía de Londres, a donde había ido a pasar el día por asuntos de negocios. Otras cuatro personas venían en el mismo coche con él. En la estación tomó el autobús local, y dos de sus compañeros de viaje le acompañaron también. Se apeó a la puerta del café Pine Ridge, en donde había quedado citado con su mujer para tomar el té. Eran entonces las cuatro y veinticinco. Pidió té para ambos, pero ordenó que no lo sirvieran hasta que llegase ella. A las cinco, al ver que su mujer no llegaba, empezó a alarmarse… y pensó que quizás se hubiese dislocado un tobillo. Lo convenido era que ella atravesaría el páramo desde el pueblo donde vivían para reunirse en el café Pine Ridge y regresar juntos en autobús. El bosquecillo de Caesar no está lejos del café y se cree que, como le sobraba tiempo, la mujer se sentó para admirar el panorama antes de seguir su camino, y que algún vagabundo o loco se arrojó sobre ella y la cogió desprevenida. Una vez que se demostró la inocencia del marido, la policía relacionó la muerte de la mujer con la de Nellie Parsons, la sirvienta que fue encontrada estrangulada en Marley Copse. La policía llegó así al convencimiento de que el mismo hombre era el responsable de ambos crímenes, pero nunca lo capturó y, lo que es más, jamás se le tuvo al alcance.

Colgate guardó silencio unos momentos y terminó lentamente:

—Y ahora tenemos una tercera mujer estrangulada… y existe

también cierto caballero que no logramos descubrir.

Se calló. Sus vivaces ojillos se fijaron en Poirot y aguardaron esperanzados.

Los labios de Poirot se movieron. El inspector Colgate aplicó ansiosamente el oído.

—… es difícil saber —murmuró Poirot— qué piezas forman parte de la alfombrilla y cuáles de la cola del gato.

—No comprendo, señor —interrumpió el inspector Colgate.

—Discúlpeme —dijo rápidamente Poirot—. Estaba pensando en voz alta.

—¿Y qué quiere decir eso de la alfombrilla y el gato?

—Nada, nada en absoluto. Dígame, inspector Colgate, si usted sospechase de alguien que dice mentiras, muchas, muchísimas mentiras, siempre, y no tuviese pruebas, ¿qué haría usted?

—Difícil de contestar es esa pregunta —dijo el inspector—. Pero mi opinión es que si alguien miente, acabarán por descubrirse sus mentiras.

—Sí, eso es cierto —asintió Poirot—. Me interesa aclarar que la creencia de que ciertas afirmaciones son mentiras es cosa solamente de mi imaginación. *Creo* que son mentiras, pero no puedo *saber* que son mentiras. Pero quizá pueda hacerse una prueba. Una prueba de alguna mentirilla de poco bulto. Y si se demuestra que es tal mentira… ¡sabremos entonces que todo el resto lo es también!

El inspector Colgate le miró con curiosidad.

—Su imaginación trabaja de un modo extraño, señor —dijo—. Pero al final hace deducciones muy acertadas. ¿Puedo preguntarle qué le indujo a pedir esos detalles sobre casos de estrangulación en general?

—Ustedes tienen una palabra en su idioma… *astuto*. ¡Este crimen me parece un crimen muy astuto! Y me pregunté si sería el primero.

—Comprendo —murmuró Colgate.

—Me dije: «Examinemos crímenes pasados de clase similar, y si hay alguno que se parezca estrechamente a éste, *eh bien*, tendremos en él una pista valiosísima».

—¿Se refiere usted, señor, a la utilización del mismo procedimiento de muerte?

—No, no; quiero decir más que eso. La muerte de Nellie Parsons,

por ejemplo, no me dice nada. Pero la muerte de Alice Corrigan… Dígame, inspector Colgate, ¿no nota usted un sorprendente parecido entre estos crímenes?

El inspector Colgate examinó unos momentos el problema en su imaginación.

—No, señor —dijo al fin—; no encuentro otro parecido que en uno y otro caso el marido tuvo una coartada férrea.

—Ah, ¿ha notado usted eso? —preguntó Poirot con acento de satisfacción.

4

—Ah, Poirot. Celebro verle. Entre. Es usted el hombre que necesito.

Hércules Poirot accedió a la invitación.

El jefe de policía abrió una caja de cigarros, eligió uno y lo encendió. Y empezó a hablar entre bocanadas de humo.

—He decidido, sobre poco más o menos, tomar una línea de acción —declaró—; pero me gustaría conocer su opinión antes de obrar decisivamente.

—Le escucho, amigo.

—He decidido acudir a Scotland Yard y entregarles el caso. En mi opinión, aunque ha habido motivos para sospechar de una o dos personas, el asunto tiene sus raíces en el contrabando de drogas. No me cabe duda de que la Cueva del Duende era el lugar de cita de los contrabandistas.

—De acuerdo —asintió Poirot.

—Y estoy también seguro —añadió Weston— de quién es nuestro contrabandista: Horace Blatt. Poirot volvió a asentir.

—Eso está también indicado.

—Veo que nuestros pensamientos han recorrido el mismo camino. Blatt tenía la costumbre de salir en un bote. A veces invitaba a alguien a que le acompañase, pero casi siempre iba solo. Su bote tenía unas velas rojas muy llamativas, pero hemos descubierto que tenía en reserva otras velas blancas. Blatt zarpaba un buen día para un sitio determinado y allí se encontraba con otro

bote, bote de vela o de motor, el cual le entregaba la mercancía. Luego Blatt se dirigía a la Cueva del Duende a una hora conveniente.

Hércules Poirot sonrió.

—Sí, sí, a la una y media. La hora del almuerzo inglés, cuando todo el mundo se encuentra en el comedor. La isla es de propiedad particular. No es un sitio donde pueda entrar cualquiera a pasar un día de campo.

—Exacto —dijo Weston—. Por consiguiente, Blatt desembarcó en la Ensenada del Duende y guardó su «mercancía» en aquella pequeña cornisa de la cueva. Alguien se presentaría a recogerla a su debido tiempo.

—Recordará usted —observó Poirot— aquella pareja que vino a comer a la isla el día del asesinato. Probablemente era ese el procedimiento para llevarse el contrabando. Dos veraneantes de un hotel de Saint Loo vienen a la isla de los Contrabandistas. Aquí anuncian que se quedarán a comer, pero que quieren recorrer la isla primero. Es fácil descender luego a la playa, coger la caja de los emparedados, guardarla en el bolso de mano de *madame*, y volver a comer al hotel, un poco tarde quizá, a las dos menos diez, por ejemplo, después de haber dado un paseo mientras todos los demás huéspedes se encontraban en el comedor.

—Así me lo imagino yo también —dijo Weston—. Pero esas organizaciones de contrabando de estupefacientes son implacables. Si alguien se entera por casualidad de sus asuntos, ello equivale a una sentencia de muerte. A mí me parece que esa es la verdadera explicación de la muerte de Arlena. Es posible que aquella mañana Blatt se encontrase en la cueva depositando su mercancía. Sus cómplices tenían que ir a buscarla aquel mismo día. Arlena llega en su esquife y le ve entrar en la cueva con la caja. Le pregunta ella de qué se trata y él la mata y huye en su bote lo más rápidamente posible.

—¿Cree usted definitivamente que Blatt es el asesino? —preguntó Poirot.

—Parece la solución más probable. Claro que es posible que Arlena averiguase antes la verdad, que dijese algo a Blatt acerca del asunto y que algún otro miembro de la banda consiguiese una falsa entrevista con la mujer y la asesinase en la playa. Como digo, creo

que lo mejor que podemos hacer es entregar el caso a Scotland Yard. Ellos tendrán muchos más medios que nosotros para comprobar las relaciones de Blatt con la banda.

Hércules Poirot asintió, pensativo.

—¿Cree usted entonces que es lo mejor que podemos hacer? —preguntó Weston.

—Es posible —contestó al fin Poirot, todavía pensativo.

—Vamos, Poirot, ¿le queda a usted algo en el buche?

—Caso de ser así, no podría probar nada —dijo gravemente Poirot.

—Ya sé que usted y Colgate tienen otras ideas —repuso Weston —. Me parecen un poco fantásticas, pero me veo obligado a confesar que puede haber algo aprovechable en ellas. Pero aunque tengan ustedes razón, continuaré pensando que éste es un caso para el Yard. Les entregaremos lo hecho y ellos podrán trabajar con la policía de Surrey. Estoy convencido de que no es realmente un caso para nosotros. No está suficientemente localizado.

Hizo una pausa.

—¿Qué opina usted, Poirot? ¿Qué cree usted que se debe hacer?

Poirot parecía abstraído en sus pensamientos.

—Sólo sé —dijo al fin— lo que me gustaría hacer a mí.

—¿Qué es ello?

—Me gustaría organizar una excursión campestre —murmuró Poirot.

Weston se le quedó mirando estupefacto.

Capítulo XII

1

—¿Una excursión campestre, *mister* Poirot?

Emily Brewster le miró como si hubiese enloquecido.

—Le parece a usted una rareza, ¿verdad? —dijo Poirot.

—Pues a mí me parece una idea admirable. Necesitamos algo fuera de lo de todos los días, de lo acostumbrado, para llevar nuestras vidas a la normalidad. Yo estoy deseoso de ver algo de Dartmoor. El tiempo es bueno ¡nos reanimará a todos! Ayúdeme, pues, en este asunto. Persuada a todo el mundo.

La iniciativa encontró un inesperado éxito. Todos dudaron al principio, pero terminaron confesando que no era tan mala idea después de todo.

Al capitán Marshall no se le dijo nada. Había ya él anunciado que tenía que ir a Plymouth aquel día. *Mister* Blatt se adhirió con entusiasmo. Estaba decidido a ser el alma y vida de la partida. Además de él, la formaron Emily Brewster, los Redfern, Stephen Lane, los Gardener —a quienes se convenció de que aplazasen su marcha por un día—, Rosamund Darnley y Linda.

Poirot había estado elocuente con Rosamund, recalcando lo conveniente que sería para Linda tener algo que la distrajese. Rosamund se mostró de acuerdo con esto y dijo:

—Tiene usted mucha razón. Ha sido una conmoción demasiado violenta para una chiquilla de su edad. Desde entonces se encuentra en un estado de nerviosidad constante.

—Es muy natural, *mademoiselle*. Pero a esa edad se olvida pronto. Persuádala a que venga. Usted puede, lo sé.

El mayor Barry rehusó firmemente. Dijo que no le gustaban las excursiones campestres.

—Hay que llevar muchos cestos —explicó—. Y, además, todo se vuelven incomodidades. Me gusta más comer sobre una mesa.

—La partida se reunió a las diez. Habían sido pedidos tres coches. *Mister* Blatt peroraba ruidosamente, imitando a un guía de turismo.

—Por aquí, señoras y caballeros, por aquí se va a Dartmoor. Brezos y arándanos. Nata de Devonshire y presidiarios. ¡Lleven a sus esposas, caballeros, y los amarán toda la vida! Paisajes garantizados. ¡Suban! ¡Suban!

En el último minuto bajó Rosamund Darnley. Parecía preocupada.

—Linda no viene —anunció—. Dice que tiene un dolor de cabeza terrible.

—Pues esto le sentará bien —replicó Poirot—. Convénzala, *mademoiselle*.

—Es inútil —dijo firmemente Rosamund—. Está absolutamente decidida. Le he dado un poco de aspirina y se ha ido a, acostar. —Rosamund añadió tras titubear un momento—:

Me parece que yo tampoco podré ir con ustedes.

—¡Eso no puede consentirse, señorita; eso no puede permitirse! —gritó *mister* Blatt, agarrándola alegremente por el brazo—. «La haute Mode» tiene que honrarnos con su compañía. ¡Nada de negativas! La llevo a usted detenida. Sentenciada a Dartmoor.

La condujo sin soltarla hasta el primer coche. Rosamund lanzó una suplicante mirada a Hércules Poirot.

—Yo me quedaré con Linda —se ofreció Cristina Redfern—. No tengo interés en ir.

—¡Oh, vamos, Cristina! —rogó Patrick.

—No, no; tiene usted que venir, *madame* —intervino Poirot—. Para un dolor de cabeza es mejor la soledad. Vamos, en marcha.

Los tres coches se alejaron. Fueron primero a la auténtica Cueva del Duende, en Sheepstor y armaron gran jolgorio buscando la entrada, que encontraron, al fin, ayudados por la vista de una tarjeta postal.

Era muy molesto circular por entre los grandes peñascos, y Hércules Poirot no lo intentó. Observaba indulgentemente, mientras

Cristina Redfern saltaba ágilmente de piedra en piedra y comprobaba que su esposo nunca estaba muy lejos. Rosamund y Emily Brewster se habían unido para realizar sus exploraciones, aunque la última resbaló una vez y se torció ligeramente el tobillo. Stephen Lane se mostró infatigable, curioseando por entre las peñas. *Mister* Blatt se contentó con alejarse un poco y gritar animosamente mientras tomaba fotografías de los exploradores, de los paisajes, de todo cuanto le agradaba.

Los Gardener y Poirot se sentaron al borde del camino. La voz de *mistress* Gardener se elevó en inacabable monólogo, puntuado, de vez en cuando, por el obediente «Sí, querida» de su esposo.

—… es lo que siempre he dicho, *mister* Poirot, y *mister* Gardener está de acuerdo conmigo: las fotos pueden traer muchos disgustos. A menos, claro está, que se hagan entre amigos. Ese *mister* Blatt no tiene escrúpulos de ninguna clase. Se acerca a cualquiera y le saca una fotografía, y eso, como he dicho a *mister* Gardener, es señal de mala educación. ¿Verdad que te lo dije así, Odell?

—Sí, querida.

—Recuerden aquel grupo que nos sacó a todos sentados en la playa. No me pareció mal, pero debió pedir permiso primero. Como no avisó, sorprendió a *miss* Brewster en el momento de disponerse a levantarse, y eso la hizo aparecer en postura un poco ridícula.

—Cierto, querida —convino *mister* Gardener, sonriendo.

—Y ahí tienen ustedes a *mister* Blatt entregando copias a todo el mundo sin pedir permiso a nadie. Me fijé en que a usted le entregó una, *mister* Poirot.

Poirot hizo un gesto afirmativo.

—Cierto —dijo—. Y aprecié mucho el obsequio.

—Y fíjense cómo se está portando hoy —prosiguió *mistress* Gardener—. No hace más que gritar y decir chabacanerías. A mí me pone nerviosa. Debió usted arreglárselas para que se quedase en casa, *mister* Poirot.

—Lo siento, *madame*. Me habría sido muy difícil —murmuró el detective.

—Lo creo. Ese hombre se mete en todas partes. No tiene la menor sensibilidad.

En aquel momento el descubrimiento de la Cueva del Duende fue saludado desde abajo con enorme griterío.

La partida se dirigió después, bajo la dirección de Hércules Poirot, a un delicioso lugar situado al pie de un montículo junto a un riachuelo. Un estrecho puente rustico cruzaba el río y Poirot y *mister* Gardener indujeron a todos a atravesarlo para acomodarse en un pequeño claro, libre de tejos espinosos, sitio ideal para merendar.

Hablando volublemente de sus sensaciones, *mistress* Gardener cruzó el puentecillo sin novedad. De pronto se oyó un pequeño grito. Emily Brewster se había detenido en medio de la plancha, con los ojos cerrados, vacilante.

Poirot y Patrick Redfern se lanzaron a sostenerla.

—Gracias, gracias —dijo Emily, avergonzada—. Nunca serví para cruzar agua corriente. Me mareo. ¡Qué estupidez!

Se sacaron las viandas y empezó la merienda.

Todos estaban secretamente sorprendidos de lo mucho que les agradaba la excursión. Ello se debía, quizá, a que les proporcionaba un escape a una atmósfera libre de sospechas y temores. Allí, con el rumor del agua, el suave olor del aire y el cálido colorido de helechos y brezos parecía borrado, como si nunca hubiese existido, un mundo cargado de interrogatorios e investigaciones policíacas. Hasta *mister* Blatt olvidó que era el alma y vida de la reunión. Después de la merienda se alejó para dormitar un poco, y sus apagados ronquidos atestiguaron su bienaventurada inconsciencia.

Al recogerse las cestas de la merienda, todos los excursionistas se sentían de buen humor y felicitaron a Poirot por su buena idea.

El sol iba hundiéndose cuando emprendieron el regreso por los estrechos e intrincados senderos. Desde lo alto de la colina disfrutaron una breve ojeada del conjunto de la isla con el blanco hotel en medio.

Con el sol hacia el ocaso el paisaje aparecía resplandeciente de paz bucólica.

La señora Gardener, poco locuaz por una vez, suspiró y dijo:

—Le doy las gracias, *mister* Poirot. ¡Me siento tan tranquila! ¡Es todo tan maravilloso!

2

El mayor Barry salió a saludarlos a la llegada.

—¡Hola! —dijo—. ¿Cómo pasaron el día?

—Maravillosamente —contestó *mistress* Gardener—. El paisaje es admirable. El aire delicioso y confortante. ¡Y todo tan inglés!… Debiera darle a usted vergüenza el no haber venido.

El mayor Sé echó a reír.

—Ya estoy demasiado viejo para esas andanzas y para sentarme en un fangal a comer unos emparedados.

Salió del hotel una camarera. Parecía un poco excitada. Titubeó un momento, luego se acercó rápidamente a Cristina Redfern.

—Perdóneme, *madame*, pero me tiene preocupada la señorita. Me refiero a *miss* Marshall: Acabo de subirle una taza de té y no puedo conseguir que despertase, y parece que le pasa algo extraño.

Cristina miró a su alrededor, consternada. Poirot se puso inmediatamente a su lado.

—Subamos a ver —dijo en voz baja, cogiéndola por el codo.

Subieron apresuradamente las escaleras y cruzaron el pasillo hacia la habitación de Linda.

Una sola mirada les bastó para comprender que ocurría algo grave. La joven tenía un color extraño y su respiración era apenas perceptible.

Poirot le tomó el pulso. Al mismo tiempo, advirtió un sobre apoyado en la lámpara de la mesilla de noche. Estaba dirigido al mismo Poirot.

El capitán Marshall entró precipitadamente en la habitación.

—¿Qué le pasa a Linda? —preguntó con ansiedad.

Cristina Redfern dejó escapar un sollozo.

Hércules Poirot se apartó de la cama.

—Vaya a buscar a un doctor lo más rápidamente posible —dijo —. Pero mucho me temo que sea demasiado tarde.

Poirot cogió la carta a él dirigida y desgarró el sobre. Dentro había unas cuantas líneas escritas con la letra casi infantil de Linda.

«Creo que ésta es la mejor manera de terminarlo todo. Pídale a papá que me perdone. Yo maté a Arlena. Creí que quedaría tranquila, pero no ha sido así. Mi vida es ya un tormento…».

3

Estaban reunidos en el gabinete, Marshall, los Redfern, Rosamund Darnley y Hércules Poirot.

Permanecían silenciosos… esperando.

La puerta se abrió y dio paso al doctor Neasdon.

—He hecho todo lo que he podido —dijo lacónicamente.

—Quizá se salve… pero debo decir que no hay muchas esperanzas.

Hizo una pausa. Marshall, intensamente pálido, preguntó con voz ahogada:

—¿Cómo llegó a su poder la droga?

Neasdon volvió a abrir la puerta e hizo una seña a alguien que estaba en el interior.

Una doncella salió de la habitación. Había estado llorando.

—Repítanos lo que vio —ordenó Neasdon a la mujer.

—Nunca pensé —dijo ella suspirando—, nunca pensé que ocurriese nada anormal, pero la conducta de la señorita me pareció extraña. —Una ligera mueca del doctor la obligó a concretar más—. La señorita estaba en la otra habitación. En la de *mistress* Redfern. La encontré junto al lavabo, cogiendo un botellín. Noté que se sobresaltó cuando entré, y pensé que era extraño que cogiese cosas de otra habitación, pero luego se me ocurrió que quizás se tratase de algo que le hubiese prestado a la señora. La señorita se limitó a decir: «¡Oh, esto era lo que yo buscaba!», y salió.

—¡Mis tabletas para dormir! —exclamó Cristina, palideciendo.

—¿Cómo conocía la joven la existencia de esas tabletas? —preguntó bruscamente el doctor.

—Anoche le di una porque me dijo que no podía dormir. Recuerdo que me preguntó: «¿Bastará con una?». Y yo le conteste: «Oh, sí, son muy fuertes y me han advertido que nunca emplee más de dos como máximo».

—Pues la señorita quiso asegurarse y tomó seis —comentó el doctor.

Cristina volvió a sollozar.

—¡Oh, Dios mío, todo ha sido culpa mía! Debí guardarlas bajo llave.

El doctor se encogió de hombros en tanto contestaba:

—Habría sido más prudente, *mistress* Redfern.

—Se muere… y es culpa mía —sollozó Cristina con desesperación.

Kenneth Marshall se agitó en su asiento.

—No puede usted censurarse por eso —dijo—. Linda sabía lo que iba a hacer. Las tomó deliberadamente. Quizá… quizá fue lo mejor que pudo suceder.

Miró el arrugado papel que tenía en la mano… la nota que Poirot le había entregado silenciosamente.

—Yo no lo creo —declaró Rosamund Darnley—. No creo que Linda la matase. Seguramente se demostrará que es imposible.

Se abrió la puerta y entró el coronel Weston.

—¿Qué es lo que acaban de comunicarme? —preguntó.

El doctor Neasdon tomó la nota de manos de Marshall y la entregó al jefe de policía. Este la leyó y exclamó en tono de incredulidad:

—¡Cómo! ¡Pero si esto es una tontería… una absurda tontería! ¡Imposible! —Repitió con rotunda seguridad—. ¡Imposible! ¿Qué le parece, Poirot?

Hércules Poirot intervino por primera vez.

—Me temo que lo sea —dijo en tono de tristeza.

—Pero si yo estuve con ella, *mister* Poirot —replicó Cristina Redfern—. Estuve con ella hasta las doce menos cuarto. Así se lo manifesté a la policía.

—Su declaración probó la coartada… sí —dijo Poirot—. ¿Pero en qué se basó esa declaración? Se basó *en el reloj de pulsera de Linda Marshall*. Usted no sabe *por su propio conocimiento* que eran las doce menos cuarto cuando se sentaron; sólo sabe usted que ella se lo dijo así. Usted misma confesó que le pareció que el tiempo había ido muy de prisa. Y ahora voy a hacerle a usted una pregunta, *madame*. Cuando usted abandonó la playa, ¿regresó usted al hotel de prisa o despacio?

—Me parece que más bien despacio.

—¿Recuerda usted bien aquel paseo de regreso?

—No muy bien. Iba pensativa…

—Perdóneme la indiscreción, *madame*, ¿puede decirme en qué iba pensando?

Cristina enrojeció.

—Se lo diré… si es necesario. Iba considerando mi propósito de marcharme de aquí. De marcharme sin decírselo a mi marido. Me sentía muy desgraciada… entonces.

—¡Oh, Cristina! —exclamó Patrick Redfern—. Si yo hubiese sabido…

—Exactamente —interrumpió la voz de Poirot—. Usted estaba preocupada por tener que dar un paso de cierta importancia. Estaba usted, por decirlo así, sorda y ciega para cuanto la rodeaba. Probablemente caminó usted muy lentamente, deteniéndose de vez en cuando para reflexionar.

—Es usted muy perspicaz —asintió Cristina—. Así fue. Desperté de una especie de ensueño a la misma puerta del hotel, y me apresuré a entrar, pensando que sería muy tarde, pero cuando vi el reloj del vestíbulo me di cuenta de que disponía de tiempo suficiente.

—Exactamente —repitió Hércules Poirot, y añadió, dirigiéndose ahora a Marshall—: Voy a describirle ciertas cosas que encontré en la habitación de su hija después del asesinato. En el hogar de la chimenea había una gran masa de cera fundida, un poco de pelo carbonizado, fragmentos de cartón y papel, y un alfiler ordinario. El papel y el cartón, quizá no tengan importancia, pero las otras tres cosas eran sugestivas… particularmente cuando descubrí escondido en un estante un volumen de la librería local, que trata de brujerías y sortilegios. Al cogerlo se abrió fácilmente por determinada página. En ella se describían diversos métodos de causar la muerte, moldeando una figura de cera que debía representar a la víctima. Esta figura debía tostarse después lentamente hasta que se fundiera… o atravesarle repetidamente el corazón con un alfiler. El resultado debía ser la muerte de la víctima. Más tarde me enteré por *mistress* Redfern que Linda Marshall había salido muy temprano aquella mañana, había comprado un paquete de velas y pareció muy confusa cuando se descubrió su compra. Sabido eso, ya no tuve duda de lo sucedido. Linda había hecho una tosca figura con la cera de las velas, adornándola posiblemente con un mechón de pelo de Arlena para darle fuerza mágica, le había perforado el corazón con un alfiler, y, finalmente, había fundido la figura haciendo arder debajo de ella trozos de cartón y papel.

»El procedimiento era burdo, infantil, supersticioso, pero revelaba una cosa: el deseo de matar.

»¿Existe la posibilidad de que hubiera más que un deseo? ¿Pudo Linda Marshall matar *realmente* a su madrastra?

»A primera vista parecía tener una coartada perfecta, pero en realidad, como acabo de indicar, la hora fue falseada por la misma Linda. Nada más fácil para ella que declarar que fue un cuarto de hora más tarde de lo que realmente era.

»Una vez que *mistress* Redfern abandonó la playa, fue completamente posible que Linda recorriese el estrecho sendero que conduce a la escalerilla, que bajase por ella, que encontrase allí a su madrastra, que la estrangulase y que volviera a subir antes de que el bote que llevaba a *miss* Brewster y a Patrick Redfern se presentase a la vista. Luego pudo regresar a la ensenada de las Gaviotas, tomar su baño y volver al hotel descansadamente.

»Pero eso implicaba dos cosas. Linda debía tener conocimiento terminante de que Arlena Marshall se encontraba en la Ensenada del Duende y tenía que ser, además, físicamente capaz de realizar el hecho.

»Lo primero era completamente posible… si Linda Marshall hubiese escrito una nota a la misma Arlena en nombre de otra persona. En cuanto a lo segundo, Linda tiene manos grandes y fuertes. Son tan grandes como las de un hombre. Respecto a la fuerza, la muchacha está en esa edad en que propende uno al desequilibrio mental. Y los trastornos mentales van con frecuencia acompañados por una fuerza desacostumbrada. Hay otro pequeño punto. La madre de Linda Marshall fue acusada de intento de asesinato.

Kenneth Marshall levantó la cabeza y replicó con resolución.

—Pero fue absuelta.

—Fue absuelta —convino Poirot.

—Tenga en cuenta lo que voy a decirle, *mister* Poirot —añadió Marshall—. Ruth, mi mujer, era inocente. Lo sé con completa y absoluta certeza. Yo no podía engañarme en la intimidad de nuestra vida. Era una víctima inocente de las circunstancias.

Hizo una pausa.

—Y no creo que Linda matase a Arlena. ¡Es ridículo… absurdo!

—¿Cree usted, entonces, que su carta es falsa? —preguntó

Poirot.

Marshall alargó la mano y Weston le entregó el papel. Marshall lo estudió atentamente. Luego movió la cabeza.

—No —dijo involuntariamente—. Creo que Linda escribió esto.

—Pues si lo escribió —replicó Poirot—, sólo hay dos explicaciones. O lo escribió de buena fe, reconociéndose culpable, o… *lo escribió deliberadamente para proteger a otra* persona, a alguien de quien temía se sospechase.

—¿Se refiere usted a mí? —dijo Marshall.

—Es posible.

Marshall reflexionó unos momentos.

—La idea me parece absurda —dijo al fin—. Linda pudo darse cuenta de que yo fui considerado como sospechoso al principio. Pero ahora sabía definitivamente que ya no era así y que la policía había aceptado mi coartada y enfocado su atención hacia otra parte.

—Tenga en cuenta —repuso Poirot— que no tiene tanta importancia que ella pensase que se sospechaba de usted como que supiese que era usted culpable.

—¡Eso es absurdo! —Protestó Marshall, soltando una corta carcajada.

—Es lo que deseo aclarar —dijo Poirot—. Existen, como usted sabe, varias posibilidades sobre la muerte de *mistress* Marshall. Hay la hipótesis de que estaba siendo víctima de un chantaje, de que aquella mañana fue a entrevistarse con el chantajista y que éste la mato. Hay la teoría de que la Ensenada del Duende y la Cueva del Duende eran utilizadas para el contrabando de drogas y que *mistress* Marshall fue muerta porque se enteró accidentalmente de algo relacionado con el asunto. Y hay una tercera posibilidad: que fue asesinada por un maniático religioso. Y una cuarta… ¿No es cierto, capitán Marshall, que tenía usted que cobrar una buena cantidad de dinero a la muerte de su esposa?

—Acabo de decir a usted…

—Sí, sí… Convengo en que es imposible que usted pudiese matar a su mujer… actuando solo. Pero supongamos que alguien le ayudó.

—¿Qué diablos quiere usted decir?

El hombre flemático se sulfuraba al fin. Medio se levantó de su asiento. Su voz era amenazadora. Brillaban de ira sus ojos.

—Quiero decir —prosiguió Poirot— que este crimen no fue cometido por una sola mano. Intervinieron en él dos personas. Es completamente cierto que usted no pudo mecanografiar aquella carta y estar al mismo tiempo en la ensenada… pero habría habido tiempo para que usted escribiese aquella carta en taquigrafía y que *alguien* la mecanografiase en su habitación mientras usted se ausentaba para cumplir su criminal misión.

Hércules Poirot miró a Rosamund Darnley y añadió:

—*Miss* Darnley afirma que abandonó Sunny Ledge á las once y diez y le vio a usted escribir en su cuarto. Pero precisamente a aquella hora *mister* Gardener subió al hotel a buscar un ovillo de lana para su mujer. Y no encontró a *miss* Darnley ni la vio. Esto es algo extraño. Parece como sí *miss* Darnley nunca hubiese abandonado Sunny Ledge, o, si lo hizo, sería mucho más temprano y estuvo en la habitación de usted escribiendo afanosamente. Otro punto: usted afirmó que cuando *miss* Darnley se asomó a su habitación a las, once y cuarto la *vio usted, por el espejo*. Pero el día del asesinato su máquina de escribir y sus papeles se encontraban sobre una mesa en el otro ángulo de la habitación, mientras que él espejo estaba colgado ante las ventanas. Tal afirmación fue, pues, una deliberada mentira. Más tarde trasladó usted su máquina de escribir a la mesa colocada debajo del espejo como para justificar su historia… pero era demasiado tarde. Yo estaba enterado de que tanto usted como *miss* Darnley habían mentido.

—¡Qué diabólicamente ingenioso es usted! —exclamó. Rosamund Darnley...

—¡Pero no tan diabólico e ingenioso como el hombre que mató a Arlena Marshall! —replicó Poirot—. Retrocedamos con la imaginación. ¿Con quién pensé yo… con quién pensaron todos… que Arlena había ido a reunirse aquella mañana? Todos llegamos a la misma conclusión. *Patrick Redfern*. No era un chantajista quien la esperaba. Con sólo mirarla a la cara lo habría yo adivinado. ¡Oh, no!, iba a reunirse con su amante… ¡o al menos así lo creía ella!

»Estoy completamente seguro. Arlena Marshall fue a reunirse con Patrick Redfern. Pero un minuto después Patrick Redfern aparecía en la playa buscando a Arlena. ¿Qué había ocurrido, pues?

—Que algún malvado utilizó mi nombre —dijo Patrick Redfern con reprimida ira.

Poirot prosiguió:

—Usted estaba evidentemente inquieto y sorprendido por la ausencia de Arlena. Demasiado evidentemente, quizá. Teniendo todo esto en cuenta, *mister* Redfern, mi opinión, es que ella fue a la Ensenada del Duende a reunirse con *usted*, que allí se encontraron y que *usted, la mató como tenía planeado*.

—¡Usted está loco! —exclamó Patrick con su jovial voz de irlandés—. Estuve con usted en la playa hasta que acompañé en el bote a *miss* Brewster y descubrimos el cadáver.

—Usted la mató —repitió Poirot— después de que *miss* Brewster se alejó en el bote para ir a avisar a la policía. Arlena Marshall no estaba muerta cuando ustedes llegaron a la playa. Esperaba oculta en la cueva a que se despejase la costa.

—¿Pero y el cadáver? *Miss* Brewster y yo vimos el cadáver.

—Un cuerpo sí, pero no un cadáver. El cuerpo *vivo* de la mujer que le ayudó a usted, pintados brazos y piernas con yodo y el rostro oculto por un sombrero de cartón verde. Cristina, su mujer (o posiblemente nada más que su amante), le ayudó a cometer este crimen como le ayudó a cometer aquel otro de hace años, cuando se descubrió el cuerpo de Alice Corrigan veinte minutos antes de que ésta muriese… asesinada por su marido Edward Corrigan ¡Usted!

—Ten cuidado, Patrick, no pierdas la serenidad —dijo la voz fría y aguda de Cristina—. *Mister* Poirot bromea.

—Les interesará saber —continuó Poirot— que tanto usted como su esposa Cristina fueron fácilmente reconocidos por la policía de Surrey en un grupo fotografiado aquí. Les identificaron a ustedes en seguida como Edward Corrigan y Cristina Deverill, la joven que descubrió el cadáver.

Patrick Redfern se puso en pie. Su bello rostro se transformó, congestionado de sangre, ciego de rabia. Era el rostro de un homicida… de una fiera.

—¡Maldito gusano! —rugió, arrojándose sobre Poirot y clavándole los dedos en la garganta.

Capítulo XIII

1

Poirot se expresó de este modo:

—Una mañana, sentados en este mismo sitio, hablábamos de los cuerpos tostados por el sol, tendidos como reses sobre una losa, y fue entonces cuando se me ocurrió cuan poco diferencia hay entre un cuerpo humano y otro. La mirada atenta y evaluadora distingue esta pequeña diferencia, pero no la mirada superficial y errante. Una joven moderadamente bien hecha es parecidísima a otra. Dos piernas morenas, dos brazos morenos y, entre unas y otros, un pequeño traje de baño: tal es un cuerpo tendido al sol sobre la arena. Cuando una mujer anda, cuando ríe, cuando habla, cuando vuelve la cabeza, hay en ella personalidad, individualidad. Pero en el ritual del sol, no.

»Fue aquel día cuando hablamos del Mal, de la *maldad bajo el sol*, como dijo *mister* Lane. Nuestro amigo es una persona muy sensible; le afecta el Mal, percibe su presencia; pero aunque es un buen instrumento registrador, no supo exactamente dónde se encontraba el Mal. Para él, el Mal estaba concentrado en la persona de Arlena Marshall y casi todos los presentes se mostraron de acuerdo con esta opinión.

»Pero para mi imaginación, aunque la Maldad estaba presente, no estaba en modo alguno centralizada en Arlena Marshall. Estaba relacionada con ella, sí, pero de un modo totalmente diferente. Yo la vi en todo momento como una *víctima* eterna y predestinada. Porque era bella, porque tenía hechizo, porque los hombres volvían la cabeza para mirarla, suponía la gente que era ese tipo de mujer que destroza vidas y destruye almas. Pero yo la vi de un modo

diferente. No era ella quien fatalmente atraía a los hombres… eran los hombres los que fatalmente la atraían a ella. Era el tipo de mujer de quien los hombres se enamoran fácilmente y de quien se cansan con la misma rapidez. Y todo lo que me contaron o pude averiguar no hizo más que afirmar mi convicción en este punto. Lo primero que se contaba de Arlena era que el hombre de cuyo divorcio fue causa rehusó casarse con ella. Fue entonces cuando el capitán Marshall, uno de esos hombres incurablemente caballeros, apareció en escena y la solicitó en matrimonio. Para un hombre tímido y reservado como el capitán Marshall, una humillación pública de cualquier clase es la peor de las torturas… De ahí su amor y compasión por su primera mujer, a quien se acusó y juzgó públicamente por un asesinato que no había cometido. Se casó con ella y encontró su mayor recompensa en la comprobación de la bondad de su carácter. Después de su muerte, otra bella mujer, quizá del mismo tipo, puesto que Linda, tiene cabellos rojos (que probablemente heredó de su madre), fue sacada a la pública ignominia. Y otra vez Marshall realiza un acto de redención. Pero esta vez no suficientemente recompensado. Arlena es estúpida, indigna de simpatía y de desinteresada protección… Pero aunque cesó de amarla y le atormentaba su presencia, continuó complaciéndola. Ella era para él como una chiquilla que no podía pasar de cierta página en el libro de la vida.

»Yo vi en Arlena Marshall, con su pasión por los hombres, una presa predestinada para un ser sin escrúpulos». En Patrick Redfern, con su buen tipo, su apostura, su innegable encanto para las mujeres, reconocí en seguida ese tipo de hombre. El aventurero que, de un modo u otro, vive a costa de las mujeres. Observando desde mi asiento en la playa, adquirí la certeza de que Arlena era la víctima de Patrick. Y asocié aquel foco de Maldad de que hablábamos con Patrick Redfern y no con Arlena Marshall.

»Arlena había entrado recientemente en posesión de una gran suma de dinero heredada de un viejo admirador que no tuvo tiempo de cansarse de ella. Arlena era de esas mujeres defraudadas invariablemente en su dinero por un hombre u otro. *Miss* Brewster mencionó un joven que se había “arruinado” por Arlena, pero una carta suya, encontrada en la habitación de la señora Marshall, aunque expresaba el deseo (cosa que no cuesta nada) de cubrirla de

joyas, le acusaba recibo de un cheque por medio del cual aperaba escapar a determinada persecución. ¡Claro caso de un joven disipador que vive de una mujer! No tengo duda de que Patrick Redfern encontró sencillísimo inducir a Arlena a que de vez en cuando le entregase considerables sumas "para inversión". Probablemente la deslumbró con historias de grandes oportunidades que harían la fortuna de los dos. Las mujeres que viven solas y sin protección son fácil presa de esta clase de criminales… que generalmente escapan con el botín. No obstante, si hay un marido, un padre o un hermano, las cosas pueden tomar un giro desagradable para el embaucador. Cuando el capitán Marshall hubiese descubierto lo que había sido de la fortuna de su esposa, podía esperar poca clemencia por su parte.

»Sin embargo, aquello no le importaba, porque contaba con hacer desaparecer a Arlena cuando lo juzgase necesario, con la misma facilidad que había hecho desaparecer a una joven con quien se casó con el nombre de Corrigan y a quien persuadió de que hiciese un seguro de vida por una gran cantidad a su favor.

»Le ayudó en sus planes una joven que pasaba aquí por su esposa y a quien profesaba verdadero afecto. Era una joven lo más diferente del tipo de sus víctimas que puede imaginarse: fría, tranquila, desapasionada, pero resueltamente leal a su amante y actriz consumada. Desde su llegada aquí, Cristina Redfern desempeñó un papel; el papel de "la pobre mujercita", débil, ingenua, más bien intelectual que atlética. Recuerden las cualidades que fue mostrando sucesivamente. Su repugnancia a tostarse al sol, y su consiguiente piel blanca. Sus ataques de vértigo en las alturas, aquella historia de su repentina paralización en la catedral de Milán, etcétera. Tanto hizo notar su fragilidad y su delicadeza, que casi todo el mundo hablaba de ella como de una "mujercita". En realidad, era tan alta como Arlena Marshall, pero con manos y pies pequeños. Hablaba de sí misma como de una antigua maestra de escuela, procurando dar la impresión de mujer instruida y falta de cualidades atléticas. Era realmente cierto que había trabajado en un colegio… pero con el empleo de profesora de gimnasia, pues era una joven extremadamente activa que podía trepar como un gato y correr como una atleta.

»El crimen mismo, fue perfectamente planeado y calculado. Fue,

como dije antes, un crimen a base de astucia y cálculo. Su adaptación al tiempo es la obra de un genio.

»En primer lugar, hubo ciertas escenas preliminares: una representada en el acantilado, conocedores ellos de que yo ocupaba el nicho inmediato, escena que consistió en un diálogo convencional entre una esposa celosa y su marido. Más tarde la mujer representó el mismo papel en una escena conmigo. En aquel momento tuve la vaga sensación de haber leído todo aquello en algún libro. No parecía *real*. Y es que, naturalmente, no lo era. Luego llegó el día del crimen. Era un hermoso día… detalle esencial. El primer acto de Redfern fue deslizarse muy temprano por la puerta del balcón, que abrió desde dentro. (De encontrarse abierta se habría pensado únicamente que alguien había salido por allí a tomar un baño). Bajo su albornoz ocultaba un sombrero chino de color verde, réplica del que Arlena tenía la costumbre de usar. Redfern cruzó luego la isla, descendió por la escalerilla y escondió el sombrero en un determinado lugar detrás de unas rocas. Primera parte.

»La noche anterior había quedado citado con Arlena. Tenían que tomar muchas precauciones para sus entrevistas, pues Arlena empezaba a tener miedo de su marido. Convinieron, pues, en dirigirse a la Ensenada del Duende muy temprano. Nadie acostumbraba a ir allí por la mañana. Redfern se reuniría con ella en aquel sitio, procurando no ser visto. Si Arlena oía que alguien bajaba por la escalerilla o se presentaba algún bote a la vista, debía esconderse en la Cueva del Duende, cuyo secreto le había él comunicado, y esperar allí hasta que quedase libre la costa. Segunda parte.

»Entretanto, Cristina fue a la habitación de Linda a una hora en que suponía que la joven habría salido para tomar su baño matinal. Alteró entonces el reloj de Linda adelantándolo veinte minutos. Existía, naturalmente, el peligro de que Linda se diese cuenta de que su reloj marchaba mal, pero la contingencia no tenía gran importancia. La verdadera coartada de Cristina estaba en el tamaño de sus manos que la imposibilitaba físicamente para cometer el crimen. No obstante, era conveniente otra coartada adicional. Una vez en la habitación de Linda, advirtió el libro sobre magia y sortilegios, lo abrió por determinada página y lo leyó, y cuando Linda regresó y dejó caer un paquete de velas, se dio cuenta de lo

que Linda llevaba en la imaginación. Aquello le inspiró nuevas ideas. El proyecto primitivo de la pareja culpable fue hacer recaer las sospechas sobre Kenneth Marshall: de aquí la sustracción de la pipa, un fragmento de la cual tenía que ser colocado al pie de la escalerilla de la ensenada.

»Al regreso de Linda, Cristina consiguió fácilmente que la joven la acompañase a la Ensenada de las Gaviotas. A continuación, Cristina regresó a su habitación, sacó de un maletín un frasco de tintura, se la aplicó cuidadosamente y arrojó por la ventana el frasco vacío, estando a punto de herir a Emily Brewster, que se bañaba en la playa. Tercera parte, realizada felizmente.

»Cristina se puso luego un traje de baño blanco y sobre él un par de pantalones de playa, una larga chaqueta que le cubría por completo los brazos y piernas recientemente bronceados.

»A las diez y cuarto Arlena partió para su cita, y uno o dos minutos después Patrick apareció en la playa dando vivas muestras de sorpresa y ansiedad. La misión de Cristina no podía ser más fácil. Fingiendo que había olvidado su reloj, preguntó a Linda, a las once y veinticinco, qué hora era. Linda consultó su reloj y contestó que las doce menos cuarto. La joven se metió entonces en el mar y Cristina recogió sus bártulos de dibujo. Tan pronto como Linda volvió la espalda, Cristina cogió el reloj de la joven, que había tenido que abandonar forzosamente para meterse en el agua, y lo retrasó hasta que marcó la hora verdadera. Luego subió apresuradamente por el sendero del acantilado, cruzó corriendo la estrecha faja de tierra hasta lo alto de la escalerilla, ocultó su pijama y su caja de dibujo detrás de una roca y descendió rápidamente por la escalerilla como una perfecta gimnasta.

»Arlena se encuentra en la playa preguntándose por qué Patrick tarda tanto. Ve u oye que alguien baja por la escalerilla, observa disimuladamente y descubre con sobresalto que se trata… ¡de la esposa! Abandona entonces apresuradamente la playa y se esconde en la Cueva del Duende.

»Cristina saca el sombrero de su escondite; un falso bucle de pelo cuelga por detrás, y Cristina se tiende en la playa en la apropiada actitud, con el sombrero y el bucle cubriéndole el rostro y el cuello. El ajuste del tiempo es perfecto. Uno o dos minutos después aparece a la vista el bote que lleva a Patrick y Emily

Brewster. Recuerden que es Patrick quien se inclina y examina el cuerpo, ¡Patrick quien se muestra destrozado, anonadado por la muerte de su amada! Su testigo había sido cuidadosamente elegido. *Miss* Brewster perdería la serenidad, no intentaría subir por la escalerilla, regresaría en bote y dejaría, naturalmente, que Patrick se quedase con el cadáver, "no fuese que el asesino anduviera todavía por allí". *Miss* Brewster se aleja a fuerza de remos para ir a avisar a la policía. Cristina, tan pronto como desaparece el bote, se pone en pie, corta el sombrero en trozos con las tijeras que Patrick ha llevado, los oculta en su traje de baño, sube por las escalerillas, vuelve a ponerse su pijama de playa y corre al hotel. Tiempo justo para tomar un baño ligero, quitarse la aplicación de tintura y ponerse su traje de tenis. Cristina quema después los trozos del sombrero de cartón verde y el bucle de pelo en la chimenea de Linda, añadiendo la hoja de un calendario para que se la asocie con el cartón. De este modo no es un *sombrero* lo que se ha quemado, sino un calendario. El monigote de cera y el alfiler, abandonados en la chimenea, demuestran que Linda ha estado ensayando también sus procedimientos mágicos…

»Luego baja a la pista de tenis y llega la última, pero sin dar muestras de agitación o apresuramiento.

»Y entretanto, Patrick va a la cueva. Arlena no ha visto nada y ha oído muy poco —un bote y voces— y ha permanecido prudentemente escondida. Pero ahora es Patrick quien la llama.

»—Estamos solos, querida —y ella sale y las manos de él le agarrotan el cuello… y aquél es el fin de la infeliz y bella Arlena Marshall…».

Se extinguió la voz de Poirot.

Reinó por un momento el silencio, que interrumpió Rosamund Darnley.

—Nos ha hecho usted verlo todo —dijo con un ligero estremecimiento—. Pero esa es la historia de lo ocurrido. Nunca nos ha dicho usted cómo llegó al conocimiento de la verdad.

Hércules Poirot reanudó su explicación.

—Le dije a usted en cierta ocasión que yo tenía una imaginación muy simple. Siempre, desde un principio, me pareció que la *persona más probable*, era la que había matado a Arlena Marshall. Y «la persona más probable» era Patrick Redfern. Era el tipo *par*

excellence… el tipo de hombre que explota a las mujeres como Arlena, y el tipo de homicida, del criminal que se lleva los ahorros de la mujer y le corta el cuello en recompensa. ¿Con quién tenía Arlena que encontrarse aquella mañana? Por la expresión de su rostro, por su sonrisa, por las palabras que me dirigió… ¡con Patrick Redfern! Y, por tanto, siguiendo la lógica de las cosas, tenía que ser Patrick Redfern quien la mató.

»Pero en seguida tropecé, como le dije a usted, con la imposibilidad. Patrick Redfern no pudo matarla, puesto que estuvo en la playa, y en compañía de *miss* Brewster hasta el descubrimiento del cadáver. Me dediqué, pues, a reflexionar en busca de otras soluciones… y encontré varias. Arlena pudo ser muerta por su marido… con *miss* Darnley como cómplice. (Los dos habían mentido también en un punto que parecía sospechoso). Arlena pudo ser muerta como consecuencia de haber sorprendido el secreto de contrabando de drogas. Pudo ser muerta, como he dicho, por un maniático religioso, y pudo ser muerta por su hijastra. En aquel momento ésta me pareció la verdadera solución. La actitud de Linda en su primera entrevista con la policía fue significativa. Una conversación que yo sostuve con ella después me convenció plenamente de una cosa: Linda se consideraba culpable.

—¿Quiere usted decir que Linda se imaginaba que había matado realmente a Arlena? —preguntó Rosamund en tono de incredulidad.

—Sí —contestó Poirot—. Recuerde que es poco más que una chiquilla. Leyó aquel libro de hechicería y medio se lo creyó. Aborrecía a Arlena. Modeló deliberadamente el muñeco de cera, le comunicó el hechizo, le clavó el alfiler en el corazón, lo fundió… *Y aquel mismo día murió Arlena*. Gente más vieja y más culta que Linda ha creído fervientemente en la magia. Linda creyó, naturalmente, que todo era verdad… que utilizando el sortilegio había conseguido matar a su madrastra.

—¡Oh, pobre criatura, pobre criatura! —exclamó Rosamund—. Yo creí… me imaginé algo completamente diferente… que ella sabía algo que…

Rosamund se detuvo.

—Sé lo que pensaba usted —dijo Poirot—. Realmente la actitud de usted asustó a Linda todavía más. Ella creía que su acción había ocasionado en realidad la muerte de Arlena y que usted lo sabía.

Cristina Redfern contribuyó también a atemorizarla y acabó por imbuirle la idea de que las tabletas para dormir eran el medio más rápido e indoloro de expiar su crimen. Y es que, una vez que el capitán Marshall probó su coartada, era de importancia vital que apareciese un nuevo sospechoso. Y como ni Cristina ni su marido conocían lo del contrabando de drogas, se fijaron en Linda como víctima propiciatoria.

—¡Qué maldad! —exclamó Rosamund.

—Sí, tiene usted razón —asintió Poirot—. Cristina es una mujer de una crueldad y una sangre fría extraordinarias. En cuanto a mí, me encontré con una gran dificultad. ¿Era Linda culpable solamente del infantil ensayo de un sortilegio, o la había llevado su odio todavía más lejos? Traté de hacérselo confesar. Pero fue inútil. En aquel momento me encontré en grave incertidumbre. El jefe de policía se sentía inclinado a aceptar la explicación del contrabando de estupefacientes, cosa que a mí no me satisfacía. Volví a repasar los hechos: cuidadosamente. Tenía en mi poder una colección de piezas de un rompecabezas, detalles aislados, hechos concretos. El conjunto debía acoplarse hasta formar un mosaico armonioso y completo. Existían unas tijeras encontradas en la playa, un frasco arrojado por una ventana, un baño que nadie quería confesar haber tomado… detalles todos perfectamente inofensivos en sí mismos, pero transformados en significativos por el hecho de que nadie se prestaba a reconocerlos. Sin embargo *debían* tener un significado. Ninguno de ellos encajaba en la hipótesis de la responsabilidad del capitán Marshall, o de Linda, o de la banda de contrabandistas. Y, sin embargo, tenían que tener un significado. Volví entonces a mi primera solución, a la de que Patrick Redfern había cometido el asesinato. ¿Existía algo que lo apoyase? Si, el hecho de que faltaba una gran suma de dinero de la cuenta corriente de Arlena. ¿Quién se había llevado aquel dinero? Patrick Redfern, naturalmente. Arlena era el tipo de mujer fácilmente explotable por un hombre joven y apuesto… pero en modo alguno el tipo de mujer que se presta al chantaje. Su conducta era demasiado transparente para que ella pretendiera guardar su secreto. La hipótesis del chantaje nunca entró en mi imaginación. Y, sin embargo, alguien había sorprendido aquella conversación. ¿Pero quién? *La mujer de Patrick Redfern*. Fue una historia inventada por ella, sin el apoyo de su

prueba exterior. ¿Por qué la inventó? La respuesta vino a mí como un rayo. ¡Para justificar la ausencia del dinero de Arlena!

»Patrick y Cristina Redfern. Los dos obraron de perfecto acuerdo. Cristina no tenía la fuerza física para estrangular a Arlena. Tuvo que hacerlo Patrick. ¡Pero aquello era imposible! Cada minuto de su tiempo hasta el hallazgo del cuerpo estaba justificado.

»Cuerpo… la palabra cuerpo removió algo en mi imaginación: cuerpos tendidos en la playa… *Todos semejantes*. Patrick Redfern y Emily Brewster fueron a la ensenada y vieron *un cuerpo* tendido allí. Un cuerpo… ¿y si no fue el de Arlena, sino el de otra persona? El rostro estaba oculto por el gran sombrero chino.

»Pero había solamente un cuerpo muerto: el de Arlena. ¿Sería entonces un *cuerpo vivo*?… ¿El de alguien que fingiese estar muerto? ¿Sería el de la misma Arlena, inducida por Patrick a realizar aquella especie de broma? Mi razón me contestó que no. Era demasiado arriesgado. Un cuerpo vivo… ¿de quién? ¿Existía alguna mujer capaz de ayudar a Redfern? Claro que sí… ¡su esposa! Pero ella era una criatura delicada, de piel blanca… ¡Ah, sí!, pero se venden tinturas que sirven para teñirse, frascos de tintura… frascos, frascos… Uno de ellos figuraba entre las piezas de mi rompecabezas. Sí, y *después*, naturalmente, un baño para quitarse la tintura y poder bajar a jugar al tenis. ¿Y las tijeras? ¡Pues para cortar aquella reproducción del sombrero era preciso que desapareciesen!, y en el apresuramiento por destruirlo quedaron olvidadas las tijeras… única cosa que la pareja de asesinos olvidó.

»¿Pero dónde estuvo Arlena durante todo aquel tiempo? Aquello estaba perfectamente claro. O Rosamund Darnley o Arlena Marshall habían estado en la Cueva del Duende, ya que el perfume que ambas usaban me lo había revelado así. Era seguro que Rosamund no había estado. Luego fue Arlena la que se ocultó allí, hasta que la costa quedó libre de enemigos.

»Cuando Emily Brewster se alejó en el bote, Patrick quedó dueño de la playa y en plena oportunidad para cometer el crimen. Arlena Marshall fue muerta a las doce menos cuarto, pero el testimonio del forense nos habla solamente de la hora más temprana posible en que pudo cometerse el crimen. Que Arlena fue muerta a las doce menos cuarto fue lo que le dijeron al doctor, no lo que él dijo a la policía.

»Quedan dos puntos más por aclarar. La declaración de Linda Marshall proporcionó a Cristina Redfern una coartada. Pero aquella declaración se fundaba a su vez en el testimonio del reloj de pulsera de Linda Marshall. Todo lo que se necesitaba probar para desmentirlo era que Cristina había tenido dos oportunidades de manipular en el reloj. Yo las encontré fácilmente. Cristina había estado sola en la habitación de Linda aquella mañana… y eso era una prueba indirecta. A Linda le oímos decir que "tenía miedo de llegar tarde", pero que cuando bajó al vestíbulo vio en el reloj colgado allí que no eran más que las diez y veinticinco. La segunda oportunidad de manipular en el reloj la tuvo Cristina tan pronto como Linda volvió la espalda para meterse en el mar.

»Queda también la cuestión de la escalerilla. Cristina había declarado siempre que no tenía cabeza para las alturas. Otra mentira cuidadosamente preparada.

»Yo tenía ya mi mosaico con cada pieza bellamente colocada en su sitio. Pero desgraciadamente no tenía pruebas concretas. Todo estaba en mi imaginación.

»Fue entonces cuando se me ocurrió una idea. El crimen había resultado tan bien, tan perfecto, que no me cabía dudar de que Patrick Redfern lo repetiría en lo futuro. ¿Pero qué decir del pasado? Era remotamente posible que éste no fuese su primer asesinato. El método empleado, estrangulación, estaba en armonía con la manera de ser de Patrick, criminal por placer, tanto como por provecho. Si había sido ya asesino, era seguro que habría utilizado los mismos medios. Pedí al inspector Colgate una lista de las mujeres víctimas de estrangulación. El resultado me llenó de esperanza. La muerte de Nellie Parsons, encontrada estrangulada en unos matorrales solitarios, pudo ser o no ser obra de Patrick Redfern, pero la de Alice Corrigan respondía exactamente a lo que yo estaba buscando. El mismo método en esencia. Escamoteo del tiempo; un asesinato cometido no a la hora que indican las apariencias, sino después; un cuerpo que se supone descubierto a las cuatro y cuarto; un marido que prueba su coartada hasta las cuatro y veinticinco.

»¿Qué sucedió realmente? Se dijo que Edward Corrigan llegó a Pine Ridge, se encontró con que su esposa no estaba allí y *salió y se puso a pasear arriba y abajo*. Pero en realidad echó a correr a toda

velocidad hacia el lugar de la cita, el bosque Caesar (que recordarán ustedes está muy cerca), la mató y regresó al café. La muchacha excursionista que informó del crimen era Una joven respetabilísima, profesora de gimnasia en un acreditado colegio de señoritas. Aparentemente no tenía relación alguna con Edward Corrigan. Tuvo que recorrer alguna distancia para dar cuenta de la muerte. El médico de la policía no examinó el cadáver hasta las seis menos cuarto. Como en nuestro caso, la hora de la muerte fue aceptada sin discusión.

»Hice una prueba final. Yo tenía que saber definitivamente si *mistress* Redfern era una embustera. Organicé una pequeña excursión a Dartmoor. Quien no puede resistir las alturas nunca se siente muy seguro al cruzar un estrecho puente sobre el agua. *Miss* Brewster, verdadera enferma en este aspecto, dio señales de vértigo. Pero Cristina Redfern, descuidada, atravesó el puente corriendo, sin un titubeo. Era un pequeño detalle, pero constituía una prueba definitiva. Y si había dicho una mentira innecesaria… todas las otras mentiras eran posibles. Entretanto Colgate había recibido la fotografía identificada por la policía de Surrey. Yo jugué entonces mi baza de la única manera que ofrecía algunas probabilidades de éxito. Una vez conseguido que Patrick Redfern se creyese seguro, me revolví contra él e hice todo lo posible para hacerle perder el dominio de sí mismo. El conocimiento de que había sido identificado como Corrigan le hizo perder la cabeza por completo.

Hércules Poirot se tocó la garganta.

—Lo que hice —añadió con aires de importancia— fue extremadamente peligroso, pero no lo lamento. ¡Triunfé! No padecí en vano.

Hubo un momento de silencio. *Mistress* Gardener dejó escapar un profundo suspiro.

—Le felicito, *mister* Poirot —dijo—. Ha sido maravilloso escucharle cómo llegó a tan magníficos resultados. Su explicación ha sido tan fascinadora como una conferencia sobre criminología. ¡Y pensar que mi ovillo color púrpura y aquella conversación sobre los rayos del sol iban a influir en el descubrimiento de un crimen! No encuentro palabras con que expresar mi admiración, y estoy segara de que a *mister* Gardener le sucede lo mismo, ¿verdad, Odell?

—Sí, querida —contestó *mister* Gardener.

—*Mister* Gardener me ayudó también mucho —dijo Poirot—. Yo necesitaba la opinión de un hombre inteligente sobre *mistress* Marshall, y se la pedí a *mister* Gardener.

—¿De veras? —dijo la señora Gardener—. ¿Y qué dijiste de la pobre mujer, Odell?

Mister Gardener tosió antes de contestar.

—Verás, querida, ya sabes que nunca me preocupé gran cosa de ella.

—Eso es lo que dicen siempre los hombres a sus esposas —comentó *mistress* Gardener—. Hasta *mister* Poirot se inclina a la indulgencia con la belleza, y la llama víctima natural, y todo lo demás Pero la verdad es que era una mujer sin cultura, y como el capitán Marshall no está ahora aquí, no me importa decir que siempre me pareció una estúpida. Así se lo dije siempre a *mister* Gardener, ¿no es verdad, Odell?

—Sí, querida —confirmó *mister* Gardener.

2

Linda Marshall estaba sentada con Hércules Poirot en la playa de las Gaviotas.

—Claro que me alegro de no haberme muerto —dijo Linda—. Pero ¿verdad, *mister* Poirot, que lo que hice fue exactamente como si hubiese matado a mi madrastra?

—No hay nada de eso —contestó Poirot enérgicamente—. El deseo de matar y la acción de matar son dos cosas completamente diferentes. Si en vez de una figurilla de cera hubiese usted tenido en su dormitorio a su madrastra atada de pies y manos, y hubiese usted esgrimido un puñal en vez de un alfiler, ¡no se lo habría usted clavado en el corazón! Algo dentro de usted habría dicho «no». A mí me pasa lo mismo cuando me enfurezco contra un imbécil. «Me gustaría darle un puntapié», me digo, y en su lugar doy un puntapié a la mesa. «Esta mesa es el imbécil, y por eso la golpeo», pienso. Y entonces, si es que no me he hecho demasiado daño en el pie, me siento mucho más tranquilo, y la mesa, por lo general, no ha sufrido grandes deterioros. Pero si el imbécil mismo estuviera en mi presencia, yo no le daría el puntapié Hacer figuritas de cera y

clavarles un alfiler es una tontería, una chiquillada si se quiere, pero tiene su utilidad también.

»Usted se sacó el odio que ardía en su pecho y lo puso en aquella figurilla. Y con el alfiler y el fuego destruyó usted no a su madrastra, sino el odio que le tenía. Después, aun antes de enterarse de su muerte, se sintió usted purificada, más alegre, más dichosa ¿No es cierto?

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó ingenuamente Linda—. Eso es precisamente lo que sentí.

—Entonces no repita esas tonterías. Hágase el propósito de no odiar a su próxima madrastra.

—¿Cree usted que voy a tener otra madrastra? —preguntó Linda, perpleja—. ¡Oh, ya veo que se refiere usted a Rosamund! ¡Esa no me importa! —Titubeó y añadió—: Es una mujer sensible.

No era el adjetivo que Poirot habría elegido para Rosamund Darnley, pero se dio cuenta de que Linda lo consideraba como el mayor elogio.

3

—Rosamund, ¿cómo pudo metérsete en la cabeza la idea de que yo maté a Arlena? —preguntó Kenneth Marshall.

—Confieso que fue una tontería —dijo Rosamund, avergonzada —. Pero tú tienes la culpa por ser tan reservado. Yo nunca supe lo que realmente sentías por Arlena. No sabía si la aceptabas tal como era o si… bueno, o si creías en ella ciegamente. Y pensé que si era esto último y te enterabas de pronto de su traición, enloquecerías de rabia. Me he enterado de muchas cosas de ti. Te muestras siempre tranquilo, pero a veces te enfureces de un modo terrible.

—Y por eso pensaste que la agarré por el cuello y…

—Sí, es cierto; eso es exactamente lo que pensé. Y tu coartada me pareció un poco endeble. Por eso decidí echarte una mano y discurrí aquella estúpida historia de haberte visto tecleando en tu habitación. Y cuando me enteré de que tú habías dicho que me viste asomar la cabeza, bueno, aquello acabó de afirmarme en mis sospechas. Aquello y la extraña conducta de Linda.

—No te diste cuenta —repuso Kenneth Marshall con un suspiro — de que yo dije que te había visto por el espejo con objeto de apoyar tu declaración. Pensé… pensé que necesitabas que alguien corroborase.

Rosamund se le quedó mirando, estupefacta.

—¿Pero es que creíste que yo había matado a tu mujer?

Kenneth Marshall se agitó intranquilo.

—No te extrañe, Rosamund. ¿No recuerdas que en cierta ocasión, cuando muchacho, estuviste a punto de ahogarme porque cogí a tu perro? Me agarraste por la garganta y tuve que soltarlo.

—Pero eso fue hace muchos años.

—Si, lo sé…

—Y, además, ¿qué motivos pensaste que tenía yo para matar a Arlena?

Marshall rezongó algo ininteligible.

—¡Kenneth, eres un presumido! —exclamó Rosamund—. Tú pensaste que la maté por altruismo, en tu beneficio, ¿no es cierto? ¿O creíste qué la maté porque te quería para mi sola?

—Nada de eso —protestó Kenneth, indignado—. Pero recuerda lo que me dijiste aquel día sobre la felicidad de Linda, y parecías interesarte por la mía también.

—Siempre me ha preocupado vuestro bienestar —replicó Rosamund.

—No lo niego. Ya sabes, Rosamund, que no me gusta hablar mucho de estas cosas, pero me agradaría aclarar este asunto. A mí no me interesaba Arlena; solamente un poco al principio, y el convivir con ella, día tras día, fue una prueba terrible para mis nervios. Mi vida llegó a ser un infierno, pero sentía profunda compasión por aquella mujer. Reconocía con pesar sus defectos, pero no me sentía con valor para darle el empujón final. Me había casado con ella y me correspondía la misión de guiarla y defenderla a través de la vida como a una chiquilla indefensa. Sé que ella me guardaba gratitud… y yo no aspiraba a más.

—Te comprendo, Kenn, te comprendo —dijo suavemente Rosamund.

Kenneth Marshall llenó cuidadosamente una pipa, sin atreverse a mirar a su amiga.

—Siempre fuiste muy comprensiva, Rosamund —murmuró.

Una débil sonrisa curvó la irónica boca de Rosamund.

—¿Me vas a pedir ahora que me case contigo o prefieres esperar seis meses? —preguntó con ironía.

A Kenneth Marshall se le cayó la pipa de los labios y se estrelló contra las rocas.

—¡Maldición! ¡Es la segunda pipa que pierdo aquí! —exclamó—. Y el caso es que no traigo otra. ¿Cómo diablos sabes que he decidido esperar seis meses?

—Lo supuse porque es el tiempo correcto. Pero me agradaría que acordásemos ahora algo concreto, porque en esos meses puede interponerse alguna otra mujer perseguida, que tú te apresurarías a salvar de caballerosa manera.

Marshall se echó a reír.

—Tú serás esta vez la dama perseguida, Rosamund. Pero tienes que renunciar a tu negocio de modas y resignarte a vivir en el campo.

—¿Pero no sabes que mi negocio me proporciona magníficos ingresos? ¡No te das cuenta de que es *mi* negocio… el que yo creé e hice prosperar, y del que me siento orgullosa! Y ahora tienes el valor de presentarte y decirme: «Renuncia a todo, querida».

—Tengo ese valor, no lo niego —insistió Marshall.

—¿Y crees que me interesas tanto como para acceder a complacerte?

—Si no lo haces, es que no me quieres.

Rosamund le cogió las manos con loco arrebato.

—¡Oh, amor mío, con lo que yo he soñado en vivir contigo en el campo toda la vida! Y el sueño va a convertirse ahora en realidad…

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y Miss Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados honoris causa y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.